

manual practico de meditacion



*"It is easy to be good by being weak. It is easy to be strong
by being wicked. It is difficult and heroic to be free..."*

massimo scaligero

Manual Práctico de Meditación

MASSIMO SCALIGERO

Traducción de la versión inglesa (Lindisfarne Books 2015) e italiana
(Teseo): Juan Comas

Mí agradecimiento a Nacha Martí por su colaboración

Diseño: William Jens Jensen Cover image: Lotus, detail
(shutterstock.com)

Contenido

NOTAS DEL TRADUCTOR (al Inglés)	4
PREFACIO	6
LA ESTRUCTURA ESOTÉRICA DEL SER HUMANO	8
LA LIBERTAD	12
EL PODER FORMATIVO DEL CONCEPTO.....	20
CONCENTRACIÓN	23
MEDITACIÓN	27
CONCENTRACIÓN PROFUNDA.....	29
LA PRÁCTICA ESPIRITUAL DEL SENTIMIENTO	31
RESPIRACIÓN	34
SILENCIO MENTAL.....	37
DESPUÉS DE LA MEDITACIÓN.....	38
PERCEPCIÓN PURA.....	41
EL PODER DE LA IMAGINACIÓN.....	46
EL EJERCICIO DE LA ROSA-CRUZ	52
EL PODER DE LA DISTRACCIÓN	53
INSTINTOS	56
EL EJERCICIO DE LA MEMORIA.....	58
LA CALMA	59
EL MÉTODO ROSACRUZ	63
ATARAXIA DEL ALMA	66
ORACIÓN.....	69

EL OPUS SOLAR	72
EL YO SUPERIOR.....	76
EL PODER DE LA CRUZ	80
LA FUERZA DEL EROS	85
AMOR SAGRADO	94
KARMA.....	98
FRATERNAL Y SOCIAL	104
LA PRÁCTICA ESPIRITUAL	109
PEDAGOGÍA	112
EL CAMINO DE LA INICIACIÓN.....	116
SANACIÓN ESPIRITUAL.....	123
LA FUNCIÓN DEL SUFRIMIENTO	126
CRISIS INTERIOR	128
LA ANGUSTIA	132
EL CANSANCIO	134
LA ALEGRÍA DE LA EXISTENCIA.....	137
LA DIETA	140
REGLAS DE INICIACIÓN.....	144
BIBLIOGRAFÍA Y LECTURA ADICIONAL.....	151

NOTAS DEL TRADUCTOR (al Inglés)

A lo largo de este libro, Massimo Scaligero usa adjetivos particulares como sustantivos (por ejemplo, mental, mineral, sensorial, suprasensorial, etc.). Aunque tienen cierto grado de concreción o sentido específico en italiano, ese no es el caso en **inglés**^{ntf1}. Y así, cuando es apropiado, he insertado ocasionalmente las palabras implícitas que él omite, como esfera, reino o mundo para complementar dichos adjetivos y no dejarlos “colgando”. Aunque este trabajo nace puramente de la antroposofía, Scaligero ocasionalmente usa ciertos términos orientales que pueden resultar desconocidos para los esoteristas occidentales. Habiendo estado profundamente impregnado de esoterismo tanto oriental como occidental, Scaligero emplea esa terminología para unir conceptos occidentales (o más precisamente, antroposóficos) con los de oriente. De esta manera, los lectores que estén familiarizados con los caminos orientales pueden afianzarse más fácilmente para comprender mejor su pensamiento. Asimismo, los estudiantes de Antroposofía pueden beneficiarse al sondear las correspondencias entre algunos de sus conceptos antroposóficos y los encarnados en la terminología de Oriente.

(ntf1) Esta presente traducción al español parte de la versión en inglés y su comparación con la versión original en italiano

“La lejana quietud de las constelaciones y la ansiedad de la Luz de la Tierra, encienden el ritmo del alma, al encuentro de tu donación sin fin”.

“Distante quietud de constelaciones y ansia de Luz terrestre, encienden el ritmo del alma, cumpliendo con su interminable donación”.

PREFACIO

Numerosos signos apuntan a que el dogmatismo es la enfermedad de nuestra época. Desde una forma de investigación radical, se puede vislumbrar que el antiguo dogmatismo de la verdad revelada posiblemente se ha reencarnado en una forma difícilmente identificable de la racionalidad estricta: el dogmatismo de la dialéctica y la ciencia.

Dotado de apariencia de progreso, el dogmatismo puede reconocerse por el hecho de que toda doctrina pretende partir de su propio objeto final como si fuera una conclusión original, concebido más bien mediante un acto interior, que decide su valor básico, pero que, como tal, elude al sujeto (y su criterio) que investiga: de ahí que el objeto se convierta en el fundamento, sin serlo realmente. En la intuición desde la que parte, el sujeto no se reconoce como miembro cooperador del fundamento citado. El indagador o el teórico no percibe la identificación de su propio pensamiento con el objeto, surgiendo como un dato (conclusión) original, suficiente para sí mismo, el objeto se convierte en un ídolo inconsciente: aceptado realmente según una fe sutil. La fe inconsciente se desarrolla aún más en relación con la fenomenología que se deriva de ella: la idolatría verdaderamente resurge en una forma científico-tecnológica.

El posterior proceso inductivo-deductivo es un edificio dogmático que es lógico, dialéctico y riguroso, pero erigido sobre una base mística. La presuposición (o la duda), como acto interior que, poseída, podría garantizar el desarrollo del proceso cognitivo conforme a la realidad, elude el pensamiento consciente: por eso el objeto en su alteridad excluye al ser humano. La deshumanización de la cultura no tiene otra explicación.

Las conclusiones resultantes (datum) de la ciencia o de la dialéctica adquieren valor universal, al margen del sistema de pensamiento que las validaba. Lo particular asume ilegítimamente un papel universal. Es el dogmatismo el que hoy enfrenta una opinión contra otra, un ser humano contra otro, dialéctica contra dialéctica, tendencia contra tendencia, nación contra nación, según una falta de comunicación en la que la relación lógico-deductiva sustituye a la

relación original que ha sido eliminada. Sin embargo, la condición obtusa del pensamiento pasa desapercibida, gracias al perfecto mecanismo de la dialéctica que lo dinamiza y que le da la ilusión de moverse por sí solo: por eso, no capta nada de la realidad excepto lo pesable y medible: su aspecto más empobrecido, que presume ser el conjunto de la realidad.

Esta situación, que hoy es el fundamento de una alteración mental colectiva desapercibida para la mayoría, pero que aflora como la neurosis humana más extendida, como la mística persuasión de la solubilidad dialéctica de las cuestiones verdaderamente impenetrables al pensamiento dialéctico, y como polémica incurable entre individuos y facciones. Todo esto tiene un remedio y es la restitución consciente del elemento dinámico del pensamiento, es decir, un camino moderno hacia la meditación. Esta es la razón de ser de este manual, cuyo contenido práctico surge de la experiencia de la Ciencia Espiritual Occidental, que incluye, en sí misma, la esencia última de las técnicas orientales.

Quienes crean reconocer una contradicción entre el supuesto de la experiencia consciente de la meditación y las referencias esotéricas que se utilizan para elaborar este manual pueden estar tranquilos por la propia positividad del método, que se mueve únicamente de acuerdo con las mediaciones lógicas que requiere la experiencia, hasta esa inmediatez originaria del pensamiento, que es la única que no necesita mediación: la verdadera lógica, la lógica del Logos. Solo de ella puede surgir la liberación del alma humana.

No es la civilización tecnológica la que condiciona al hombre, como han concluido algunos neohegelianos tardíos, sino todo lo contrario: es el hombre el que no logra captar el pensamiento del que nace tal civilización. El condicionamiento no está fuera de nosotros, en la civilización, la sociedad o la estructura tecnológica, sino dentro de nosotros, dentro de nuestro pensamiento, que carece de la dimensión interior que le permite surgir como pensamiento; por eso, erróneamente, pensamos que el mundo está desprovisto de tal dimensión y, como tal, lo erigimos, lo deificamos, lo hacemos dominante en su legítima forma lógica, dialéctica.

M. S.

LA ESTRUCTURA ESOTÉRICA DEL SER HUMANO

Podemos reconocer al ser humano como síntesis de los reinos de la naturaleza, regidos por el Principio mismo que se intuye en el origen de tales reinos. El Principio unívoco, que se puede intuir lógicamente en la base de la naturaleza, encarna parcialmente en nosotros y aflora como el Yo. Tales reinos son prácticamente reconocibles en la constitución humana. Ellos son: el reino mineral, que forma nuestro cuerpo físico visible, al que el hinduismo se refiere como *sthula sharira* - la fuerza estructurante del reino vegetal, que forma nuestro cuerpo vital, o "etérico"; *linga sharira* - la vida anímica del reino animal, que opera en nosotros como el cuerpo sensible o cuerpo "astral"; *kama rupa* - por medio del cual tenemos una relación sensorial y sensual con la vida física, no muy diferente a la animal.

A esta triple constitución, de la que se reconoce la identidad estructural con el triple dominio de la naturaleza, se añade en el ser humano un Principio que no se encuentra en los demás reinos de la naturaleza, porque actúa como gobierno desde un nivel superior. Es el Principio de la conciencia individual, *atman*, o Yo, que es en sí mismo esencialmente suprasensorial, y que impronta la correlación de los tres sistemas hasta su apariencia corpórea: por tanto, diferencia el reino humano de los demás reinos. El Yo del que normalmente hablamos cuando nos referimos a nosotros mismos, es ciertamente *atman*, pero esto apenas aflora en nuestra organización astral-etérico-física. El elemento vital-animal está solo parcialmente regido por el elemento mental-espiritual.

De los cuatro principios constitutivos humanos, solo el mineral es visible. Los demás operan imperceptiblemente. El cuerpo etérico es extra-espacial; el cuerpo astral es extra-espacial y extra-temporal; el Yo puede concebirse como el vacío de ese mismo cuerpo astral. También se puede decir que el cuerpo físico es un cuerpo tejido de espacio; el cuerpo etérico es un cuerpo tejido de tiempo; el cuerpo astral es un cuerpo de Luz extra-espacial y extra-temporal; el Yo es la esencia de la Luz, en la medida en que es idéntica al Principio de la Luz.

Se puede decir que la relación Yo-astral-etérico-físico, o Espíritu-alma-cuerpo constituye una jerarquía en sí misma.

Todo lo que el ser humano expresa en el plano físico presupone la dinámica de los tres principios imperceptibles. La acción de estos principios es perceptible en la forma corporal, llevando la presencia del Yo a un refinamiento del que carece el animal, no obstante, puede deducirse de las actividades manifestadas del alma, del pensamiento, de la autoconciencia. El daño en la vida psíquica y física que nos lleva a la enfermedad, el envejecimiento y la muerte, se origina en la alteración de la relación jerárquica de sus principios con respecto a su esencia suprasensorial. Se puede decir que el sentido de la vida humana es la reconstitución de esta relación: la curación del daño.

Como seres humanos, tenemos en común con el mundo físico el "*cuerpo mineral*" visible; en común con el mundo vegetal el "*cuerpo etérico*" invisible y con el mundo animal el "*cuerpo astral*", también invisible. Por medio de ellos, sin embargo, operamos como "seres espirituales", volviéndonos autoconscientes gracias a nuestra típica actividad interior, que, por medio de los órganos de los sentidos, llega hasta el mundo físico. Bajo los tres primeros aspectos, somos similares al animal, que a través de los sentidos se mueve por instintos e impulsos emocionales, dependiendo de estos sin posibilidad de autonomía. Nosotros, sin embargo, transformamos en pensamientos las sensaciones propias de nuestra estructura corporal, tenemos la posibilidad de conectar con el Principio espiritual lo que en el plano animal normalmente utiliza lo espiritual en oposición al Espíritu: podemos controlar los instintos y las pasiones.

El espíritu que se manifiesta en el mineral como cohesión material, en la planta como forma y en el animal como psique, surge en el ser humano como pensamiento. A nivel del pensamiento, sin embargo, carece del poder que se expresa como "impronta" en el cristal, como "forma" en la planta, como "psique" instintiva en el animal. Sin embargo, adquiere una identidad propia, aunque inicialmente reflexiva, en la que comienza a expresarse directamente como Yo. La tarea del pensamiento es realizar, en su propio nivel, la identidad consigo mismo, tarea a la que el espíritu renuncia en los niveles de la Naturaleza, para expresarse como estructura psíquica, vital y mineral.

El trabajo interior del ser humano es realizar la mediación que inicialmente se nos aparece como pensamiento. Gracias a esto, podemos restablecer la correlación jerárquica de los principios que portamos, es decir, el Yo, como *atman** debe lograr gobernar el cuerpo astral y, a través de éste, el cuerpo etérico y el cuerpo físico. Cuando hayamos espiritualizado el astral y restituido el poder original al cuerpo etérico, habremos transformado el cuerpo físico en un miembro del Espíritu, cuya mineralidad tendrá la transparencia creativa, que por ahora, podemos experimentar excepcionalmente en el pensamiento puro.

Por ahora, la luz del Yo comienza a iluminarse solo en el pensamiento. Cuando esta luz se enciende, la vida del sentimiento y la corriente de la voluntad encuentran en lo más mínimo su correlación original. Sin embargo, esta posibilidad, que resulta de la correcta disciplina interna, rara vez se realiza en nosotros. El cuerpo astral normalmente nos ata a la baja naturaleza física de la misma manera que ata al animal. Mientras tanto, arriba, la luz del Yo impregna el cuerpo astral por medio de la razón. Por tanto, la naturaleza del cuerpo astral parece doble: animal y espiritual. En los seres humanos corrientes, estas dos naturalezas no están separadas. Más bien, se mezclan y esta mezcla genera la continua contradicción de la vida del alma. El predominio inconsciente de la naturaleza animal genera una cultura efímera, falsas ideologías, orientaciones erróneas de la ciencia, pasiones perpetuamente insatisfechas, egoísmo, neurosis y una serie de enfermedades.

El triunfo de nuestra naturaleza inferior sobre la razón surge del vínculo profundo del cuerpo astral con las funciones de la naturaleza. Tal vínculo asciende como un anhelo de vida, siendo regularmente idealizado y codificado. El anhelo genera la vida inferior del Yo o egoísmo. El egoísmo genera aversión, la oposición común de un individuo a otros individuos: el cotidiano error humano, que necesariamente se corrige con el dolor, la enfermedad y finalmente la muerte, si no es abordado por el Principio espiritual que aflora en el alma consciente capaz de controlar nuestra naturaleza inferior por medio de la razón.

Por su doble naturaleza animal-espiritual, el cuerpo astral lleva simultáneamente en sí los impulsos de simpatía y de antipatía, de atracción y repulsión, de placer y de dolor, respecto de los cuales, la posibilidad de distinción, de control y de consciente elección, pertenece al Principio espiritual que emerge como el Yo. Los impulsos de la naturaleza animal y los de la naturaleza espiritual se mezclan dentro del cuerpo astral. Por eso, el alma oscila continua y confusamente entre placer y dolor, atracción y repulsión, si el Yo no se afirma como principio de distinción y responsabilidad.

En la oscilación entre los dos opuestos, así como en su mezcla, el Yo es continuamente llevado a aprobar impotente el *caos* resultante del alma. Este *caos* es esencialmente una inversión de la jerarquía, Espíritu-alma-cuerpo, que ya hemos mencionado. Las funciones del cuerpo involucran al alma; el alma condiciona el yo mediante el pensar, el sentir y el querer. Como seres humanos, nos vemos llevados a encontrar, como verdadero y justo, aquello que concuerda con los instintos y que realmente se impone, ascendiendo mediante el querer y el sentimiento desde la vida corporal. Creemos que elegimos mediante el pensamiento lógico, según nuestro Yo libre, en realidad, damos forma lógica a nuestra elección de acuerdo con los impulsos de nuestra naturaleza animal.

De esta inversión de la relación Espíritu-alma-cuerpo se deriva una serie, sin excepción, de penalidades humanas, y tiene un único remedio consciente: la disciplina de la concentración. El simple ejercicio de concentración sugerido en este tratado restaura la jerarquía Espíritu-alma-cuerpo, aunque sea por un breve momento, siempre según reglas extraídas de la experiencia suprasensorial directa, es decir, del tipo de práctica espiritual preparatoria perteneciente a la Iniciación de los nuevos tiempos y no de textos prescritos por la Sabiduría tradicional, desde un punto de vista técnico ajeno a la situación humana actual. Este momento, sin embargo, a través de nuestra insistencia en la disciplina y con el período de tiempo adecuado, puede ser prolongado y repetido.

El ejercicio debe ser sumamente sencillo, por la técnica a la que se ajusta y los propios fines de su ejecución. Como veremos, consiste en concentrar el pensamiento en un objeto que carece de significado

especial. El objeto físico que evocamos y colocamos en el centro de nuestra atención consciente, le da al Yo una forma de operar, mediante el pensamiento, sobre las fuerzas del cuerpo astral y, en consecuencia, por medio de estas, sobre cuerpo físico-etérico.

En el simple ejercicio de concentración, la jerarquía Espíritu-alma-cuerpo, normalmente siempre alterada, se restaura temporalmente. Por tanto, el ejercicio no es bien recibido por nuestra naturaleza instintiva. También es más agotador a pesar de su sencillez y menos fascinante que los sensacionalistas ejercicios yóguicos o místicos que apelan a nuestra naturaleza sentimental o instintiva (animal), aparentando ser estos últimos más convincentes.

Cuando comprendamos el uso sabio de la concentración para restaurar la jerarquía intuída, otros tipos de ejercicios necesitarán gradualmente darle a la correlación resurgente Espíritu-alma-cuerpo una forma de conectarse con las intenciones del Arquetipo humano, de modo que nuestra naturaleza inferior no lo aproveche de una forma más sutil. Esta naturaleza inferior tiende a cubrirse de una vestidura espiritual y a utilizar los poderes iniciales del espíritu para propósitos que escapan a una creciente autoconciencia. Este es el peligro actual de caminos irregulares hacia lo suprasensorial.

Todos los caminos, por el hecho de que existen, se correlacionan con los niveles del desarrollo del alma. Pero con respecto al impulso evolutivo actual, pueden reconocerse como irregulares en la medida en que ignoran el proceso del pensamiento mediante el cual el Espíritu se eleva directamente en el alma, según un movimiento que es inverso del "tradicional", donde el alma evita el pensamiento para conectarse con el espíritu, esencialmente escapando del ser humano.

() Atman: del sánscrito ātman, que literalmente significa "esencia, aliento, Yo o alma". En la filosofía hindú, especialmente en la escuela vedanta del hinduismo, Ātman es el primer principio, el verdadero yo de un individuo, más allá de la identificación con los fenómenos, la esencia de un individuo.*

LA LIBERTAD

La libertad a la que aspiramos, dándole diferentes significados según el nivel de nuestra propia evolución, es en realidad, y únicamente, un evento del pensamiento. Aquellos que quitan la libertad de los demás tienen esencialmente el poder de dar sustancia a su propio pensamiento no libre. Con tal pensamiento actúan como si fueran libres, ideológica y éticamente, convencidos de su propia prerrogativa.

La libertad es el pensamiento que realiza su propia naturaleza verdadera, normalmente alterada en el proceso dialéctico. El pensamiento dialéctico sólo puede ser libre en el plano dialéctico. Pero, espiritualmente, esa libertad no es nada. El pensamiento es libre cuando descubre su conexión con el Yo. Esta conexión nunca se manifiesta realmente, porque el pensamiento dialéctico se refleja, y al ser reflejado no tiene una conexión con el Yo sino, más bien, con su proyección psíquica, el Yo racional-sintiente, el *ego*, el reflejo del Yo.

Para que el pensamiento se dé cuenta de su verdadera naturaleza, debe experimentar su propio "*ser libre*": es la experiencia más grande del alma. El pensamiento, de hecho, normalmente se manifiesta como el mediador de todo conocimiento sensorial o extrasensorial, pero nunca de sí mismo. Es capaz de percibirse a sí mismo sólo sí, por medio de la concentración, se aísla, aunque sea temporalmente, de la psique, de los instintos, de los sentimientos, de los contenidos sensoriales, de su propia expresión intelectual y de todo contenido que no sea su propio "*ser puro*". En este ser puro, descubre su propia naturaleza real: se vuelve vivo, expresa su propia fuerza esencial como contenido independiente del mecanismo de la inteligencia dialéctica. Por medio de tal contenido, puede realmente encontrar el mundo sensorial, aportándole la interioridad que le falta al mostrarse: puede, como vehículo de la esencia, penetrar simultáneamente en el alma.

La voluntad y la libertad avanzan a un ritmo parejo en la disciplina. La elevación y la intensidad creativa del sentimiento, surgen de la concordancia del pensamiento con la voluntad. El entrenamiento de la voluntad responde a la liberación del pensamiento. La armonía de las tres fuerzas es el camino de reintegración de la Luz de la Vida del alma, capaz de modelar la corporalidad física: el sentido último de la experiencia humana terrenal.

El problema de la libertad concierne sólo al pensamiento, ya que éste pierde su naturaleza real, al depender de la esfera de las sensaciones y de la psique, así como del órgano cerebral, a través del cual, sin embargo, toma conciencia de lo sensible. Esta dependencia es un estado de alienación del pensamiento: de donde proviene la dialéctica, la interpretación lógico-cuantitativa del mundo y la serie de ideologías que asumen la realidad reflexivamente, fuera de su real fundamento.

La dependencia del pensamiento del órgano cerebral es secundaria y temporal. Sólo sirve, en una fase determinada de la evolución humana, para independizar el pensamiento de la antigua autoridad espiritual, de modo que pueda darse cuenta gradualmente de dicha autoridad en las profundidades de su propio movimiento autónomo. Es esa dependencia instrumental la que dio lugar al conocimiento “*cuantitativo*” de la realidad, más allá del cualitativo, que corresponde a la esfera etérea, astral y espiritual. De esta forma, puede aislar el mundo sensorial-cuantitativo de su fundamento metafísico. El error del ser humano moderno es asumir como normal la alienación del pensamiento y considerar real la visión cuantitativa que resulta de ella. Mientras tanto, se agota la era de la experiencia exclusiva de lo “*cuantitativo*”, habiéndose dado ya al pensamiento lo que este pensamiento esperaba de ella: la posibilidad lógica de la libertad. El mal del pensamiento actual es su falta de consciencia con respecto a lo que verdaderamente se ha querido alcanzar mediante la experiencia de la ciencia y la tecnología.

Al depender del órgano cerebral, y por tanto de la esfera sensorial, el pensamiento obliga a que los sentimientos, los impulsos caprichosos y las aspiraciones del alma afloren según su nivel de alienación. El anhelo codificado, el culto a la animalidad, la negación de lo espiritual, los instintos y pasiones correlativos, nacen al hacer absoluto el estado de deterioro de la función del pensar: es la alienación real del ser humano.

La cuestión de la libertad concierne de forma precisa al elemento interior mediante el cual el alma se une al órgano cerebral, para alcanzar el conocimiento lógico del reino sensorial. Este vínculo tiene como atributo la irreversibilidad de la dimensión sensorial, es decir,

una irreversibilidad ilegítima, pues se debe a la impotencia del pensamiento para volver sobre su propio movimiento. Siendo, precisamente, ese retorno su verdadera tarea. La cuestión de la libertad, por tanto, se refiere exclusivamente al pensamiento, no al sentimiento ni a la voluntad. La función alterada del sentimiento y la voluntad depende de la falta de libertad del pensamiento, o mejor aún, de la serie de contradicciones de la vida psíquica.

Nuestra libertad depende de liberar el pensamiento: no hay otra libertad. Mediante la disciplina de la concentración, el pensamiento se libera del elemento sensorial, del resonar del astral y del resonar del etérico. Se libera del mecanismo de las estructuras lógicas, en la medida en que se mueve según su propia "*lógica pura*". Se convierte en el vehículo del Yo dentro de nosotros. Nos levantamos de nuestra alienación. La acción del pensamiento libre se vuelve liberadora cuando, a través de una armonía con los Poderes cósmicos que nos sostienen, logra actuar y alcanzar hasta el cuerpo etérico.

El practicante espiritual actúa sobre el cuerpo etérico por medio de la voluntad, es decir, operando sobre él por medio del pensamiento libre. La acción directa del pensamiento libre sobre el cuerpo etérico es sólo "*estimulante*". En cambio, solo los poderes cósmico-trascendentes evocados por el ritual del pensamiento liberado pueden realizar la acción transformadora. El pensamiento de concentración, la meditación y la idea pura son, en realidad, actos del Yo, que apela a tales poderes incluso sin imaginar su existencia.

Tener éxito en actuar ritualmente sobre el cuerpo etérico significa avanzar hacia el sentido último de liberación: la Iniciación, lo que significa superar la naturaleza, los lazos de raza, de familia, de la entidad animal colectiva. Además, significa comenzar a tejer la verdadera relación con los otros seres según la realidad interior, la fraternidad efectiva. Esta fraternidad efectiva no puede ser la correlación establecida sobre la base de una necesidad psíquico-fisiológica. La verdadera fraternidad es, per se, suficiente para resolver incluso los problemas inherentes a tal necesidad.

Nuestra naturaleza inferior nos posee a través de la memoria animal e instintiva del cuerpo etérico, que es asociativa, como lo es en el animal. La asociación escapa a la luz del Yo. Funciona como

automatismo, normalmente obteniendo el consentimiento impotente del Yo. Esta asociación etérica restada del Yo es la base de las enfermedades psíquicas, un fenómeno cultivado hoy por las ciencias analíticas de la psique, así como por el espiritualismo y los sistemas fáciles de yoga propagados en el mundo, con técnicas de concentración de tipo mediúmnico.

La libertad, como restitución de la naturaleza original del pensamiento, es la liberación de la "*memoria superior*" (o espiritual) de la memoria inferior (o animal), es decir, el depósito de los impulsos de especie, familia, sangre, etc. La memoria inferior normalmente nos controla, haciendo suyo el pensamiento y su capacidad asociativa. La memoria real, por el contrario, contiene la memoria de nuestra historia incluidas las encarnaciones precedentes. Tal memoria, en el ser humano alienado, está en estado de sueño. Aparece debilitada en la psique como memoria instintiva, que se expresa por medio del órgano cerebral, y en ese nivel se forma de acuerdo al sistema del conocimiento racional.

Nuestra memoria animal utiliza las fuerzas de la memoria espiritual, mediante la dependencia eventual de la función cerebral. La Ciencia Espiritual muestra cómo el cerebro humano es el órgano que el Espíritu modeló en la antigüedad para poder, mediante él, actuar como Yo sobre la naturaleza física. Inicialmente, el pensamiento se vuelve autónomo de la antigua naturaleza metafísica, uniéndose gradualmente al instrumento cerebral: desde la necesidad de determinarse mediante éste, aspira a la libertad.

Lo que es animal en nosotros se afirma a través de la función cerebral, es decir, a través del órgano a través del cual pensamos. La práctica espiritual solar invierte tal proceso: consigue la independencia del pensamiento de la función cerebral y establece una relación rectificadora con el elemento instintivo, es una acción reintegradora, a veces dramáticamente contrastada, mediante la cual se recupera el propio Yo primordial vinculado a lo físico. Esta lucha tiene lugar en la conciencia, gracias a las fuerzas del pensamiento liberadas gradualmente, inclusive de la memoria, en un área donde se encuentran la naturaleza inferior y la naturaleza superior. La memoria no está ligada a la función cerebral: sus fuerzas, esencialmente

suprasensibles sin embargo, son normalmente utilizadas por lo que asciende a lo mental como una corriente instintiva, a través del pensamiento alienado, es decir, condicionado por la función cerebral: se produce una inversión de la función real de la memoria, tendiendo a convertirse en constitucional.

Según experimentos recientes, la memoria puede ser estimulada introduciendo una aguja en el cerebro, pero este hecho no significa que el cerebro contenga memoria, sino que el cuerpo etérico del cerebro ha sido estimulado mecánicamente, así como la percepción lo estimula a través de los órganos sensoriales. Mediante la aguja, la percepción del éter es directa, pero ajena al Yo, en la medida en que se provoca sin la mediación de los órganos de percepción, cuyo contenido, cuando el Yo no está presente, suele ser conectado con la memoria sensible a través de canales cerebrales, desencadenando una asociación que da lugar a una respuesta instintiva (como la conocida fenomenología de los "reflejos condicionados"), en la que el consentimiento del Yo es pasivo. El Yo no capta el contenido concreto de la percepción sino, más bien, lo que sugiere la memoria asociativa, que es la asociación de recuerdos en el plano astral-etérico, según un mecanismo característico de la naturaleza animal. En tal caso, la conectividad del cuerpo etérico, aunque es un proceso extrasensorial, escapa al Yo, funciona como automatismo.

Es el camino por el cual los recuerdos normalmente perturban a los seres humanos débiles, o los invaden hasta la obsesión. El cuerpo sensible evade el Yo, utilizando la propia fuerza del mismo Yo, que normalmente opera dentro de la conciencia con poder centrípeto. Este poder centrípeto está esencialmente anulado, sin embargo, actúa en contra de su principio. Cada droga, cada alucinación, cada embriaguez a base de alcohol, cada rendición mediúmnica, cada yoga simplista con una combinación de mantras enfáticos, propicia un poder automático de concentración adverso al Yo, preparando rupturas del alma y del cuerpo. El remedio para tal situación es, sobre todo, volitivo-físico: la eliminación de las causas y el recurso a una terapia desintoxicante. Pero la cura radical es la capacidad del Yo de restablecer el flujo de la fuerza, mediante la concentración correcta, es decir, mediante el "*uso legítimo*" de la fuerza centrípeta, cuyo sentido último es la liberación del pensamiento, mediante la cual sólo el Yo

puede operar sobre la naturaleza animal psicosomática, redescubriendo en las profundidades los poderes de los que esta naturaleza animal es la degradación.

El sentido supremo de la disciplina es la libertad. La verdadera liberación no es el desencadenamiento de uno mismo, que es siempre la explosión de la naturaleza física (con sus codificaciones ideológicas), sino más bien, *"el encadenamiento"* de uno mismo. Obligarse a sí mismo de acuerdo con un férreo programa, cuando se trata de un acto de pensamiento libre, es decir, libre de metas humanas y, por lo tanto, de anhelos, devuelve la luz original al cuerpo etérico.

El pensamiento es libre en sí mismo, pero el cuerpo etérico, ligado a la naturaleza animal, no lo obedece; por lo tanto, el pensamiento normalmente carece de vida. Cuanto más forzado esté el cuerpo etérico por una disciplina rigurosa a escapar de su acuerdo con su deseo inherente a las funciones de la naturaleza, más se convierte en un miembro del espíritu, un instrumento de liberación. El camino de la libertad es constreñirse a uno mismo; mandarse a uno mismo; seguir el camino más difícil; aguantar de manera positiva todo lo que pesa y condiciona. Cuanto más nuestra naturaleza animal es llevada a obedecer y responder a un ritmo que la gobierna, más vuelve de nuevo el poder del principio superior del Yo y, por tanto, más se ayuda a la reintegración del ser humano.

Si hemos entendido bien que lo que aquí se llama constrictión es la práctica espiritual del cuerpo etérico, no será difícil comprender que tal constrictión no es un forzamiento o una coacción, sino una *"mediación"* interna que es absolutamente libre, es decir, un actuar por medio de imágenes mentales conscientes sobre la corriente de la voluntad, dándole tareas de las que el cuerpo etérico, por su acuerdo habitual con la naturaleza animal, tiende a escapar.

No existe creación o elevación humana que no requiera un largo y sacrificado esfuerzo de liberación de la inercia de la naturaleza psicofisiológica. En esta dirección, podemos reconocer la misión del pensamiento. En realidad, el ser humano consciente arranca la virtud formativa del concepto de las fuerzas más nobles del cuerpo etérico,

permitiendo que su poder de síntesis metafísica resuene dentro de la esfera física, como estructura del conocimiento.

EL PODER FORMATIVO DEL CONCEPTO

Lo que los practicantes espirituales realmente tienden a experimentar, por medio de las disciplinas, es la fuerza por medio de la cual el concepto se forma en la conciencia. Ningún concepto se manifiesta sin tal poder formativo, pero esto normalmente permanece ignorado, ya que el racionalista ordinario sólo está interesado en el uso dialéctico de la forma conceptual. En cambio, como practicantes espirituales, asumimos el concepto como un vehículo del poder del pensamiento. Volvemos al poder formativo del concepto, independientemente de su significado específico. Cada concepto presupone tal poder, en la medida en que es la síntesis de una multiplicidad que corresponde a una entidad real como un "tipo" extrasensorial original.

Como dialécticos actuales, normalmente ignoramos el momento de la síntesis. Si bien asumimos que su poder es real, ni siquiera creemos en su existencia. No advertimos que, con el concepto de "caballo", nos referimos a una entidad única que habita en todos los caballos y la indicamos como algo concreto. Ni siquiera sabemos cómo lo hacemos. Creemos que un concepto "universal" es real, cuya existencia negamos o ignoramos dialécticamente. Sin saberlo, aprovechamos el poder formativo del concepto o el poder de la vida. Por medio de la concentración, nosotros, como discípulos, experimentamos precisamente el elemento vital del que normalmente se priva al pensamiento. En realidad, ningún concepto de dialéctica moderna tiene su propio contenido vivo. La serie de conceptos de una ideología es habitualmente un sistema que desconoce la vida interior, a la que sin embargo se refiere (véanse los conceptos de fraternidad, moralidad, valor, universalidad, etc.) Ningún defensor de la fraternidad cree que exista, como fraternidad, una fuerza unívoca, no física, que opere de manera concreta precisamente en virtud de su ser no físico.

El ejercicio de concentración devuelve el realismo a los conceptos. En efecto, cuando evocamos un concepto, solicitamos una fuerza que le permita aflorar, pero inmediatamente se retira a lo desconocido de la conciencia. Es la fuerza de la memoria, que se manifiesta en el movimiento del pensamiento y cede inmediatamente a la forma

dialéctica abstracta en cuyo nivel se vuelve consciente. Un concepto recordado es un acto de creación para siempre nuevo, pero el momento vivo del acto mnemónico escapa continuamente a la conciencia dialéctica, en la medida en que dicha conciencia está ligada a la función cerebral. El momento vivo del concepto o de su memoria, siendo preconsciente, no está ligado a la función cerebral. La concentración apela a este momento vivo: gracias a él, el pensamiento alcanza su propio fundamento, que no está en el órgano cerebral. Tal fundamento es una fuerza primordial del alma, que tiende a resurgir consciente. Quienes algún día afronten los problemas humanos según la realidad, es decir, según una penetración meditativa, más que de acuerdo con la ideología, deberán ser capaces de despertar tal fuerza.

La fuerza que permite que el concepto aflore en la mente cuando se lo evoca es la misma fuerza que actúa en la formación original del concepto. En ambos casos, esta fuerza surge como un poder, dentro de una zona inferior que escapa a la conciencia. En la concentración, la conciencia tiende a hacer suyo este poder, que su movimiento presupone de continuo.

Por tanto, podemos evocar un concepto, porque esencialmente ya lo poseemos. Poseemos una serie indefinida de conceptos de cosas y entidades, pero si observamos, nunca hemos operado efectivamente con fuerzas deliberadas y conscientes en su formación. Una fuerza más alta, como una espontaneidad superior, ha actuado en la relación de pensamiento y objeto.

Conscientemente solo tenemos representaciones mentales de un objeto y terminamos teniendo un concepto de él, que en sí mismo es un poder de síntesis, pero no hemos operado directamente con un acto de conciencia que nos lleve a lograr esa síntesis. Sin embargo, normalmente usamos el concepto como si tuviéramos tal síntesis. Es como si al decir "caballo" tuviéramos la percepción de la entidad que habita en cada caballo, como su arquetipo. La concentración consiste en adquirir conscientemente la dinámica del proceso arquetípico, que aflora en la esfera mental consciente desde lo más profundo del alma.

Si podemos experimentar el poder de síntesis del concepto, entramos en una esfera de realidad que normalmente está oculta, porque es vasta y poderosa para la consciencia mental. Entramos en

una esfera de Poderes suprasensoriales, que percibimos como el fundamento absoluto del entorno sensorial. Como seres libres, hoy tenemos el poder de probarnos a nosotros mismos la realidad del mundo suprasensorial.

La actividad preconsciente mediante la cual se forma el concepto puede experimentarse como la corriente interior primordial que transforma la materia en energía espiritual en el organismo y la energía espiritual en naturaleza viva. En esta actividad, el practicante espiritual actual tiene la posibilidad de recoger lo que el Yoga tántrico llama **Shakti** *, en particular, la corriente de **kundalini** **, que es un poder inalcanzable mediante el Yoga oriental, porque es imposible la aplicación de tal técnica en la actualidad.

La concentración en un objeto que evocamos parte sustancialmente de su concepto, es decir, de su noción de que dentro de la conciencia hay un poder de síntesis operativo, que no poseemos. Este poder se objetiva. El yo vive con su propia corriente de fuerza dentro del alma, gracias a que, a través de una serie de representaciones mentales, el objeto se reconstituye como concepto, es decir, como un poder sintético original.

Para que pueda dejarse percibir, este poder, sustancialmente tejido de voluntad, exige la insistencia de la *"voluntad en el pensamiento"*. Se vuelve deseado hasta tal punto que la determinación del pensamiento y su contenido volitivo terminan coincidiendo. La voluntad se desea con tanta intensidad que deja de exigir esfuerzo, se convierte en una corriente de vida que reconecta la conciencia con la fuente de su fuerza.

(*) Shakti: *En el marco del hinduismo designa a la «energía» de un deva (dios masculino hinduista), personificada como su esposa*

() Kundalini:** *En el marco del hinduismo es una energía que se visualiza como una serpiente enroscada en espiral y dormida en el muladhara chakra (chakra raíz que es el primero de los seis chakras básicos, y se ubica en la base de la columna vertebral). Cuando la kundalini se despierta, la conciencia del mundo emerge.*

CONCENTRACIÓN

La concentración es el ejercicio clave de la disciplina y, por tanto, el vehículo de la iluminación y de la liberación. Consiste en reunir, mediante un tema, el flujo del pensamiento en un solo punto, para lograr una síntesis dinámica; esta síntesis realiza, de forma objetiva, lo que es el pensamiento originalmente.

El pensamiento es originalmente un poder de síntesis, pero en este nivel no conoce su propio contenido, porque no es consciente de sí mismo: normalmente, el pensamiento se vuelve consciente de sí mismo volviéndose hacia lo sensorial, asumiendo lo sensorial como su propio contenido o su eco (reflejo) especulativo. En la conciencia dirigida hacia lo sensorial, el pensamiento se vuelve inmediatamente analítico y dialéctico, pero opuesto a su propia naturaleza original. La concentración devuelve al pensamiento esta naturaleza original, que el practicante espiritual reconoce como "*una*" con las fuerzas universales que sostienen su existencia.

La operación consiste en reconstituir, a partir de un objeto o de un tema, la síntesis del pensamiento desde su base, recorriendo su desarrollo dialéctico-analítico, hasta descubrir su concepto puro inicial. La determinación conceptual, sin embargo, puede entenderse completamente en la medida en que es una evocación de un producto hecho por el hombre. De tal objeto, el practicante espiritual puede extraer todo el pensamiento analítico mediante el cual se construyó el objeto, remontando este pensamiento hasta recuperarlo como el pensamiento intuitivo que concibió el objeto, es decir, hasta recuperarlo como concepto.

El objeto debe ser simplemente evocado, no percibido simultáneamente. Percibirlo durante el ejercicio sería un error, ya que la tarea es experimentar el pensamiento libre de apoyos sensoriales. En realidad, la idea de un objeto creado por humanos no reside en el objeto, sino en el reino mental humano. Mientras tanto, el objeto que pertenece a la naturaleza viva (cristal, planta, animal, etc.) lleva inmanentemente, en sí mismo, su propia idea. Aquí, la idea está presente como el poder de su forma. La correlación de las partes de un cristal es inherente al tipo de forma de su sistema de cristalización,

mientras que la correlación de las partes de una máquina carece orgánicamente de significado, lo que corresponde a una abstracción del reino mental humano, ajena a la relación real de la sustancialidad mineral de una "pieza" con la de otras "piezas".

De representación mental a representación mental, el ejercicio reconstituye de forma mnemónica el pensamiento sintético original. Por tanto, el objeto no puede ser nada que no sea producido por los seres humanos. No puede ser un cristal, ni una planta, ni un animal, ni el cielo, etc. La concentración en estos objetos no da cuenta de la sabiduría del ejercicio, que consiste en extraer de un objeto "todo" el pensamiento que lo pensó, para poder eliminar el soporte sensorial y lograr la presencia de la idea-síntesis. En el cristal, en la planta, en el cielo, etc., nos encontramos ante un objeto que encarna un pensamiento que no es nuestro pensamiento y que, por tanto, "sólo" podemos captar especulativamente como una determinación conceptual.

Pero el ejercicio de concentración no tiene nada que ver con procesos especulativos, aunque a veces, en cambio, pueden ser llamados a cooperar, según una dosis consciente, en el ejercicio de la meditación.

Con los objetos que expresan el pensamiento universal operando como naturaleza viva, el discípulo se puede unir ciertamente a través de su pensamiento, pero gracias a otro tipo de ejercicio, que "exige la percepción" del objeto. La contemplación perceptiva del objeto y la del pensamiento no humano que encarna en él, constituyen un solo movimiento anímico: sin embargo, se encuadran en otro capítulo de la disciplina meditativa, no son el típico ejercicio de concentración que es la clave para liberar el pensamiento cotidiano y del que se ocupa el presente tema.

Como practicantes espirituales, debemos partir del pensamiento con el que pensamos normalmente, debemos liberarlo. Por esta razón, debemos comenzar con objetos que expresan típicamente nuestro pensamiento dialéctico racional actual. A partir de esto, podemos llegar a nuestra propia actividad de pensamiento independientemente del objeto. Esta actividad liberada se nos manifiesta como la primera experiencia consciente de lo Espiritual.

Si comenzáramos a concentrarnos en objetos en los que el pensamiento universal se expresa directamente, nunca llegaríamos a él, porque siempre nos moveríamos por medio de nuestra propia representación mental ligada al reino sensorial. Mediaríamos lo universal de manera abstracta con un pensamiento que lleva dentro de sí una oposición a lo Universal. Esta observación puede extenderse a cada ejercicio que consideremos válido gracias a su regular efecto inmediato con respecto a lo Suprasensorial, que esencialmente impide la conquista del pensamiento inmediato, es decir, de la mediación liberadora.

El ejercicio de concentración consiste en evocar un objeto hecho por el hombre que, preferiblemente, es agotable en una serie mínima de imágenes mentales, mediante las cuales se puede expresar la máxima fuerza de pensamiento. Por lo tanto, debe ser el objeto más simple.

Dado que el objetivo de la concentración es experimentar el elemento sintético del pensamiento, normalmente alienado en el proceso analítico-racional, el objeto debe ser uno cuyo significado no ejerza ninguna influencia sobre la operación, exigiendo esta sólo la árida y a-psíquica determinación volitiva del pensamiento. La fuerza original del pensamiento reside en esta determinación voluntaria. Solo necesitamos descubrirlo. Esta fuerza misma está en movimiento dentro de la actividad destinada a descubrirla. Tal movimiento es fundamental para toda la vida del alma y su relación con el espíritu y el cuerpo, porque, por primera vez, se realiza el orden típico, Yo-alma-cuerpo, normalmente contradicho por la experiencia cotidiana. Por tanto, este ejercicio básico es la clave para el equilibrio y el bienestar del alma y del cuerpo. El hecho de que, a pesar de su carácter elemental, sea siempre difícil de realizar, puede explicarse por su tarea verdaderamente excepcional, a saber, ser la operación ideal que reconstituye el equilibrio original de los principios formativos humanos.

La sabiduría del ejercicio radica en su sencillez. Se evoca el objeto (aguja, lápiz, botón, etc.) y lo describe con precisión. Luego se hace una breve reseña de su historia e individualiza su función. Esta operación esencial, realizada con una mínima cantidad de imágenes mentales indispensables, finalmente da lugar a una síntesis de

imagen, o concepto, que es útil tener ante la conciencia, objetivamente, como la imagen inicial del objeto. Cuanto más se pueda contemplar objetivamente una síntesis de imágenes de este tipo, más se convierte la concentración en la experiencia del espíritu. Durante el ejercicio, uno no debe distraerse con otros pensamientos. Si se produce esta distracción, hay que volver a ascender por la imagen mental no relacionada hasta el punto en que intervino ilegítimamente.

MEDITACIÓN

La meditación se distingue de la concentración por el hecho de que, mientras la concentración toma un objeto o un tema, independientemente de su significado, como medio para la síntesis dinámica del pensamiento, "meditar" es un pensar que se mueve directamente de acuerdo con el significado espiritual de un objeto o un tema. En la concentración, el contenido del pensamiento no tiene importancia. Más bien, uno se asegura de que no esté relacionado con los intereses del Espíritu. En la meditación, sin embargo, el contenido, en tanto que espiritual, despierta en su pura inmediatez el movimiento del pensar, es decir, el imaginar, que conecta simultáneamente el sentir y el querer con el pensar.

Se recurre a un contenido que se puede tener inmediatamente como imagen. Tal imagen debe corresponder a una experiencia objetiva interna. Por lo tanto, debe ser extraído de un texto de ciencia espiritual o de sabiduría tradicional, o bien sugerido por un instructor espiritual. Por ejemplo, "El oro terrestre es el rastro mineral del Sol". No se trata de analizar el concepto de "oro" o de "Sol", ni de analizar racionalmente la relación entre ellos sino, más bien, de asumir la imagen tal como se manifiesta directamente en las palabras, es decir, hay que acoger la resonancia inmediata de éstas en el alma. Las tres fuerzas del alma —pensar, sentir y querer— en su estado puro, son reclamadas simultáneamente en este inmediato resonar.

Meditar es nutrir, contemplativamente, el elemento de vida por el cual la imagen surge inicialmente en la conciencia. La meditación no exige reflexión alguna; como la concentración, también es esencialmente una operación simple: no es para discutir, no se trata de analizar a través del pensamiento, ni de investigar para descubrir significados ocultos, sino de contemplar imaginando o imaginar contemplando el contenido asumido, hasta llegar a la tranquila percepción de la imagen-síntesis o del sentimiento que le corresponde: nada más. Dado que la síntesis de la imagen y el sentimiento correspondiente suelen surgir de inmediato, no hay otra tarea que dejarlos vivir dentro del alma. Tan pronto como mueren, el arte del practicante espiritual es renovar nuevamente su momento de

ascenso durante un número determinado de minutos, para impregnar el alma con él. Tal técnica también es válida para meditaciones que requieren la conexión de diferentes sistemas de imágenes, como, por ejemplo, el ejercicio Rosacruz, y se implementan mediante imágenes mentales que dejan fuera la realidad sensorial, como construcciones deliberadamente arbitrarias, unidas íntimamente por un contenido suprasensible preciso (ver "El poder de la imaginación").

En esencia, meditar no es elaborar temas Espirituales intuitivamente. Esto, en todo caso, es una operación cognitiva que, a posteriori, es posible mediante fuerzas extraídas de la meditación. Y mucho menos, es un análisis dialéctico o lógico. El ejercicio del intelecto dialéctico-lógico, en la mayoría de los casos, es un entrenamiento previo al ejercicio de concentración.

Al contrario, meditar es despertar directamente las fuerzas del alma mediante un contenido espiritual. Lo asumido y que surge espontáneamente es, interiormente, acogido y alimentado. Dado que la fuerza interior importa más que su dialéctica, la tarea del practicante espiritual que medita es, al fin y al cabo, hacer continuo y objetivo, durante un cierto número de minutos, el momento inicial del encendido de las fuerzas internas de acuerdo con un tema dado del Espíritu, es decir, una imagen, una frase o un símbolo, que acaba siendo capaz de resonar por su propia fuerza en el interior del alma.

CONCENTRACIÓN PROFUNDA

El objeto, tema, concepto o imagen, signo de luz, o símbolo, que nosotros, como alumnos, logramos como síntesis final de concentración, debe permanecer objetivamente ante nosotros. No importa de qué forma se viste, o que tenga alguna forma. No deberíamos preocuparnos por ver nada con una forma determinada. Más bien, deberíamos preocuparnos por ver ante nosotros el *quid** que simboliza formal o informalmente la síntesis del pensamiento. Este *quid* también puede ser una nada, y sin embargo estar ahí, como imperceptiblemente querido.

Este *quid* debe contemplarse con calma, con decisión, con la máxima atención, con una sutil continuidad de la voluntad, es decir, cultivando simultáneamente un descanso espontáneo dentro de uno mismo, un desapego contemplativo, que percibe el poder de la inercia profunda o ATARAXIA (ver "Ataraxia del alma"), según la intensa actividad incorpórea objetivada en virtud de la concentración. Esta intensa actividad incorpórea es esencialmente la identidad original del Yo con las cosas, que se despierta, aunque sea por un breve instante.

Como alumnos, entendemos la importancia de contemplar el signo-símbolo en un estado de pureza silenciosa. Tal pureza es esencialmente la independencia del Yo del alma. De hecho, la concentración se realiza en la medida en que no se ve alterada por sentimientos, recuerdos, tensiones, psiquismos y estados psicósomáticos. Como una fórmula matemática, árida y objetiva, limpia de psique y, por tanto, extra-subjetiva, el signo-símbolo debe permanecer ante el experimentador, con su luz invisible, que excluye cualquier elemento personal del alma.

La verdadera fuerza es mantener el signo de la luz fuera de uno mismo en su estado adamantino intacto, o en su impersonalidad absoluta. Es el símbolo de la liberación del yo dentro del alma, es decir, el comienzo de su autonomía del cuerpo astral o del campo psíquico donde está el círculo continuo de los instintos y los estados emocionales.

La concentración se realiza más allá de lo que constitucionalmente somos, mediante una independencia de la condición mental y física con la que nos hemos identificado. La concentración no debe operar por medio de las fuerzas de lo que existencialmente somos, sino por medio del pensamiento más independiente. Esencialmente, se debe "sumar" a lo que somos. El ser psicofísico que somos no debe intervenir en lo más mínimo: debe ser temporalmente ignorado. Los métodos yóguicos o tradicionales, en cambio, implican su participación en el trabajo interior, o mejor aún, lo utilizan. Esta distinción es importante.

La corriente de la atención pensante, como fuerza incorpórea capaz de actuar más allá del cuerpo y, por tanto, sobre el cuerpo, debe desarrollarse al máximo fuera del organismo con el que se ha identificado a través del alma. Debe activarse más allá de nosotros mismos, fuera del marasmo normal que llevamos como vida psicosomática, sin importar el cansancio, ni la enfermedad, ni la depresión, ni el júbilo, ni la imposibilidad existencial, ni un acontecimiento traumático. En efecto, es precisamente el impedimento psicosomático el que puede favorecer la "distinción" entre él y la actividad que lo trasciende.

El objeto de concentración hasta su clara luz debe ser simplemente percibido, más allá del sentimiento del cuerpo o de la psique. El sentimiento normalmente reconecta la conciencia con la corporalidad y paraliza la fuerza. Darse cuenta de la luz clara (o signo extrasensorial) del objeto, verdaderamente extinto como objeto físico y más allá de lo que somos (sentimiento, psique), significa superar el elemento sugestivo-instintivo de la psique, que normalmente tiende a hacer suya cada operación interior, (Ya sea de Yoga, de Magia o de Misticismo) a través del sentimiento sutil, ligado a la corporeidad. En el auto-sentimiento ligado al ser corpóreo, normalmente nos controlan Fuerzas extrasensoriales adversas a nuestra libertad. La concentración, al volverse operativa, nos pide, por tanto, un ascetismo del sentimiento.

(*) **Quid** : Aspecto en que reside la importancia de algo o en que consiste su dificultad.

LA PRÁCTICA ESPIRITUAL DEL SENTIMIENTO

La práctica espiritual del sentimiento se realiza mediante cualquier ejercicio que armonice el pensamiento con la voluntad. El sentimiento es la fuerza extra-consciente que, en su esencia, conecta el pensamiento con la voluntad, y el sentir. El sentimiento ordinario no es la vida real del sentimiento, sino su alteración. Esta alteración se cura mediante el ejercicio de la capacidad de respuesta de la voluntad al pensamiento liberado.

El sentimiento, como pura fuerza del alma, puede surgir donde se silencia el sentimiento normal, que es en todo caso el vehículo de la naturaleza animal del hombre. Como resultado de la meditación, el sentir tiende a surgir como una fuerza rítmica del alma, ya indirectamente solicitada en este sentido por cada sabia conexión del pensamiento con la voluntad. Para que el poder del ritmo del alma se manifieste directamente, técnicamente debe producirse el estado de ausencia del sentimiento normal, como un pasaje abierto al sentimiento despersonalizado, capaz de sumergirse en los intereses de los demás y del mundo, con la misma espontaneidad que normalmente es despertada por los intereses personales.

En determinadas ocasiones, debemos entrenarnos para prohibir la reacción normal del sentimiento. El ejercicio del "no sentir" es la condición para la concentración pura y la consiguiente resurrección del sentimiento, es decir, para la afloración del "*sentir puro*", que libera la esfera mental de la corporeidad. Pero, de manera similar, el pensamiento puro abre el camino al no sentimiento y libera la esfera mental de la subjetividad sentiente-racional.

El poder de atención dirigido a un objeto suspende el condicionamiento de la actividad interior por parte del sistema nervioso, pero precisamente esta inmovilidad temporal del sistema nervioso corresponde al "vacío" del sentimiento egoico. La reacción nerviosa habitual deja de regir la vida del alma. La consiguiente ausencia de tensión astral se convierte en el ámbito en el que es posible el flujo de la fuerza-pensamiento pura. Pero hay que decir simultáneamente que el despertar de la fuerza-pensamiento pura hace

posible el vacío astral: el ámbito necesario para que surja el Principio cósmico del pensamiento.

La ausencia temporal del sentimiento subjetivo da cuenta del desapego entre la conciencia y el sistema nervioso, es decir, la independencia del astral superior, en el que vive el Yo, del astral inferior en el que el Yo está obtusamente manipulado. Este desapego aísla en el sistema nervioso, y reduce a su función legítima, la entidad interior que maniobra la vida de los instintos a través del sistema nervioso.

En realidad, en virtud del no sentir, nos independizamos temporalmente de la entidad colectiva que gobierna la sangre; es decir, detenemos la acción de la entidad "Lucifer" el inspirador de emociones, pasiones, estados de ánimo y pensamientos que contradicen la esencia del alma. Sin embargo, al suspender la influencia del Adversario que actúa dentro de la sangre, incluso por breves momentos, automáticamente, aislamos al Adversario que actúa a través del sistema nervioso. Hacemos que el alma sea independiente de la entidad "ahrimánica" que se expresa totalmente dentro del ser humano instintivo al controlar el sistema nervioso. En esos momentos, el sistema nervioso se limita a ser el transmisor puro, o el mediador neutro, según el mismo proceso por el que opera en los órganos de los sentidos. En efecto, los órganos de los sentidos funcionan como mediadores objetivos, porque en ellos se excluye la acción de la entidad emocional o instintiva, habiendo sido originalmente eliminada por las fuerzas edificantes del Yo. Los sentidos no engañan: es el pensamiento el que no logra estar, en sí mismo, conscientemente vivo con respecto a ellos, como cuando se ilumina su contenido, gracias a la mediación neutra del elemento nervioso.

Aunque sea temporal, la independencia entre la esfera mental y el sistema nervioso, restaura la correlación jerárquica espíritu-alma-cuerpo, al despertar un poder original del espíritu en relación con su propio ser astral-éterico-físico.

Constitucionalmente la sangre es el soporte físico del Yo; el sistema nervioso es el soporte del astral; el sistema glandular es el soporte del cuerpo etérico. En los momentos en los que se suspende el

sentimiento inferior que expresa la alteración de la relación jerárquica antes mencionada, el Yo fluye en la sangre según su luz transmutadora: por lo tanto, simultáneamente tiende a restaurar el sistema nervioso, dejándolo inmóvil, a su vida metafísica original. De hecho, como resultado de la vida metafísica original perdida por el sistema nervioso, la entidad ahrimánica puede controlarlo sin conflictos, aunque dentro de los órganos de los sentidos, dicho control tiene el límite mencionado. En realidad, a través del vehículo del sistema nervioso, la entidad ahrimánica no solo impide que la humanidad alcance la percepción de lo Suprasensible sosteniendo el mundo en todas partes, sino que, además, logra estampar su propia influencia en el torrente sanguíneo, al elevarse a la cabeza y penetrando la esfera mental con impulsos destructivos. La práctica espiritual de suspender el sentimiento establece un intervalo mediante el cual se reactiva la relación entre lo espiritual y lo corporal, como ocurre durante el sueño, provocando temporalmente un cambio en el tipo de respiración y en su conexión con el ritmo de la sangre.

RESPIRACIÓN

La relación entre la conciencia y la respiración se realiza desde la concentración. Normalmente la respiración es la expresión rítmica del dominio del astral inferior en el organismo. Con la suspensión del condicionamiento del sistema nervioso y realizando el "vacío" del sentir, la respiración deja de moverse según el cuerpo astral inferior. Poco a poco, se libera del sistema nervioso. Pero esto no debe ser notado o seguido, incluso si sabemos que está ocurriendo.

Si conducimos gradualmente la respiración a una autonomía esencial, vuelve a adquirir el ritmo del astral superior, a cuyas profundidades pertenece, pero del que normalmente está alienado. Sin embargo, no se trata de una deliberada disciplina respiratoria que puede devolver a la respiración su luz secreta, sino más bien, la "ataraxia" (calma) del astral racional-sensible, algo que se puede describir como la anulación de la vida psíquica, una sutileza metafísica, en la que afloran las fuerzas básicas. Solo en esta etapa se puede practicar el ejercicio respiratorio adecuado. En nuestros otros trabajos pudimos hablar de un estado de "ataraxia crística", como requisito para el nuevo tipo de respiración.

Podemos llevar la respiración a un estado de calma funcional de la que, en realidad, ella misma surge, y percibir dicha tranquilidad como un estado de absoluta independencia del sistema nervioso. Es un estado al que se puede llegar por un camino distinto al del sistema nervioso, gracias a la mencionada disciplina del "no sentir": esto corresponde a la concentración profunda, es decir, a la percepción del pensamiento vivo, fuera de lo que somos como individuos, extrayendo autoconciencia del sistema nervioso. La respiración puede convertirse en un vehículo de la fuerza extra corpórea pura, no en la medida en que operemos sobre ella de acuerdo con las técnicas del *pranayama**, que hoy en día inevitablemente solicitan el mecanismo de la naturaleza corporal, donde lo Espiritual está alienado, pero en la medida en que percibimos su ser pre-corpóreo, liberado del astral racional-sintiente, y de su proceder de un ritmo cósmico, ligado no al sentimiento sino a la voluntad, es decir, al sentimiento original, a la pureza constitucional del ser corpóreo, independiente del sistema

nervioso. Como se ve, es una respiración que poco tiene que ver con la de las técnicas del Yoga.

La respiración es normalmente el soporte del sentimiento. Pero como este sentimiento es el movimiento psíquico de la subjetividad, esta respiración expresa la subordinación de lo Espiritual a la corporalidad, es decir, el alimento vital del *ego*, de la enfermedad, de la destrucción corporal. No podemos operar en la meditación por medio de tal respiración. Solo pide una cosa: el abandono.

Liberarse del sistema nervioso permite que la respiración sea el vehículo de la vitalidad metafísica de la luz. Tal posibilidad corresponde a la de la liberación del sentimiento, o de la extinción del sentimiento subjetivo, ilegítimamente inherente al sistema nervioso. La respiración libre se desarrolla como un ritmo de voluntad. Se convierte en una relación profunda con el poder de la Entidad cósmica que tiene el elemento aire como soporte en la Tierra. El aire es el vehículo sensorial de la Luz.

De la misma manera que el ser humano interior tiene el cuerpo mineral como soporte físico, existen en la Tierra Entidades suprasensoriales cuyo soporte terrenal está constituido respectivamente por elementos como fuego, aire, agua, etc. Cuando liberamos la respiración del sistema nervioso, el pensamiento de la función cerebral y la calma del sentimiento, percibimos el elemento metafísico de la respiración. Comenzamos a experimentar al Arcángel del Aire, cuya función ha sido revelada a algunos alumnos por el Maestro de los nuevos tiempos (Rudolf Steiner).

El secreto de la "*Piedra Filosofal*" está ligado al conocimiento de esta respiración, otorgado por el mundo espiritual al alumno que se vuelve incapaz de hacer un uso personal de la Fuerza. Quienes conocemos esta respiración, en realidad, sentimos que debemos acudir mínimamente a ella y que sólo en raras ocasiones podemos merecer hacer uso de su ayuda, en la medida en que el contenido de santidad que nace de ella, necesariamente encuentra una profunda discordancia con en el estado egóico actual del alma.

El discípulo es advertido directamente del momento en el cual puede tomar conciencia de la respiración metafísica y del ritmo radical que eso requiere, para volver a ser el vehículo de la Luz.

(*) Pranayama: *término que designa los ejercicios respiratorios del yoga que conducen a la concentración y control del prana (aire inspirado o energía vital)*

SILENCIO MENTAL

El pensamiento en la concentración, si se posee, puede llevarse a la quietud absoluta: no se elimina, sino que se une a su esencia. Nos unimos a esta esencia, reuniendo los poderes del alma a su alrededor, en silencio, evitando que el alma le dé cualquier forma. La fuerza pensante se vuelve inmóvil, unida e igual a sí misma: se identifica con su propio silencio original, genera silencio mental.

Avanzando en la disciplina, quienes creemos que tenemos la madurez para acceder a un nivel superior de experiencia, debemos eliminar voluntariamente los contenidos suprasensoriales recibidos mediante el silencio mental, hasta lograr un tipo de silencio más radical. Este silencio más radical es lo que la literatura esotérica ha llamado habitualmente el "vacío". Está claro que, como alumnos, podemos volvernos hacia él, en la medida en que el silencio mental inicial alcanzado en virtud de la concentración se ha vuelto familiar para nosotros.

Todas las experiencias superiores están mediadas por el silencio mental. Cada nuevo ascenso de la conciencia presupone la posesión de un nivel desde el cual se mueve y desde el cual se relaciona de manera oculta con todos los demás niveles, más bajos o más altos. Cada ascenso demanda la posibilidad de eliminar, mediante el vacío, los contenidos suprasensoriales alcanzados en el nivel desde el que se mueve. El silencio mental, en esencia, prepara la experiencia del vacío. Pero el ascenso a un nivel de conciencia superior exige continuamente ser mediado por el vacío del contenido suprasensorial poseído.

El silencio mental constituye una conquista positiva por parte del experimentador. No es solo el pacificador de la psique y del sistema nervioso, sino sobre todo, es el pasaje abierto a las fuerzas superiores del Yo.

DESPUÉS DE LA MEDITACIÓN

Después de la meditación, la fuerza suprasensorial evocada tiende a convertirse en vida. Sin embargo, para encarnar, necesita el estado ordinario de vigilia del operador, es decir, el estado de inconsciencia positiva propio de la actividad ordinaria del organismo anímico-físico. Exige que olvidemos la operación completa y nos sumerjamos con dedicación en la vida cotidiana. En la "*espontaneidad*" de la acción, las fuerzas evocadas fluyen en la medida en que pasan desapercibidas. Verlas o notarlas las paralizan. Este olvido positivo, sin embargo, no significa que debamos olvidar la responsabilidad, con respecto a la vida ordinaria, que derivamos de la meditación.

Así como las fuerzas cósmicas que restauran nuestra vitalidad etérico-física pueden operar gracias al sueño, también las fuerzas evocadas en la concentración y en la meditación necesitan de ese estado positivo de sueño del organismo físico-anímico, o sea de su estado espontáneo normal durante el tiempo de vigilia. Debe enfatizarse que el fenómeno del sueño afecta solo a la cabeza humana, donde ocurre un cambio de polaridad de conciencia. Mientras tanto, el resto del organismo etérico-físico permanece con el astral y el Yo en idéntica relación que tiene en el estado de vigilia.

La diferencia consiste en que durante el estado de vigilia, el Yo y el astral, carentes de su conexión cósmica, y por tanto de su verdadera sabiduría, operan destructivamente sobre el organismo etérico-físico por medio del proceso normal de instintos y pasiones. Durante el sueño, el Yo y el astral están, en cambio, en comunión con su estado original, según una plenitud no permitida durante el estado de vigilia por el órgano cerebral ya que este transforma la experiencia en contenido de la conciencia. En la cabeza, en efecto, estamos normalmente a merced de los instintos y las pasiones.

Elevar el Yo y el astral a su dominio cósmico durante el sueño, esencialmente equivale a un descenso del Yo al sistema trascendente de fuerzas del centro medio corporal (o del tórax) y más profundamente, al del centro de la voluntad, que es también el centro de los procesos del metabolismo y de los dinamismos de la instintividad, lugar del cual el Yo debe separarse temporalmente junto

con el astral superior, de modo que la experiencia de sus sistemas de fuerzas trascendentes a través del sueño pueda ser posible. Cada insurgencia del astral inferior contra el superior, obstaculiza la separación de este (astral superior) y, por tanto, impide o dificulta el proceso del sueño.

Penetrar con el Yo en el Reino Suprasensorial en virtud de la práctica espiritual solar, es esencialmente descender a las profundidades de la organización corpórea. No es un descenso del Yo racional o mental sino, más bien, del Yo puro. Por tanto, al final de la meditación, nos entregamos a la vida ordinaria; nos sumergimos espontáneamente en la acción, ya que las fuerzas evocadas del Yo puro que tienden a penetrar en la organización corpórea, descienden según su cualidad solar, o fluyen desde el Logos, para lo cual necesitan la no conciencia o la condición cotidiana del sueño tanto de la vida rítmica, como de la volitivo-instintiva.

Las operaciones internas ocurren en el escenario de la conciencia mental. Pero esa conciencia no debe seguirlos a las profundidades orgánicas a las que han llegado. Estas operaciones exigen ser actualizadas, invisibles. Debemos limitarnos a operar mediante el pensamiento puro y la dinámica imaginativa, independiente de la corporeidad. Solo en una fase avanzada de desarrollo, podemos actuar directamente sobre las corrientes astral-etéricas, pero siempre mediante determinación imaginativa. La práctica espiritual se convierte en un descenso liberador a los profundos sistemas de fuerza de la corporeidad.

Algún día, la acción directa será posible en la medida en que el espíritu se convierta en naturaleza o instinto. Como alumnos, estamos preparando actualmente esta posibilidad futura. En determinados momentos notamos la profunda identidad del yo con los seres, las cosas y el mundo, como si un solo yo estuviera en su centro como una verdadera fuente de fraternidad, y vislumbramos cómo esencialmente nos oponemos a esta unidad humana superior con una serie de pretensiones ideológicas de ética, progreso y sociabilidad.

Para quienes somos capaces de asumir la responsabilidad de nuestro propio desarrollo interior, los momentos de la unidad originaria del Yo con las cosas y con los seres, pueden extenderse y

repetirse durante el día. Podremos avanzar entendiendo que el desarrollo, como un fin en sí mismo, condicionado por fines terrenales o por representaciones previas de una actividad espiritual a realizar en la Tierra, no tiene sentido.

Solo el nivel suprasensorial que se alcanza puede iluminar el tipo de acción. Pero podemos reconocer la misma acción pura, la disciplina y el trabajo de la práctica espiritual como lo que, por nuestra propia virtud, opera creativamente dentro de la esfera suprasensorial de la Tierra. Las consecuencias del pensar, sentir y querer humanos son recibidas por Entidades cósmicas que las transforman en la corriente del destino.

La acción interior individual puede alcanzar esa impersonalidad, para trabajar por la comunidad humana. Hay una corriente de *karma* que se remonta a siglos y milenios, pero se expresa según una forma determinada por la posible acción ritual de las comunidades espirituales, es decir, de *élites* inmunes a las ideologías.

La disciplina de la concentración deja de ser una técnica subjetiva, cuando recibimos la virtud de la impersonalidad del pensamiento que se ha liberado. Avanzando hacia la concentración profunda, entendemos la importancia de reconectar la inteligencia individual con la inteligencia cósmica, de la cual la primera es la degradación. Fortalecer el pensamiento no es suficiente. El pensamiento debe tomar conciencia del nivel moral que le exige el desarrollo alcanzado.

La inteligencia individual, reforzada por la concentración, puede reforzar inconscientemente el límite subjetivo inferior, que lo opone a la inteligencia cósmica. Logamos el pensamiento solar viviente, solo cuando nos abrimos al conocimiento de la Entidad que sostiene la inteligencia cósmica, el Arcángel del Pensamiento. Nuestro pensamiento se libera del reino mental-cerebral, es decir, de la corriente del ego. Entonces, puede "*saberlo todo*", sin la mediación de libros o doctrinas, porque en nuestra propia alma vemos desplegarse el secreto de la vida. Nuestra conexión con este secreto es el camino del Santo Grial. El camino Rosacruz, en la medida en que es el "camino directo", se diferencia de cualquier otro camino actual, debido a que esos caminos necesitan conectar con la corriente meditativa, con la guía del Arcángel del Pensamiento.

PERCEPCIÓN PURA

Es la técnica mediante la cual nosotros, como alumnos, logramos experimentar el proceso interno de percepción sensorial. Pasamos a una percepción dada y dirigimos nuestra atención a ella, lo que gradualmente nos da la oportunidad de tener ante nosotros un contenido independiente de la forma subjetiva que normalmente la reviste. Esencialmente, separamos la representación mental y la sensación.

Al percibir, captamos la presencia de una vida interior inconsciente en una forma inmediata en la que aparece ordinariamente. La forma y el contenido de esta vida son idénticos, de modo que la forma es en sí misma el contenido que contemplamos, pero en la medida en que separamos simultáneamente esta forma de su huella sensorial entonces, mediante el ejercicio mencionado, comenzamos a percibir el elemento "vital" o etérico.

En virtud de que la atención se dirige deliberadamente hacia una percepción, así como en la concentración hemos aprendido a dirigirla a un pensamiento, practicamos aislar su contenido suprasensorial. En la concentración, generalmente logramos contemplar nuestro propio pensamiento: en el ejercicio de la percepción pura, contemplamos un pensamiento que es más poderoso, a saber, el de la naturaleza creativa. Este pensamiento puede surgir en nosotros, en la medida en que nos trae una conciencia silenciosa. La idea es que no tenemos que pensar; simplemente permitimos que actúe dentro del alma.

No tiene sentido contemplar un objeto creado por humanos. Un objeto así solo puede evocarse mediante el ejercicio de concentración. Por lo tanto, no se puede contemplar mediante el ejercicio de la percepción pura, que requiere objetos, cuyo pensamiento creador es inmanente. Sólo la distinción entre las percepciones del producto inanimado hecho por el hombre y el producto animado de la naturaleza puede ser útil, de manera preparatoria, con la finalidad de una comparación entre los dos tipos de percepción. En una fase avanzada de la práctica espiritual, podemos experimentar, por medio de la percepción interna qué "espíritu" habita en el objeto inanimado creado por el hombre.

La percepción del ser vivo de la naturaleza está, sin embargo, mediada por el elemento "míneral" en el que se presenta y para el que es sensorial. A través de la pureza de la inmediatez propia de la percepción, nos damos cuenta, en la mineralidad terrena, del soporte en el que el Yo se expresa directamente con su "poder de identidad". Este poder de identidad se puede alcanzar conscientemente.

Al encontrar la mineralidad terrenal en la percepción ordinaria, el Yo hace resucitar de esta, como vida de la conciencia, los poderes espirituales invertidos y durmientes: pero la conciencia está normalmente cerrada a esta resurrección interior de la realidad trascendente de la mineralidad desde la percepción, porque está absorta en la aparición subjetiva de formas, que están vivas, pero que surgen como formas de un proceso de muerte, un proceso que parte de nosotros, identificándose a ese nivel con un grado de muerte de la naturaleza. Sin embargo, esa realidad está a punto de resucitar al aparecer mediada por la percepción. Pero huímos obtusamente de ella, atándonos por el deseo a la imagen sensorial inmediata de la realidad, es decir, a la forma captada por el alma sensible, que es la vestidura del estado de muerte de la mineralidad. Esta mineralidad, en cambio, está a punto de resucitar por medio del color, el sonido, el gusto, la fragancia, etc: lo "cualitativo" inconmensurable, que aflora en la percepción.

En verdad, la percepción no se manifiesta para ser disfrutada como sensación, sino para ser experimentada como el poder del Yo, que brota de su encuentro con la mineralidad física. El Yo verdaderamente casi permite dar vida a la realidad metafísica de la mineralidad material, al vencer el poder del encantamiento por el cual la aparición de la mineralidad, que imprime en sí misma el sentimiento y la voluntad sensible, se eleva a la realidad física como una poderosa alucinación. Tal alucinación se nutre del deseo.

En la percepción ordinaria debe captarse un acto mágico transmutador, continuamente turbado en beneficio del deseo por el aparente contenido sensorial. Una relación directa del Yo, de un "Poder" para el que la conciencia de vigilia es inadecuada, como un estado de la conciencia cataléptica en comparación con el estado de vigilia. Se puede decir que el arte de la Magia Solar consiste en

conquistar, como poder de la conciencia despierta, lo que el Yo ya realiza al hacer que el mundo surja en las percepciones, por medio de los sentidos.

La conciencia de la experiencia sensorial postula una Ciencia o una filosofía de la Libertad. La práctica espiritual solar nos lleva a experimentar la extrañeza del contenido de la percepción a la actividad del órgano sensorial mediante el cual se manifiesta. Cuanto tiene lugar en el órgano sensorial, durante la percepción, solo se explica por la presencia del Yo. El proceso perceptivo, como proceso del órgano físico, es ajeno al contenido real, así como el aparato telefónico no tiene nada que ver con el contenido de una conversación, ni con las voces correspondientes.

El órgano sensorial no sirve para transmitir contenidos sensoriales al cuerpo humano dotado de alma sensible. Más bien, sirve para darle al Yo una forma de recoger dichos contenidos, como relaciones que ya existen entre la corporeidad sintiente y el mundo, relaciones que subsisten incluso sin la presencia del Yo como sucede en el caso de los animales.

El Yo recoge, en la percepción, su propia presencia en el mundo. La falta de una actividad de la conciencia más radical, o más individual, que le permita advertir la captación de su propia presencia -o de su propio poder- en el mundo, por medio de la percepción, hace que la vida de los sentidos sea abrumadora como un dominio de una multiplicidad inmediata, que no puede ser superada por la débil contraposición unificadora, numérica y lógica.

La imagen sensorial del mundo surge a través del poder suprasensorial de percibir, no en la medida en que el contenido del mundo es ilusorio o existe subjetivamente, sino en la medida en que, a través de la percepción, asume la forma apareciendo como realidad. La percepción pura lleva al practicante espiritual a los umbrales del Yo que percibe, es decir, al Yo siempre presupuesto pero nunca visto, la fuerza que suponemos y que nunca somos. Con la percepción pura, el practicante espiritual se convierte en parte del proceso de "*concentración profunda*", en el que fluye la fuerza del Yo Superior. Normalmente huimos de esta fuerza pasando de una percepción a otra, evadiendo siempre su penetración, continuamente atraídos por el

anhelo de las sensaciones. El practicante espiritual separa la percepción de la sensación. Pero debemos tener ya suficientemente entrenada la atención consciente mediante el ejercicio de concentración.

Las impresiones visuales se prestan típicamente a la práctica de la percepción pura, cuyo proceso, una vez poseído, puede luego extenderse a todas las sensaciones, con una gradualidad que va desde las sensaciones más conscientes a las menos conscientes, como el olfato, el gusto, el tacto, etc.

Como preparación, es útil recurrir a objetos cuya naturaleza le permite a uno separar fácilmente el contenido interno de la sensación, por ejemplo, cristales, metales, plantas, flores, agua, cielo, la relación de luz entre una planta y el fondo del cielo. La operación consiste en contemplar el objeto, con la máxima atención y, al mismo tiempo, con total silencio de pensamiento, hasta quedar absolutamente inmóvil ante él. Las sensaciones y las imágenes mentales deben silenciarse. En presencia de la creación de la naturaleza, la inmovilidad pasa espontáneamente a una profunda quietud. Este silencio es el del poder del pensamiento universal, que se manifiesta en "*formas*" etérico-físicas.

El objeto se convierte en el símbolo imaginativo de una corriente creativa específica de la naturaleza. En la continuidad contemplativa, encontramos las estructuras suprasensoriales de cuya fuerza formativa el objeto es signo. Tales estructuras surgen en nuestra alma como imágenes-fuerza. La operación se vuelve progresivamente clara e intensa, coincidiendo con la dinámica de la relación del Yo con lo sensible de la que surge la apariencia física del mundo.

Como hemos visto, la relación del Yo es directa. Por lo tanto, en la percepción pura aprendemos el arte de reunir los movimientos de la vida del alma, antes de que adquieran forma o se conviertan en sensación. En esencia, superamos la mediación cerebral con respecto a los contenidos de pensar, sentir y querer. Podemos comenzar el acto de controlar e integrar dichos contenidos, captándolos en su estado puro, inalterados por el elemento subjetivo.

Darse cuenta de la relación pura del Yo independiente del cuerpo astral, nos enseña muchas cosas: el desprendimiento de nuestro propio karma y del de los demás, ascendiendo a la esfera de la libertad desde la que es posible contemplar la corriente del karma y cooperar en su resolución positiva. Ésta es la verdadera ética: la autonomía del espíritu en la acción humana, para una acción profunda dentro del ser humano; la posibilidad de captar el elemento original de pensar, sentir y querer, en movimiento, antes de que se extinga en la conciencia dialéctica; la posibilidad de operar en ellos antes de que se vuelvan destructivos dentro de la psique y dentro de las relaciones humanas.

El proceso interno de percepción, como hemos mencionado, puede extenderse gradualmente a todas las percepciones, hasta las internas, subjetivas o psíquicas, es decir, hasta los impulsos instintivos y, en última instancia, hasta el sexo. Sin embargo, conviene ir penetrando poco a poco en los tipos de percepción, desde las más independientes hasta las ligadas a la corporalidad física.

Entenderemos que el arte de experimentar, en el sexo, las fuerzas más elevadas del alma y, por tanto, la purificación real, es separar la percepción de la sensación. La verdadera *espagiria* * consiste en tal separación, un arte más sutil que el requerido por la simple percepción de formas, colores, sonidos, etc, porque su contenido interno se revela inmediatamente idéntico al de una sensación erótica. El camino indicado en este manual proporciona una manera de realizar la percepción pura en ese sentido, de modo que se pueda captar el calor puro de la voluntad (ver "El poder de Eros").

(*) **Espagiria:** *producción de medicinas a partir de plantas utilizando procedimientos alquímicos*

EL PODER DE LA IMAGINACIÓN

El discípulo hace de la imaginación una fuerza objetiva, utilizando sin mediación el propio poder de la espontaneidad: poder normalmente subjetivo, ya que no se mueve según el propio principio interno, sino desviándose según la petición del alma sensible, o de nuestra naturaleza psico-fisiológica.

La imaginación es una fuerza que tiende a su propia transformación en realidad, de acuerdo con el impulso que realmente la mueve desde dentro. Tal impulso puede ser creativo; puede ser destructivo. Por lo general, es destructivo, porque asciende desde el alma sensible, es decir, desde el alma instintivamente opuesta a su propia fuente suprasensorial. No hay imaginación que no sea el germen de una realidad en camino de realizarse. El germen casi siempre es movido por un impulso que es directamente opuesto a la naturaleza original del pensamiento. La imaginación ordinaria es un impulso que se expresa a sí mismo como pensamiento inmediato, es decir, representación mental. Esta representación mental, sin embargo, puede ser dirigida por la voluntad y empoderada por medio de contenidos no subjetivos. El practicante espiritual aprenderá que ninguna creación carece, como germen inicial, del poder imaginativo del pensamiento, en la medida en que se libera de la subjetividad.

La imaginación suele ser dinámica, gracias al elemento volitivo espontáneo o instintivo, que le es congénito, como ligado a la naturaleza psicofisiológica y, sin embargo, subjetiva. El practicante espiritual, esforzándose por liberar de la naturaleza el elemento volitivo de imaginar, para hacer de eso una fuerza objetiva, encuentra precisamente esta dificultad: el flujo de la imaginación pierde el poder de la espontaneidad, cuando su forma está determinada por la conciencia: decididamente deseado, pierde la fuerza que naturalmente lleva dentro de sí mismo. El arte del discípulo espiritual consiste en reavivar el impulso imaginativo con la voluntad: en reunir su fluir con la fuerza original, haciendo de la espontaneidad una corriente de voluntad, tal como es en realidad en el origen.

La disciplina de la imaginación se cultiva prestando atención a las imágenes mentales dadas, hasta que esas imágenes despiertan un

sentimiento específico. La representación mental es una imaginación inicial, normalmente utilizada por el alma sensible o el alma racional emocional. No obstante, la representación mental es el movimiento inicial del pensamiento imaginativo. Debe, mediante la disciplina, liberarse del sentimiento que sutilmente lo condiciona, para dar lugar a ese sentimiento que corresponde al imaginar despertado.

La facultad imaginativa se entrena: a) permitiendo que las imágenes de la historia cósmica del ser humano, descritas por la Ciencia Espiritual, actúen sobre ella, sobre la base de un estado de inmovilidad contemplativa; b) contemplando la naturaleza mineral o vegetal (ver "Percepción pura"); c) modelando una imagen de acuerdo con un contenido espiritual dado y contemplándola, alimentando así su movimiento; d) al imaginar un color, abstrayéndose de la estructura sensorial a través de la cual normalmente se manifiesta, para contemplar su contenido no sensorial. Más tarde podemos imaginar la combinación de dos colores, por ejemplo rojo y azul, y percibir su sutil relación, que debe resurgir viva. Debemos asegurarnos de que cada imagen logre su plenitud dentro del alma, resonando con un sentimiento dado. Este sentimiento abre el paso a lo espiritual, que llega hasta lo físico.

La disciplina imaginativa implica el más amplio poder de elección y uso autónomo de las imágenes, orientadas hacia el control riguroso de una fuerza a la que debe, sin embargo, permitir simultáneamente la mayor libertad de manifestación. Es apropiado hablar de "*voluntad consciente*": La expresión del *dinamismo* imaginativo es esencialmente una mediación ofrecida al fluir de la vida interior más elevada, a cuya impersonalidad se asegura una adecuada apertura en el alma, por la movilidad ilimitada.

Con el fluir de tal fuerza, hacemos nuestro el elemento interior de la vida, que es idéntico al de la naturaleza creativa. Tenemos a nuestra disposición la forma inicial de Magia interior. Se puede decir que es la Magia de los nuevos tiempos, porque se fundamenta en la lógica interna del alma, germen de la redención consciente del ser humano y de una evolución real de los procesos ético-sociales, en la medida en que corresponde en nuestra conciencia al poder arquetípico del concepto, es decir, al principio de la síntesis original del pensamiento

normal. Es la imaginación que los antiguos practicantes espirituales no necesitaban liberar, ya que no estaba ligado al sistema nervioso, sino que les fluía gratuitamente desde la misma condición psicosomática. Su arte era donarse a él, hundirse en él, o escapar por medio de él.

Para los alumnos modernos surge la tarea opuesta, a saber, liberar la imaginación de la condición psico-somática. Con esto, experimentamos dentro de nosotros mismos un proceso cósmico. Podemos decir que lo que existe, mundial y humanamente, es la condensación, hasta la mineralidad, de poderosas imaginaciones sobrehumanas, según arquetipos cósmicos. Tales imaginaciones, naturalmente, tienen detrás poderes creativos aún más profundos, a saber, los de la Inspiración e Intuición de las Entidades cósmicas. Apenas comenzamos a comprender una planta, si reconocemos en ella la imaginación realizada de un pensamiento sobrehumano. De hecho, podemos, a lo sumo, traducir nuestro propio poder objetivo de imaginación en una máquina, que es un objeto sin vida, del mismo modo que nuestro pensamiento imaginativo ordinario no tiene vida, en la medida en que no se experimenta más allá de la función cerebral.

Por tanto, la enfermedad es una imaginación extra-consciente, encarnada. Tiene, en su raíz, una imaginación intensa que se correlaciona con el estado corpóreo, por medio del cual el espíritu tiende hacia un logro determinado. Tal imaginación, poseída, es el principio de curación. Aquellos de nosotros capaces de imaginar la realización de nuestra propia curación, ya pusimos en movimiento la fuerza curativa. Naturalmente, debemos guiarnos por el autoconocimiento y, por lo tanto, el conocimiento de las razones kármicas de nuestra enfermedad. Si logramos reconocer las causas metafísicas de la enfermedad, podremos trabajar en nosotros mismos. Todo esto tiene que ver, sin embargo, con un reconocimiento que difiere mucho del análisis psíquico. Así mismo, en línea con esta investigación, la técnica consistiría en animar determinadas imágenes clave mediante la repetición y el ritmo.

Quienes pretenden dar autonomía a la imaginación creativa, deben, sobre todo, conocer el arte de la concentración y de la meditación. Liberamos la imaginación del cuerpo astral (*kama rupa*) para dirigirlo

con el máximo poder de control. Sin embargo, tal control, como hemos mencionado, es lo que normalmente extingue su poder de espontaneidad. Pero es precisamente esta espontaneidad la que tendemos a asumir como vehículo de revivificación del cuerpo astral, de modo que este cuerpo astral, a su vez, expresa el poder imaginativo más elevado.

En la imaginación voluntaria, algo íntimo está en acción, algo más poderoso que la imaginación misma. La imaginación libre se activa "*mediante*" la voluntad, más que por un esfuerzo voluntario, que paraliza su fuerza. Una imagen se vuelve dinámica cuando se la puede contemplar desinteresadamente, como un cuadro ya terminado. Debemos querer con la máxima fuerza, pero con absoluta ausencia de determinación, con un "*no querer*" del tipo taoísta. Naturalmente, esto no significa, según la disciplina taoísta, sino más bien, en virtud de un movimiento incorpóreo de pensamiento que es tan intenso como si fuera corpóreo, es decir, según la disciplina rosacruziana del pensamiento.

La imaginación se entrena mediante la concentración y la meditación. Si observamos, la concentración es esencialmente un ejercicio de imaginación. Asimismo, la meditación es el "imaginar" que conecta el pensamiento con las fuerzas sutiles del sentir y del querer, de acuerdo con su armonía original.

Aquellos de nosotros que, como practicantes espirituales, poseamos este imaginar, tenemos el principio de la Magia Divina. Toda autorrealización se nos hace posible mediante el ejercicio imaginativo rítmico y repetido. Quien se siente falto de fuerzas de devoción, puede imaginar la devoción, su poder, su contenido y la transformación de la propia vida interior, gracias a su surgimiento. La consagración de uno mismo al mundo espiritual siempre comienza como una intensa imaginación. En efecto, no hay realización interior, que no es, sobre todo, una *obra* imaginativa.

Para operaciones internas decisivas, el imaginar debe partir de su origen cósmico. Sólo así se vuelve puro; se libera de los sutiles impulsos egóicos que, por necesidad, esconde dentro de sí. Si estos no fueran eliminados, darían lugar a la magia imaginativa demoníaca.

Como practicantes espirituales, debemos poseer un pensamiento puro y estar familiarizados con el camino del conocimiento para no encontrarnos con los caminos mediúmnicos de la imaginación egóica.

En definitiva, cada uno de nosotros logra lo que imagina verdaderamente. Encontramos fuera de nosotros mismos lo que alimentamos imaginativamente dentro de nosotros mismos. Los seres humanos impuros no pueden dejar de encontrar la impureza, fuera de sí mismos. La persona pura siempre encuentra lo puro.

El pensamiento que realmente pensamos no es racional. Más bien, es el pensamiento el que carga la vida; es el "imaginar". Normalmente, sin embargo, es el "imaginar" del alma sintiente o del cuerpo astral, es decir, del alma obligada a resonar según la corporeidad. El pensamiento racional es siempre el codificador de lo que realmente pensamos según la carga instintiva de la vida. Por lo general, esta carga de vida proviene del sentimiento subjetivo, de la psique, de la naturaleza corporal. Nuestra tarea es hacerla brotar de la fuente de la vida misma. Debemos restaurar a la "imaginación" el objetivo poder de vida.

No es una situación exterior la que despierta el estado psíquico, sino el estado psíquico que se proyecta en una situación exterior. En ese sentido, la imaginación es la fuerza creativa. Puede crear enfermedad, error, preocupación y nostalgia al dar poder a lo que destruye el alma y el cuerpo. La enfermedad física, como se mencionó anteriormente, es una imaginación inconsciente, realizada. Pero mientras que la "imaginación" destructiva tiene una fuerza inmediata que proviene de la naturaleza, es decir, del ego que es uno con la naturaleza, la imaginación que es creativa, elevadora o curativa exige la determinación consciente de querer. Esta determinación implica inicialmente un esfuerzo, como en la liberación de la representación mental del límite psicofísico. Pero el esfuerzo se elimina gradualmente para que la imagen pura, con su poder ilimitado de espontaneidad, pueda liberarse de la naturaleza subjetiva.

Se puede decir que el Mundo Espiritual nutre a los vivos mediante poderosas imaginaciones. La imaginación humana no es más que la proyección inferior de tal imaginación. Como seres humanos modernos, hacemos que la imaginación sea egóica y subjetiva.

Podemos construir castillos en el aire. Pero, en términos prácticos, solo creamos máquinas. Incluso a nivel estético, ahora no producimos más que un arte cerebral, desprovisto del elemento vivo, es decir, desprovisto de imaginación real.

Como se ha mencionado, los ejercicios de concentración o meditación trabajan para liberar la "imaginación". Si se logra tal liberación, nuestra responsabilidad hacia nosotros mismos y hacia los demás se vuelve seria, por el hecho de que la imaginación, como fuerza mágica inicial, puede destruir si se usa incorrectamente, o si escapa al control del operador, en la medida en que es captado de nuevo por nuestra naturaleza egóica. Podemos dañarnos gravemente a nosotros mismos, así como a los demás, sí, durante los momentos de baja conciencia de nosotros mismos, perdemos el control de la fuerza imaginativa que se despierta.

La razón por la que el Mundo Espiritual no nos concede poderes específicos es por el peligro de que nosotros, al no haber logrado una independencia real de nuestra naturaleza egóica, podamos hacer uso de ellos. Cuando se despierta el poder imaginativo, nuestra vida debe ser un control continuo de su misma espontaneidad, incluso en los detalles más mínimos, para que este poder no se convierta en una fuerza adversa a la evolución humana.

EL EJERCICIO DE LA ROSA-CRUZ

El ejercicio de la Rosa-cruz comunicado por primera vez por Rudolf Steiner (ver libro *La Ciencia Oculta**, cap. 4), consiste brevemente en imaginar el nacimiento y formación de una planta, y compararla con la imagen del ser humano. Como seres humanos, carecemos de la pureza y la impersonalidad de la planta. El hecho de que estemos dotados de conciencia y autonomía de acción implica, como contraparte, nuestro sometimiento a los instintos y pasiones. Sin embargo, mediante la práctica espiritual podemos alcanzar en el alma y, por tanto, en el cuerpo, la misma pureza que caracteriza a la planta. Podemos realizar en la sangre, cuyo calor es vehículo de instintos y pasiones, la misma pureza que circula en el jugo verde de la planta. En este punto del ejercicio, la rosa roja se asume como el símbolo de la transformación metafísica del practicante espiritual. En tal flor, el jugo verde se vuelve rojo en los pétalos. Esta imagen debe sentirse intensamente (ver "Meditación"). Entonces, de repente, imaginamos una cruz negra, como símbolo de las pasiones e instintos purificados, con siete rosas rojas brillantes en su centro, en un círculo. Esta imagen final debe ser contemplada, para que pueda donar el sentimiento que le pertenece.

Si observamos, el ejercicio implica pensar, sentir y querer: resume las operaciones de concentración, meditación e imaginación: debido a los contenidos metafísicos a los que apela imaginativamente, el ejercicio puede llevarnos muy lejos, independientemente del nivel en el que nos encontremos, si lo acompañamos durante el día con el ejercicio propio de la concentración y eventualmente con las disciplinas secundarias necesarias para nuestro personal desarrollo. En una etapa particular, el ejercicio, elevado a la tranquila intensidad capaz de penetrar en el astral inferior y de orientar la vida del alma, puede llevarnos a una conexión con la Orden invisible que guía a la humanidad, conocida como la Hermandad de la Rosacruz.

(*) *La Ciencia Oculta, un Esbozo. Rudolf Steiner (Ed. Rudolf Steiner)*

EL PODER DE LA DISTRACCIÓN

Es el poder de quitar de la esfera mental un pensamiento o un estado de ánimo invasor. Tal poder se cultiva mediante la práctica de pasar repentinamente de un curso de pensamiento, en el que estamos particularmente absortos, a otro por el que no tenemos ningún interés y en el que nos sumergimos voluntariamente hasta el punto de dejarnos llevar por él, repitiendo posteriormente una distracción análoga con un nuevo curso de pensamientos, pudiéndose realizar esto igualmente con un sentimiento o con un estado de ánimo. El ejercicio prácticamente consiste en dedicarnos a un pensamiento o a un sentimiento seductor, hasta llegar a una fase comprobable de sujeción a él. Luego lo dejamos inmediatamente para dedicarnos a otro pensamiento o sentimiento no atractivo, en el que nos absorbemos con idéntica entrega.

Todo aquello a lo que se está tan aferrado que no se puede prescindir de él, es malvado; incluso si tiene que ver con impulsos aparentemente espirituales. Un impulso de bondad o de moralidad, cuando es auténtico, no domina el Yo, porque es una expresión del Yo. Incluso un impulso espiritual debe pasar por el tamiz de la determinación consciente.

Los impulsos de bondad y generosidad pueden reconocerse como auténticos, cuando son la transformación de los impulsos inferiores del cuerpo astral. Constituyen una vida fecunda del alma, en la que se expresa esencialmente el Yo real. La presencia de este Yo real en el mundo ya es una acción transformadora. Cualquier forma de esta acción es una relación del Yo, en la que este no debe dejarse llevar. La virtud de la relación proviene del Espíritu, no puede provenir de la exaltación moralista, que es casi siempre ficción, o recitación (vacía) de lo Espiritual.

El ejercicio voluntario de la distracción tiene el objetivo de liberar al alma no solo de las fuerzas adversas a lo Espiritual (Ahrimán), sino también de las de la recitación espiritual (Lucifer).

Incluso el uso de un impulso moral puede volverse ilícito, si no es decisión del Yo sino, más bien, del "anhelo" del cuerpo astral. La

ciencia de la moral es, ante todo, una ciencia de la libertad, es decir, una ciencia del Yo. Los verdaderos males del mundo son el producto de una moral utilizada no por el Yo, sino por su opuesto, una moral a la que no hay nada que objetar, dialécticamente. Más bien, es esencialmente el engañador de los seres humanos y el organizador de su sistemática alienación, en la medida en que es meramente formal; su contenido sistemático no proviene del espíritu de fraternidad sino, más bien, del espíritu de aversión.

El ejercicio de la distracción es la catarsis de las fuerzas que aparecen mediante la concentración. El poder que resulta de la concentración debe estar conectado con la dirección impersonal del Yo. Por ese camino, aprendemos el cambio de polaridad necesario para pasar de la concentración subjetiva (o mental) a la concentración profunda que lleva la impersonalidad del Yo Superior.

Cuando somos lo suficientemente fuertes, podemos intentar una forma más exigente del ejercicio, enfrascándonos voluntariamente en un pensamiento atormentador, hasta que logremos percibir su contenido ilusorio y atormentador. Habiendo alcanzado así la saturación, bruscamente nos separamos de ella para sumergirnos en un pensamiento de contenido opuesto, con el que se realiza idéntica operación, que es fortalecer la estructura formal hasta penetrar en su contenido. El ejercicio se concluye comparando interiormente los dos contenidos, para cuya evocación se pone en movimiento una fuerza idéntica.

En la misma línea, un ejercicio adicional puede ser el siguiente. Imaginamos una situación que normalmente provoca un determinado sentimiento, como su contrapartida irresistible, y nos entrenamos para evitar tal sentimiento, contrarrestando imaginativamente la situación con un estado de absoluta imperturbabilidad.

Este ejercicio, que parecería cultivar una especie de insensibilidad egoísta, sirve, en cambio, para despertar la sensibilidad hacia situaciones que normalmente nos dejan indiferentes, en la medida en que no contradicen al *ego*. Hay zonas neutrales u obtusas del alma en las que radica la más profunda oposición al espíritu. Llegamos a ellas controlando la sensibilidad con la que normalmente manobra el *ego*.

La parte del alma que permanece imperturbable porque está embotada, normalmente mantiene su poder mediante la parte que reacciona en forma de emociones y pasiones. En relación a esto, podemos comprender la importancia de entrenarnos para considerar las situaciones de los demás como si fueran nuestras, y las nuestras como si se tratara de las de los demás. El valor de tal ejercicio no es tanto el contenido moral como la técnica de su dinamismo (*dynamis*).

La luz de la fuerza requiere una lógica sobre los movimientos del alma, que es tan rigurosa como la de un teorema matemático. La espontaneidad es el poder creativo, dotado de infinitud, que implica la superación de lo dado, pero, por tanto, ante todo, la posesión de una rigurosa determinación.

INSTINTOS

El instinto es un impulso que se manifiesta autoritario en las profundidades de la psique, a pesar del Yo, de hecho se las arregla para usar el Yo. El grupo de instintos dominantes de la esfera de la voluntad o del astral profundo, es lo que verdaderamente surge como fuerza en el ser humano, la mayor fuerza a nuestra disposición. El pensamiento lleva en sí mismo la luz de la razón, la idea transformadora del instinto, pero carece de la fuerza del instinto. El arte de la concentración y de la meditación consiste en fortalecer el pensamiento, para que llegue a tener el poder del instinto. Este pensamiento se convierte en una síntesis dinámica de sentimiento y voluntad que, esencialmente gracias a la disciplina, se sustraen a la dinámica de los instintos.

El problema de la autonomía del Yo con respecto a los instintos, es un problema de la relación del Yo con las fuerzas potenciales del "estado humano" real; un instinto abrumador es una fuerza destructiva de tal estado, un instinto dominado se convierte en una fuerza elevadora, de hecho en la fuerza decisiva. Es fácil darse cuenta de que la autonomía con respecto a los instintos no se improvisa y puede empezar a tomar forma sobre cimientos seguros, gracias a la concentración y la meditación.

Cuando se alcanza un mínimo de independencia interior, podemos entrenarnos para operar a través de los instintos utilizando su poder. Se trata de insertarse en ellos como en algo "querido". Mediante la técnica "imaginativa" nos preparamos para ello, evocando un instinto determinado. Se necesita velocidad intuitiva y poder imaginativo para vislumbrar la corriente instintiva evocada y sumergirse en ella, no ser arrastrado por ella sino, más bien, vencerla, yendo más allá, agregando un elemento de voluntad orientadora a la corriente que ya existe. Se trata de entrenar la imaginación dinámica y la percepción sutil, para captar la corriente instintiva y conducirla más allá de sí misma. El instinto es dañino porque persigue al Yo y lo sumerge. El arte consiste en introducir un Yo más poderoso en la corriente instintiva, es decir, insertar un "Yo más fuerte" en el impulso inferior, para cambiar su dirección. Tiene que ver con una especie de *judo* (arte

marcial) interior, que no solo prepara el dominio del Yo sobre los instintos, sino su renacimiento como poder directo del espíritu. El poder de los instintos puede volver a convertirse en un instrumento del Yo.

Esta posibilidad también se prepara mediante ejercicios de voluntad. La voluntad se fortalece mediante la disciplina de la concentración y de la meditación, pero se puede llevar a un cierto nivel de fuerza mediante el ejercicio de la "*acción pura*", que consiste en imponer deberes no requeridos por nuestra rutina diaria. Tales acciones, completamente simples y de poca importancia, deben realizarse mediante una cuidadosa correspondencia entre el preacuerdo y la ejecución: tanto más eficaz sí entre el preacuerdo y la ejecución transcurre un cierto lapso de tiempo, por ejemplo veinticuatro horas. Una personalidad de voluntad débil se ve reforzada decisivamente por la autoimposición de una serie de órdenes para que las acciones se realicen por sí mismas, incluso de una hora del día a otra, para evitar intervalos de inercia o de abúlica disipación de fuerzas.

El Maestro de los Nuevos Tiempos da ejercicios preparatorios específicos del poder que puede actuar sobre los instintos de forma transformadora. Uno, por ejemplo, es volver a evocar las impresiones recibidas de un individuo tomado por la lujuria, y retratárselo a sí mismo para poder percibir algo más de lo vivido en aquella ocasión. Al hacerlo, podemos observar cómo el anhelo operaba en su comportamiento y fisonomía; para sentir esa lujuria, pero dentro de la otra persona. De esta manera, evocamos ese anhelo dentro de nosotros y al mismo tiempo lo controlamos, para que lo despersonalizemos y lo sintamos objetivamente. La realización de tal ejercicio consiste en volver a evocar al individuo satisfecho por el anhelo y, por tanto, interiormente feliz y relajado. Sentir esta satisfacción, permaneciendo independiente de su aspecto dañino, es una penetración activa más en la esfera de los instintos.

EL EJERCICIO DE LA MEMORIA

La re-evocación consciente de determinadas impresiones y situaciones interiores del pasado puede convertirse en la contemplación de un proceso de fuerzas que entonces habían involucrado al alma y que ahora pueden alzarse para revelar su contenido objetivo. La contemplación mnemónica también se convierte en una conexión con las fuerzas suprasensibles del centro rítmico corporal (tórax), así como la posibilidad de la autonomía inicial de la respiración y el sistema nervioso. El ejercicio esencialmente da lugar a la presencia del Yo superior dentro del ritmo del cuerpo etérico, y sin embargo responde a una experiencia sutil del tiempo, como corriente etérica independiente de la forma espacial-sensorial en la que se manifiesta.

El ejercicio consiste en volver a evocar un hecho, o una situación pasada, para extraer de él el estado de ánimo con el que estaba conectado. Luego, se aísla el estado de ánimo de la fenomenología sensorial correspondiente y contemplarlo objetivamente, tal como se contempla el contenido final de la concentración al finalizar el ejercicio. La reproducción deliberada de un contenido interior tiende a revivir un elemento profundo de la voluntad, que en la experiencia pasada sí estaba presente, pero subconsciente y, por tanto, no asimilable. En la re-evocación consciente se percibe el elemento volitivo profundo y como instintivo, es reintegrado por las fuerzas superiores de la conciencia.

El ejercicio de recordar experiencias pasadas nos da una forma de percibir el tejido del tiempo como el ritmo del cuerpo etérico, hasta que brota de la esfera de "musicalidad" del astral superior. Esta musicalidad encanta el elemento serpentino de los instintos. En realidad, intervenimos en el contenido interior puro del acontecimiento recordado, que aún está presente inconscientemente, y lo transformamos en un contenido de la conciencia, realizando una acción profunda redentora de la esfera instintiva. Además, por esta vía fortalecemos también la memoria ordinaria.

LA CALMA

La calma es un estado de paz con los seres y los acontecimientos, cualesquiera que sean, en un ejercicio de la verdadera naturaleza del alma. Es un estado de paz legítimo, sobre todo, cuando los motivos de oposición o desaprobación están éticamente justificados. Esencialmente, es la posibilidad de eliminar el espíritu de aversión, que es inseparable incluso de la expresión ética del *ego*. Sin vencer el espíritu de aversión, la verdadera calma no es posible, ni, por tanto, el camino espiritual. Debemos enfatizar que precisamente ese estado de paz con los seres, a pesar de los contrastes, permite que las situaciones evolucionen y transforma las actitudes humanas.

La calma es fácil para quien no reacciona ante el mal y el error del mundo, pues dispone de capacidad de acuerdo o de convivencia positiva con él. Esta calma, sin embargo, no es una fuerza del alma sino, más bien, del alma gobernada por la naturaleza, un estado de embotamiento que finge la fuerza del alma.

Incluso los discípulos más cuidadosos pueden sentirse desgarrados por la indignación y perder momentáneamente la calma cuando se encuentran con manifestaciones de deslealtad, maldad o inmoralidad. La corrección de estas manifestaciones y la correlativa severidad son justas, pero siempre se ven desvirtuadas por el espíritu de aversión que las acompaña. Debemos separar este espíritu de aversión hacia ellas, transformándolo en una fuerza que penetra cognitivamente en el fenómeno. Esta separación es una forma de "*espagíria*" que es fundamental para entender el trasfondo de la lucha humana y para un desarrollo interior saludable. Sin calma en medio de la agitación, no puede haber ninguna experiencia suprasensorial, ni puede existir la posibilidad de ser útil a nuestro prójimo.

El espíritu de aversión puede abordado cuando se manifiesta legítimamente junto con sentimientos justificados de desaprobación de lo que es injusto y malo. Observarse a sí mismo y eliminar el impulso de odio de estos sentimientos les otorga el correcto desarrollo. Los convierte en vehículos de una rectificación curativa. Una técnica de la Ciencia Espiritual consiste en practicar la desviación del impulso del odio hacia el espíritu del error y de la mentira, desviándolo de la

persona que es su vehículo. Metodológicamente es importante practicar una toma de conciencia del punto de vista del otro y, en ese sentido, justificarlo.

Cuando se controla el impulso del odio, que intenta aflorar en legítima indignación, podemos contemplar con comprensión el hecho o las personas que suscitan la desaprobación. Esta comprensión calma el alma y tal calma es la correlación que, como hemos mencionado, permite ocultamente que los hechos, o las actitudes de la otra persona, evolucionen.

La calma aflora la verdadera naturaleza del alma. Ningún movimiento del alma es auténtico si carece de su cualidad esencial: la calma. La calma surge cuando logramos ver en quienes ejecutan acciones vergonzosas a individuos poseídos por entidades de las que la disciplina meditativa proporciona una forma de liberarse. Como experimentadores, descubrimos que podemos liberarnos de ellos, porque otros sufren su sujeción. El sentido último de esto es que sentimos la responsabilidad de comprender y ayudar a quienes soportan el sacrificio de un sometimiento cuya superación es el privilegio de poseer la técnica interior.

Comprender y perdonar a todos, nadie excluido, así como aceptar y soportar situaciones injustas, debe surgir del "*conocimiento*"; ya que como actitudes o posiciones sentimentales se sostienen poco, incluso cuando no sean actitudes pretenciosas. Los logros del pensamiento penetrante, son los vehículos de la verdadera calma, es decir, del estado interior del que, solo, pueden surgir las energías de una acción que repara y elimina el error.

La paz consciente se alcanza, sobre todo, gracias a la penetración cognitiva de los hechos y de los seres que más severamente provocan nuestra condena y, en consecuencia, nuestra aversión. Así como no podemos sentir aversión hacia un fenómeno de la naturaleza, tampoco podemos sentir aversión hacia un evento *kármico*. Lo que procede de los demás y puede suscitar desaprobación o desdén es siempre producto del *karma*, es decir, de los impulsos instintivos y el temperamento por los que los seres se ven abocados a determinadas acciones o comportamientos: "*no procede de su espíritu libre*". Justificar a todos de acuerdo con el dharma (la ley que los gobierna

por medio del karma y la correspondiente persuasión propia de estar dentro de la verdad) crea una sensación de relajación y paz con todos los seres, que es el principio de la autonomía del alma. Solo el alma tiene el poder de curar la injusticia y el error humanos sin parcialidad ni prejuicios. Una severidad justa no puede prescindir de la percepción del fondo interior: sólo puede provenir del conocimiento sereno y de la comprensión de los motivos reales de los sujetos humanos.

La calma, unida a la contemplación comprensiva de un acontecimiento desagradable, corrige secretamente el error. Desarrolla las fuerzas de la fraternidad más allá de las manifestaciones de disensión y lucha. Debemos estar en paz con todos, para que podamos conocer el Umbral de la vida del alma. "Todo es como debe ser" es la sabiduría de la que el alumno extrae la calma subyacente. El arte no consiste en oponerse de manera desenfrenada a lo que sucede ni en impedirlo, sino en trabajar para eliminar las causas de las cosas desagradables. Sin embargo, estas causas son siempre espirituales y deben eliminarse mediante la acción espiritual, que es donde se originan. El verdadero daño en la actualidad radica en la falta de acciones en el origen, es decir, en la falta de acción que se mueva en el plano de las causas. Realmente es la tarea más ardua. Quienes se dedican a estas acciones logran un estado de calma superior, necesario como inspiración para las tareas de quienes se dedican al trabajo ritual.

Técnicamente la calma es el estado espontáneo del alma cuando esta es consciente de su verdadera naturaleza: independiente de la corporeidad. Por lo tanto, puede ser percibido como una entidad objetiva, hay que dejar que la calma actúe como un estado natural al que anteriormente nos oponíamos inconscientemente. La calma puede intensificarse hasta el punto en que nada en el mundo pueda eliminarla. Esta calma inalterable debe ser reconocida como un requisito previo para la experiencia suprasensorial real.

En ciertos momentos, debemos recogernos en el silencio interior y dejar que la calma de lo que somos originalmente descienda, libres de actitudes humanas: ser como uno es, hasta agotar las tensiones, que en verdad no existen para el Yo, sino sólo para lo que el Yo no es. La calma es la base desde la que nos movemos continuamente sin

saberlo. Ser, ya es el ser en calma. Es cuestión de saberlo, es cuestión de ser, básicamente, lo que somos.

EL MÉTODO ROSACRUZ

La calma debe ser posible en cualquier momento, en todas las circunstancias. Debemos ser capaces de evocarla como un mandato, para ello, debemos estar preparados meticulosamente. Debemos poseer el estado de autonomía y desapego que sigue a una concentración íntensa. Este estado evocado de autonomía y desapego debe ser siempre suficiente para restablecer la calma.

Si la situación es tan abrumadora que tal autocontrol es solo parcial o superficialmente posible, entonces es aconsejable el método Rosacruz de retirarse a la esencia del cuerpo astral. En términos simplificados, el arte es "recibir", ceder, rendirse totalmente, no resistir. Resistir es un error.

Recordemos de nuevo el concepto de judo (lucha) interior. No tiene nada que ver con una imagen instrumental sino, más bien, con una técnica precisa, que apela a fuerzas que hoy están presentes en la relación del cuerpo astral con el Yo, y que, sin embargo, nada tiene que ver con el judo en el sentido estricto de la palabra. Cualquier forma de agitación, en esencia, no es más que el predominio ilegítimo de los impulsos astrales sobre el Yo. Si no controlaran al Yo, estos impulsos se manifestarían como sus fuerzas.

Lo que por conveniencia llamamos judo interior es una técnica prevista por la antigua práctica espiritual solar, en el sentido de que es una disciplina que restaura el movimiento original del astral, que utiliza las fuerzas de alteración dentro de la alteración misma. Esta técnica consiste en abandonarse aún más profundamente a la agitación, más allá de lo que es su asidero en el alma, hasta el punto de poder agregar una fuerza volitiva a la corriente impulsiva.

No debemos olvidar que, dentro del alma, la voluntad y la impulsividad son la misma fuerza bajo distinto dominio en el alma. El movimiento inicial es escapar de la captura, es decir, rendirse más allá del límite mismo de la calma alienada y aquí introducir, o insertar la corriente imaginativo-volitiva, ya educada a través de los ejercicios, para descender a lo más profundo de uno mismo, donde está la forja original de las fuerzas.

Abandonarnos, ceder sutilmente, liberarse y actuar simultáneamente como lo haríamos en el *judo*, es, desde un punto de vista oculto, operar con las fuerzas permanentes del Buda, que hoy avivan cósmicamente, en las profundidades humanas, la capacidad de liberación de lo sensible dentro de la experiencia sensible. La contribución original del Buda, dirigida en la antigüedad a ahorrar al practicante espiritual las condiciones de la experiencia sensible, se convierte hoy en el impulso positivo del alma captada por el reino sensorial. En ese sentido, los procesos budistas dentro del alma expresan hoy su verdadera función: colaboran en la acción de la esencia-Logos dentro del Yo, abren el camino hacia el Cristo.

El límite de la calma alienada se puede alcanzar mediante las fuerzas más profundas del Yo, evocadas por el estado de necesidad, es decir, por la agitación. Por lo general, trabajan hacia el restablecimiento inconsciente de la calma a expensas del organismo etérico-físico. Esa calma es ficticia, porque no surge de la acción volitiva del Yo en el astral, sino de una insuficiencia del Yo con respecto a tal acción, y confirma así esa dependencia del astral con respecto a la naturaleza inferior, que reproducirá la agitación.

El *judo* interior viene a desencadenar fuerzas más radicales del Yo a través del hundimiento intencionado en la calma alienada, es decir, a través de las propias fuerzas de agitación que implican automáticamente al Yo. Hay que adueñarse de este automatismo: es una transferencia de función de la instintividad a la voluntad imaginativa, posible como una entrega a *modo de judo* que responde a la actitud de "hágase la voluntad de Dios", técnicamente llevada a su última instancia.

Por lo general, esta actitud es una pasividad inerte. Debemos llevarla más allá, desde la esencia, hasta el poder de la pasividad inerte. Llevar esta pasividad más allá de sí misma es descender a las profundidades, hasta llegar a la raíz intacta del ser que rige orgánicamente la corporeidad física. Es una presencia enraizada del yo, desde una altura superior extraída de él.

Se alcanza la verdadera calma cuando se convierte en una «zona áurea» del alma. Allí podemos retroceder, como si se tratara de un paisaje mágico, para independizarnos de las condiciones cuando estas

se vuelven abrumadoras, como un actor que abandona la escena en la que está representando un papel difícil en el que está inmerso, y se encuentra a sí mismo, dándose cuenta de la irrealidad funcional del mundo que acaba de dejar: una irrealidad cuya medida humana es el dolor y la muerte. De ambos, la calma viva realiza efectivamente el contenido metafísico: la paz profunda.

Fuera de tal posibilidad, el problema de la calma permanece sin embargo cuando persiste la causa de aquello por lo cual se pierde la calma: cuando la agitación se debe a una situación que de hecho no cambia, se agrava o nos espera en un momento futuro. Para esta situación, uno puede referirse a lo que se dice en los capítulos que se refieren al "Karma", "El Poder de la Distracción" y la redención de los "Instintos", respectivamente.

ATARAXIA DEL ALMA

La ataraxia del alma es la experiencia que sigue a la de la calma absoluta. Es la posibilidad de contemplar el mal del mundo sin sentimientos residuales de condena o aversión, y de responder con la pura relación de conocimiento y donación de uno mismo, condición previa de la Iniciación. Es la quietud metafísica de la que brota la máxima fuerza del cuerpo astral.

Esencialmente, es la presencia radical del Yo superior, que se plasma en la esfera corporal como la inmovilidad del sistema nervioso con respecto al astral que se mueve por medio de él, debido a su relación con la conciencia (ver "La Práctica espiritual del sentimiento"). cuanto más se aleja el sistema nervioso del movimiento astral, más brota de él su fuerza original.

La quietud metafísica es obra del Yo. Sin embargo, como quietud del sistema nervioso, está mediada por el mismo cuerpo astral y es allí, en la esfera mental cerebral, donde se tiene un control directo sobre el sistema nervioso a través del pensamiento. Detener el flujo de pensamientos y el silencio mental son, por lo tanto, el comienzo. Es útil recordar que no existe una experiencia superior del cuerpo astral que no sea una experiencia del Yo.

Una auténtica experiencia del astral es siempre una experiencia del Yo. El Yo, sin embargo, sigue siendo el Sujeto, el experimentador invisible del astral. De la misma manera que una gran carpa no se pierde en aguas limpias o turbias, sino que se encuentra a sí misma como soberana de su propio elemento, así tampoco el Yo se pierde en el mundo astral, ni superior ni inferior. Más bien, el Yo se mueve con seguridad dentro de él. Cuanto más se sumerge en él, más lo gobierna.

La ataraxia del astral es esa experiencia del Yo en el centro de la vida del alma, que en otro párrafo llamamos el vórtice del poder inmóvil, o la inmovilidad giratoria. Desvincula el cuerpo astral con lo sensorial: en efecto, vuelve a despertar su naturaleza original en el cuerpo astral. Si tenemos en cuenta que este vínculo (con lo sensorial) es lo que lo vuelve destructivo respecto de los cuerpos físico, etérico y

las corrientes superiores del yo, podemos entender cómo se produce la aniquilación de ese vínculo mediante la esfera mental silenciosa, siendo esto el principio de la Magia Solar. Se puede entender el sentido de la meditación Rosacruz, como la contemplación del astral puro de la planta, puro y primordial, ya que no está encarnado en la planta. Así debe ser el astral del practicante espiritual, a pesar de estar encarnado.

Lo que realmente le falta al hombre no es la fuerza del Yo, del que es sobreabundante en las formas del ego: realmente carece de la relación del yo con el cuerpo astral, o con el alma original, en la que está ciegamente sumergido, de modo que la utiliza como un cuerpo de deseos, pero abrumado siempre por ella. Por esto, en realidad el Yo es utilizado por el cuerpo astral, cuya verdadera naturaleza es divina.

La abnegación creadora es la ataraxia del astral, realizada voluntariamente. Es un desprendimiento del valor de las apariencias, que nada tiene que ver con el quietismo o la inercia *tamásica**, en la medida en que es la fuerza de la pacificación en las profundidades, un torbellino abrumador para todo lo que es sensual e inerte, es decir, *rajásico*** y tamásico.

La aquiescencia radical es la independencia absoluta de la apariencia: sumergirse en uno mismo sin límites, como dejándose hundir en un abismo, al que ningún vínculo con el cuerpo o la psique puede oponerse. Es un descenso absoluto que ignora todos los impedimentos, se libera de todas las impurezas, se desprende de todo sufrimiento, según el poder de un "no-ser" original, que es el verdadero ser. En realidad, uno opera dentro del cuerpo físico agotando la necesidad del apoyo físico, hasta llegar a una extrañeza radical de lo que somos constitutivamente. En esta extrañeza, recibimos la Fuerza que gobierna la psique y el cuerpo.

El trabajo consiste en una desarticulación del mal constitucional del alma, que es esencialmente el deseo. El descenso a las profundidades es la liberación gradualmente más sutil de los lazos inferiores del cuerpo astral: lazos que reproducen continuamente la inversión de sus fuerzas originales, por lo que la fuerza del amor se convierte en odio y la capacidad de donación se convierte en deseo. Una regeneración psicofísica es posible, pero con la condición de que se tenga el coraje

de devolver el astral a su pureza original, que es precisamente un descenso a sus profundidades vacías, desprovisto de otro apoyo que no sea la fuerza pura del Yo.

Es el coraje de descender al abismo, en cuyas profundidades se encuentra la estabilidad absoluta sin apoyo. Sin embargo, es un valor que puede surgir de la preparación del elemento cualitativo del aprendizaje iniciático: la consagración a la Obra, que implica moralidad, fidelidad, continuidad.

El camino Rosacruz se caracteriza por una profunda experiencia del alma, o del verdadero cuerpo astral, por medio del poder axial del Yo (ver "*El Poder de la Cruz*"). En particular, el ejercicio rosacruz abre el umbral a la experiencia del divino astral, o del tejido más íntimo del alma, desconocido para la conciencia normal. En realidad, llevamos dentro de nosotros el Reino de los Cielos, pero lo ignoramos. No nos falta el impulso central del Yo sino, más bien, la experiencia crucial del Yo dentro del alma. Carecemos de la experiencia de la "Virgen" o Isis-Sofía y, en consecuencia, de la verdadera naturaleza andrógina del alma. La fuerza vehicular pura del Yo normalmente se corrompe como conciencia dialéctica.

(*) **inercia tamásica:** *inercia dormida o que no funciona en absoluto; adormilada, inactiva y sola en la negatividad.*

(**) **Rajásico:** *ver todo de forma diferenciada, que ve la diversidad de las cosas.*

ORACIÓN

Así como la meditación es el proceso que eleva el alma a lo Divino, para los fines de lo Divino mismo, la oración es esta elevación pero a partir de una petición humana. Esta solicitud, sin embargo, es una determinación puramente ideal. Si es una petición de la psique o de la esfera mental egóica, no tiene sentido.

La determinación ideal se dirige hacia lo Divino, así mismo, como propuesta y apoyo a su acción. La fuerza ideal de la determinación es el nivel en que se supera el límite subjetivo (o egóico), para que, de esta forma, la oración pueda adquirir el poder de objetivación. La oración, ligada al ego, no tiene poder y si logra su objetivo, a pesar de su vínculo egóico, se trata de la concesión de poderes pertenecientes a un orden subsensorial, que ayudan, siempre que gobiernen el alma del peticionario según una magia inferior diametralmente opuesta a la Magia Solar. De esa forma, se establece un "pacto" de cuyas consecuencias el "contratista" humano tiene dificultades para apartarse.

Podemos orar con oraciones tradicionales o, incluso de manera más eficaz, con una simple y profunda intención. Esta profunda intención, que es una "oración" sin palabras, es más difícil de realizar, porque, al carecer de soporte dialéctico, puede convertirse fácilmente en una confusa mezcla de pensamientos y sentimientos, incapaz de superar el límite subjetivo. La verdadera intención exige ser llevados a la pureza del impulso, a la lucidez y a la continuidad, para actualizar la comunión a la que es inseparable la certeza de la respuesta Divina.

Cuando oramos sin palabras —de acuerdo con una intención profunda— el pensamiento, el sentimiento y la voluntad se elevan según una sola idea, que debe alcanzar la intensidad de la concentración, a fin de mantener la pureza y continuidad necesarias para la objetivación de la fuerza. En un momento dado, dentro de la fuerza de elevación del practicante espiritual, se mueve la fuerza de lo Divino evocado.

Debemos dejar el uso de la mediación de la oración al Divino, para que pueda decidir su forma. La forma de lo que se pide en la oración

no debe ser determinada por el practicante espiritual orante, sino por las fuerzas a las que recurrimos. Es importante que no pida nada para sí mismo que no le sea sugerido por las propias fuerzas. Podemos comenzar con la oración, para que se nos sugiera lo que debemos pedir, si no lo intuimos directamente. Pero la oración más eficaz es la que no tiene objeto, que opera realmente a través de lo Divino y, en consecuencia, para la comunidad humana.

La oración es la mediación humana para las variaciones del karma colectivo, por tanto, su contenido último tiene que ver con las fuerzas radicales de la voluntad, mediante las cuales se expresa el karma individual. El poder místico de la oración es, de hecho, el poder de la voluntad despersonalizada. Como una forma superior de Magia Solar, capaz de solicitar las variaciones desarrolladas del karma, la oración implica la conexión con el Principio Solar, o con el cristo, conocido en términos rosacruces como el "Señor del Karma". Por lo tanto, la oración intensa, sin objeto, es el tipo de oración más poderosa.

La conexión entre la oración y la obra del practicante espiritual es alcanzable, si entendemos que la meditación es la forma más elevada de oración y que todo lo que se enciende como la luz de la vida en la meditación se despierta de hecho a través de la iniciativa del Yo. Sin embargo, esto solo es posible en la medida en que la decisión del mundo espiritual responda a tal iniciativa.

Podemos conectarnos con el *opus* ascético-mágico, si nos damos cuenta de que las fuerzas de la oración pasan por los brazos y las manos, y que las manos unidas en la oración son las conductoras de los poderes de la oración. Las manos piensan y sienten con más devoción que el pensamiento y el sentimiento individuales, porque el Superindividuo en ellas se expresa directamente, sin depender de la mediación cerebral. A través de ellas, pasa una sabiduría evocadora que el pensamiento ordinario aún tiene que poseer. Las manos abren y cierran un circuito de fuerza, en el que está presente el poder infinito del Cosmos. Pueden bendecir y curar, porque el alma, mejor que la llamada fuerza magnética (el dinamismo inferior de la naturaleza todavía, salvo raras excepciones, opuesto al espíritu) soporta el alma cósmica a través de ellas.

Como practicantes espirituales, ya hemos encontrado el camino de la reintegración cuando toda nuestra vida es una oración profunda y continua, y cuando sentimos que la fuerza que trabaja para sanar los males del mundo fluye en manos unidas. La tarea de la oración es sacar a la humanidad del estado de sordidez, prosaicidad y animalidad, para que el alma pueda conocer la parte de sí misma que está inmersa en la corporeidad física y, por tanto, ignorada, es decir, el alma divina, la sabiduría del amor, o Virgen Sofía, que está continuamente apartada de la identificación con la corporeidad.

La imagen de la Virgen es el símbolo de la intención profunda de la oración, es decir, la donación de toda la vida a la fuerza que enciende la fraternidad humana desde la esencia unívoca de las almas.

EL OPUS SOLAR

El opus solar comienza cuando los cambios que el Yo logra en el cuerpo astral, a través de la meditación, logran imprimirse en el cuerpo etérico, que es el cuerpo de la memoria, los hábitos, el temperamento y la sedimentación instintiva. Cualquier cambio interno siempre termina volviéndose volátil y rindiéndose al renacimiento de la naturaleza antigua, si no se imprime en el cuerpo etérico. Un instinto adquiere poder y capacidad intrusiva por medio del cuerpo astral, en la medida en que se arraiga en el etérico-físico.

La sedimentación y la germinación instintiva se nutren continuamente de impresiones sensoriales, en la medida en que su movimiento subconsciente condiciona el contenido de la representación mental en la esfera sensible. De esta manera, la función de la "representación" mental (la actividad que debería mediar la autonomía del Yo dentro de la conciencia) se invierte continuamente. La posibilidad de que las adquisiciones internas se impriman en el cuerpo etérico pertenece al Yo, capaz de moverse dentro del alma según el Logos, que le es íntimo y original.

Como principio, trascendente y sin embargo inmanente al Yo, la fuerza-Logos le da al Yo el poder de imprimir las adquisiciones del cuerpo astral en el cuerpo etérico. Se puede decir que nosotros, como alumnos, alcanzamos la cúspide de la conciencia clara, cuando logramos intuir, dentro de la fuerza-Logos, algo más que el Yo y sin embargo presente dentro del Yo, un poder ilimitado, pero inconcebible para el Yo como propia producción. Podemos hablar de una esencia del Yo, que es capaz de sobrepasar al Yo y actuar a través de él como el Logos: tanto más cuanto más libre es el propio Yo. El Yo supone el Logos, pero al suponerlo acoge el pensamiento que brota de su identidad con el Logos.

Ciertas impresiones, particularmente las eróticas, invaden la zona sutil del cuerpo etérico a la que la intuición suprasensible, o el puro poder de transformación interior, responde anímicamente: paralizan toda posibilidad de visión e identidad con el Logos. Esta zona está corrompida por el proceso continuo del *eros* imaginativo: lo contrario de la imaginación creadora y, por tanto, del impulso central o "solar"

del Yo. La más leve impresión erótica subconsciente, la más inocente, que para un ser humano es, por ejemplo, admirar los rasgos de una mujer, y para una mujer complacerse en ser mirada con deseo, o recibir en este sentido homenaje que no sea de aquel a quien ha dedicado su vida, traumatiza esa zona sutil, que es asimismo el vehículo de la intuición pura y la virtud del Grial, o la experiencia del Amor Sagrado. Raros son los seres que pueden mirar o ser mirados, sin sufrir contaminación subconsciente. Ellos conocen la independencia que el Yo, como idéntico al Logos íntimo, posee en relación al cuerpo astral.

Al hablar de la experiencia del Umbral, hay que señalar que la mayor barrera para ella es la zona interior acostumbrada a concordar constitucionalmente con los impulsos de una Entidad obstructiva insertada en cada individuo como un "doble", con la que cada individuo se identifica desde nacimiento. Este "doble ahrimánico" tiene en efecto la tarea de proporcionarnos la percepción sensorial del mundo, pero al mismo tiempo, funciona, por medio del sistema nervioso, para imprimir lo sensorial, como la única dimensión de la realidad en el alma. Es la zona de la euforia sensual de la fisicalidad corporal y del magnetismo personal, pero también de la alimentación sutil del deseo, la aversión y el miedo, la esfera en la que la voluntad se moviliza para fines inexistentes desde el punto de vista del espíritu y lo que, sin embargo, constituye el incentivo de la experiencia humana.

La liberación del pensamiento es la independencia mental inicial de la zona de tal doble ahrimánico, normalmente indistinguible, por su perfecta inherencia en la vida neuropsíquica, en las formas típicas de análisis que hoy asumen la apariencia legítima de "lo inconsciente". La concentración profunda siempre está obstruida por el poder adverso a la libertad interior, que asciende desde esa zona. Este poder utiliza habitualmente la esfera mental. Por tanto, en la esfera mental se produce la primera acción liberadora, pero también comienza una paciente elaboración de los procesos de naturaleza ahrimánica, procesos orientados hacia la posesión de las sutiles fuerzas iniciales adquiridas.

Cruzar el Umbral es liberar lo etérico de la profundidad e imprimir en él el sello de oro al que el alma ha abierto la puerta mediante la

práctica espiritual. Según el simbolismo alquímico, el *opus solar* se actualiza como *Aurea Operatio Lunae*, en la medida en que el Logos, que da al Yo un poder profundo, es el Principio Solar, portador del Oro Filosófico que penetra en el astral inferior, o "*Cuerpo lunar*". De hecho, por medio del cuerpo lunar, el doble ahrimánico normalmente controla la vida del alma.

La luz dorada liberadora tiene como vehículo un sentimiento que se eleva a la devoción del amor, o *bhakti** "Michaelico", donde se ilumina lo que es el ideal de la práctica espiritual rosacruz. Tal devoción transfiguradora es posible, en la medida en que brota de la rigurosa disciplina del pensamiento, es decir, de una práctica espiritual del pensamiento y de la voluntad, que insiste ritualmente según la potencia rítmica del centro de la respiración, hasta la purificación del éter en las profundidades. La práctica espiritual requerida es la concentración conducida a su máxima intensidad y, simultáneamente, a la absoluta no inherencia al cuerpo etérico-físico, del que brota el sentimiento liberado, la verdadera fuerza mística, capaz de incidir en las profundidades etéricas.

Esta imprimación es un sutil elevamiento del cuerpo etérico de las estrecheces de la organización física, de acuerdo con un poder musical creativo perdido, una potenciación de la capacidad del etérico para sostenerse contra los poderes de la mineralidad física y, por lo tanto para transmitir los impulsos puros del alma, la condición de la verdadera devoción. Ante esto, la devoción no puede ser sino un ejercicio formativo del alma.

La técnica de esta impronta transmutadora es la "animadversio" de la autonomía ilimitada posible al Yo en virtud del Logos dentro de él. Es la fidelidad a la vía del pensamiento, es decir, al saber inmune a la dialéctica, que no se deja engañar por los espejismos de los poderes terrenales, ya sean "espiritualistas" o por el misticismo fácil, del que del que se alimenta la dependencia del alma de la naturaleza corpórea. Hay que amar verdaderamente la devoción, para hacer de ella un vehículo hacia su forma suprasensorial, más que un vínculo de acuerdo con la necesidad sensible. Existe una ternura extática y ferviente, cuyo arte nos puede enseñar el gato, el oso o la serpiente. Pero siempre tiene que ver con el movimiento astral ligado a la

naturaleza física, un movimiento que no debe ser eliminado, sino purificado: se opone al espíritu, si no se vive independientemente de la naturaleza, según la luz propia de la idea pura. El amor humano puede llegar hasta los sentidos físicos, si sale de su fuente como acto interior libre.

(*) **bhakti**: *es un movimiento religioso hinduista que enfatiza el amor de un devoto por Dios.*

EL YO SUPERIOR

El sentido último de las disciplinas, la acción interior y las luchas cotidianas es el despertar del Yo. En la humanidad actual, el espíritu aparece como el Yo individual. Dentro de este Yo, que se expresa a sí mismo como el ego, está el Yo Superior, el espíritu, el *Atma**-*Purusha***.

Aunque todo el poder del espíritu está presente dentro del núcleo del ego, la conciencia egoíca normal, con respecto a los estados superiores de conciencia, está en un nivel de sueño y, en otros aspectos, en un nivel de sueño profundo. No estamos verdaderamente despiertos en el estado de vigilia, sino que descendemos al estado de sueño o de dormido cada vez que ascendemos a los niveles en los que debemos ser conscientes de nuestro verdadero estado de vigilia.

Disciplinas, acciones y luchas internas son operaciones del Yo, pero según las limitaciones de su precario estado de vigilia hay grados superiores de conciencia, con respecto a los cuales el Yo está en estado de sueño: y por tanto según una contradicción de su fuerza, que impide su acción real, precisamente para despertarlo.

La no corporeidad de la operación meditativa y su a-psíquicidad son fundamentales: deben ser llevadas al más alto nivel metafísico. Se debe impedir que la corriente del Yo, tan pronto como es solicitada, se apodere de la naturaleza psicofísica, como ocurre en todas las operaciones de tipo yóguico y con deliberada patología en las prácticas mediúmnicas. No se debe olvidar que la impronta yóguico-mediúmnica es ineludible a cualquier práctica interior que ignore la "vía consciente" a la que nos referimos, es decir, la vía del verdadero estado de vigilia del Yo, que puede experimentarse a través de la liberación del pensamiento, o sea, de la única actividad de la conciencia que porta potencial en el movimiento de independencia de lo físico. Normalmente, el sentimiento y la voluntad se perciben en la medida en que ya han penetrado en el organismo físico: sólo el pensamiento puede percibirse antes de su penetración en lo físico, a través de la simple concentración en su curso normal.

En determinados momentos, cada uno de nosotros puede estar dentro del Yo o, más bien, en el umbral del Yo. No es meditación, ni concentración, ni contemplación, sino lo que finalmente brota de esos momentos es la intuición del yo en una altura independiente de las disciplinas, y desde esta altura poseyendo toda profundidad.

Se sabe entonces que el Yo Superior sólo puede operar cuando cesa la tensión humana, que en todo caso se le opone, incluso en el esfuerzo de concentración y de meditación. El surgimiento del Yo es posible, cuando el mundo de las veleidades egoicas se aquieta. La extinción del ego exige el máximo poder del Yo sobre el ego. Pero, incluso cuando trabaja en su propia extinción, no es el ego el que decide el surgimiento del Yo.

El Yo Superior trabaja dentro del ego, de acuerdo con una identidad que el ego normalmente limita a sí mismo, impidiendo la acción real del Yo. A través del poder de la libertad, que desciende del Yo superior, pero que se realiza en la conciencia individual, podemos elegir de acuerdo con la dirección ahrimánica o materialista, opuesta a la del Yo Superior. Pero precisamente por esto mismo, también podemos elegir libremente el camino del Yo Superior o del Logos-Primordial. El elemento individual y el Logos-Primordial deben coincidir.

Aquello que es verdaderamente el Yo Superior, como ente cósmico, o Logos-Primordial, traído a la humanidad por el Cristo, es tan diferente del Yo, así como trascendente e inconcebible que el Yo, que lleva este Yo Superior en sí mismo, constituye su mayor oposición al identificarse con su propio soporte terrenal individual. El Yo descubre la fuerza de Cristo en su interior, viendo esta fuerza más allá de su propio soporte, como lo que no es él mismo, que es antes y después, y más allá de la posibilidad de concebirlo: y así realiza absolutamente su propio ser individual, su identidad radical con la Fuerza.

En un momento dado, se sabe que el esfuerzo del Yo, las disciplinas y el rigor de la práctica espiritual son medios del ego aún incapaz de darse cuenta de su propia extinción: que abre el paso al Yo Superior. Esto está presente en el Yo en cada momento y en el ego que se le opone y, por tanto, se obliga a sobrevivir mediante la concentración, mediante la meditación, mediante la práctica espiritual. El ego debe agotar toda ambición de erguirse, para que esta elevación se convierta

en su muerte, su resurrección. Su crucifixión cotidiana no tiene sentido si no conoce la muerte y la resurrección.

Mediante la disciplina, el ego prolonga su vida y, por tanto, su crucifixión involuntaria, resistiendo su propia muerte y resurrección. La crucifixión debe convertirse en un acto de la voluntad, para que pueda dar lugar a la muerte y a la resurrección.

Mediante la práctica espiritual, en realidad, el ego intenta sobrevivir, porque aún no tiene la fuerza para eliminarse a sí mismo, teme detener el esfuerzo por sobrevivir, quiere impedir que se realice el acto último al que tiende mediante la disciplina. El proceder del Ego mientras medita, concentrándose e intentando los caminos de lo Suprasensible, es su anhelo de proceder a través del mayor tiempo posible, incapaz de detenerse, para que el Poder de fuera del transcurso del tiempo irrumpa en lo humano. Esta irrupción de lo Superhumano en lo humano supera todos los esquemas del ego, que se ve así íntimamente llevado a posponer su fin a través de la continuidad de las disciplinas: sin duda útil a su fuerza, pero a la fuerza que se desvía cada vez, no a la auténtica fuerza capaz de invertir la dirección a la que está sometida: es decir, capaz de la dirección individual del Yo, que se mueve primero a través de la dirección del ego, opuesta al Yo.

Hay un momento en el que la detención de todas las ambiciones espirituales es el surgimiento de lo Espiritual: la supresión del ego mismo, su desaparición, es su verdadero nacimiento. Su no-ser es su ser. La cumbre del individuo es la afirmación absoluta de la autonegación. El egoísmo, en cambio, se quiere a sí mismo, incluso a través de su propia destrucción. Entendamos que no debe ser destruido, sino sólo conducido a su no-ser, es decir, a su verdadero ser individual.

La meditación debe terminar con un sentimiento de gratitud y una unión del alma con el Yo Superior, es decir, con el Logos. También deben controlarse los impulsos del alma sensible y racional, ya que tienden a hacer suyos el contenido final de la práctica espiritual: sólo la Fuerza de Cristo en el alma puede lograr el mantener intacto este contenido.

(*) **Atma:** *En la filosofía hindú, especialmente en la escuela vedanta del hinduismo, Ātman es el primer principio, el verdadero yo de un individuo, más allá de la identificación con los fenómenos, la esencia de un individuo*

(**) **Purusha:** *La conciencia pura (en contraste con la prakriti: lo femenino, la materia que contiene los órganos, los sentidos y el intelecto).*

EL PODER DE LA CRUZ

La determinación volitiva individual y su auto-consagración, como polaridades positivamente opuestas, constituyen el equilibrio de fuerzas que se cruzan continuamente en la zona torácica, también llamada "centro rítmico" o "centro medio". La síntesis de fuerzas se puede percibir donde el eje de luz que desciende a lo largo de la columna dorsal se cruza con la corriente horizontal, típicamente reunida a la altura de los omóplatos. El punto de intersección de estas dos fuerzas corresponde con aquello por lo que Sigfrido, sin saberlo, era vulnerable.

Se puede decir que en esta intersección de fuerzas el Yo Superior del ser humano está potencialmente presente: él tiene el poder para hacerlo. Es la intersección que está presente en cada punto del organismo en el que se restablece el equilibrio o comienza una cura, es decir, donde una corriente del alma lunar se cruza con la corriente solar correspondiente. Dondequiera que se realice el encuentro de las dos corrientes de fuerza, vive el Yo Superior, el Ser humano Solar asume el control sobre lo humano.

La evocación de la imagen de esta cruz por el practicante espiritual, produce en él la concordancia de fuerzas correspondiente: él lo siente afirmarse a lo largo de la espalda y operar como una relajación liberadora. Todas las disciplinas convergen, en última instancia, hacia un punto crucial que normalmente se encuentra en un concreto lugar entre los dos omóplatos, aunque esto ocurre en cualquier otra área, dondequiera que la corriente vertical del Yo se encuentra con las fuerzas astrales del alma. El no encuentro, o la oposición, es la enfermedad humana; el encuentro es su cura.

Contemplar la espalda es percibir la "cruz". La verdadera fuerza del ser humano comienza cuando los hombros se relajan y la espalda corresponde a su función liberadora en el centro medio corporal: en la medida en que recibe la virtud del eje de Luz que se encuentra con las fuerzas astrales del alma. Máxima calma, poder y la donación espontánea de uno mismo surgen de ese centro medio, cuando la espalda se convierte en portadora de la redención, según el esquema de la cruz. Es el esquema de las fuerzas vitales más poderosas, que

descienden a nosotros cuando, por la práctica espiritual, o enfrentándose a pruebas, se produce en nosotros una especie de estado preagónico. El Yo Superior, por ese camino de transparente voluntad y coraje, asume las riendas de lo humano...

El poder redentor de lo humano, mediante el eje de la luz, surge de la correlación cósmica propia del centro rítmico (tórax). Tal correlación es inconscientemente contradicha por la esfera mental, ligada a la función cerebral, que crea, a partir del eje de la fuerza, el vehículo del *ego*, el obstructor del equilibrio rítmico, productor de rupturas de la psique y del cuerpo. A lo largo del eje espinal, el *ego* gobierna, según el sentido inferior del Yo, como espíritu de aversión. La profunda oposición al espíritu, tenaz incluso en el alumno más diligente, corre como una corriente ilegítima por el camino de luz de la columna dorsal, creando a partir de ella el camino de lo que degrada y mata al ser humano. La corriente legítima de la luz de la vida fluye cuando nos enfrentamos a las fuerzas de la muerte, el estado preagónico ya mencionado, mediante una intensa vida interior y la eliminación de apoyos falaces. El Yo recibe entonces la fuerza-Logos, que se encuentra dentro de él, pero a la que suele estar cerrado y opuesto inconscientemente.

Liberar la esfera mental a través de la inmediatez del Yo, realizado conscientemente en el pensamiento, y en virtud de disciplinas practicadas en la intensidad adecuada al enfrentamiento del estado preagónico, abre el camino a la corriente de luz que desciende por el eje espinal. La luz desciende en vehículo de la voluntad capaz de la superación máxima de lo humano, que, por tanto, resuelve la condición preagónica en una liberación sublime: su encuentro con el Centro Rítmico es la experiencia de la Cruz. Tal experiencia disuelve el aliento de nuestra naturaleza corpórea, en la medida en que ejerce un movimiento opuesto al del pranayama*, que une el aliento a la naturaleza corpórea, según una técnica legítima de la humanidad antigua.

La paz que se establece en la zona dorsal a partir del esquema de la cruz, tras el momento de intensidad y coraje, debe ser contemplada, más que físicamente sentida. Es un estado interior puro que exige ser recibido más allá de la sensación de bienestar que inevitablemente

conlleva. En efecto, se debe controlar el cuerpo desde fuera del cuerpo. La corporeidad no debe introducirse en la experiencia. Cuanto menos participa, más está impregnado de la luz, que originalmente es suya. En realidad, el ego establece su fuerza sobre la sensación de sí mismo. Vive del sentimiento de sí mismo que, y dentro del sentimiento, elimina continuamente el espíritu. Este sentimiento, ligado a la corporeidad física, normalmente condiciona la vida del alma.

En la experiencia de la cruz, el sentimiento, liberado de la naturaleza corporal, descubre su conexión supraindividual. Se percibe como la Vida de la Luz. Esta Vida de la Luz no exige el aliento físico; sólo exige el movimiento metafísico de la respiración (ver "Respiración"), cuya técnica es indicada como el secreto mismo del logro final de la alquimia: la Piedra Filosofal. La profunda calma del centro medio corporal se convierte en el lugar en el que la intersección de la corriente solar y la corriente lunar restaura el equilibrio original humano-cósmico perdido, que deja atrás la respiración animal, para actualizar a otro tipo de respiración, la de la Vida de la Luz. Es la respiración secreta, la que es absolutamente incorpórea, comienzo de cada resurrección, que, simultáneamente, es la curación del ser humano y la comunión con lo Divino, siendo un proceso inseparable del otro.

El dolor humano más profundo es invariablemente la exigencia de la restitución del ritmo de la cruz, según la necesidad esencial del yo que, no recibido como tal por la conciencia, provoca el desacuerdo de fuerzas. El desacuerdo es constitucional para el ego y se soporta en la medida en que se opone a la restitución esencialmente exigida. El desacuerdo constitucional tiene como soporte la respiración ordinaria. La experiencia de la cruz exige absoluta independencia de tal respiración; las técnicas de respiración yóguica, en cambio, lo refuerzan. La condición de la cruz, de la que puede surgir la nueva respiración, se sitúa en relación con lo que en otro párrafo se llama "ATARAXIA ASTRAL".

En el caso de situaciones difíciles, o graves momentos de prueba, donde la sucesión de ataques al ritmo interior es más intensa, el arte consiste en dejar actuar el poder de la resistencia, propia de la zona dorsal. Allí, la ataraxia astral abre el paso al eje de la luz de la

columna dorsal y, por tanto, al equilibrio de la Cruz. En realidad, el retorno de la fuerza es el arte de llevar la Cruz. Como aprendices, aceptamos la prueba y la llevamos como el camino hacia la experiencia del eje solar de la luz y de su intersección con la corriente lunar. Tal intersección es el comienzo de la síntesis andrógina, que corresponde a la estructura primordial del alma.

Al principio, reunimos las energías al no oponernos a la fuerza obstructiva. De esta manera, aflojamos la tensión en los hombros y la espalda y hacemos de ellos, el lugar de la fuerza, en la medida en que en esta zona del centro medio o rítmico, como se ha dicho, la corriente solar vertical y la corriente lunar horizontal tienden a reunirse según el poder del Logos. Cuanto más permitimos que las corrientes cruciales del "centro rítmico" actúen a través de la sabiduría de la espalda, por medio de la inmovilidad y la entrega profunda, más recibimos la virtud curativa y nos convertimos en portadores de la calma y guardianes de la paz de la cruz, necesaria para el estado interior de la Tierra.

El encuentro de la Fuerza axial del Logos con la vida profunda del alma es el poder de la Cruz que puede actualizarse cuando el alma supera su consonancia con la naturaleza animal, que le impide realizar su propia naturaleza original. Esta naturaleza original es una estructura "estelar", confluencia de Fuerzas del Cosmos, que el alma lleva consigo como síntesis, en virtud de la fuerza unificadora del Yo, o del Logos, pero se contradice, en la medida en que se disocia, identificándose con la corporeidad. A través de tal identificación, el alma sólo conoce la apariencia mineral de la naturaleza y del Cosmos, es decir, la materialidad. No puede ver su propia estructura cósmica.

El encuentro Logos-alma es el principio de la reconstitución de la naturaleza edénica, que el alma lleva dentro de su yo no consciente, como la estructura andrógina secreta, al hacer ordinariamente una dualidad destructiva de ella, al identificarse con la naturaleza, desde la esfera mental al sexo. La dualidad opositora *Shiva-Shakti*** de la Tradición Hindú que gobierna la creación, a partir de la cual la circulación transmutadora es normalmente impedida por la corriente unificadora de *kundalini****, en cuya forma se expresa *Shabda-Brahman*****, es superada en los seres humanos modernos por la "unión crucial" del alma con el Logos.

El matrimonio *Shiva-Shakti* que, según esa Tradición, realiza la transformación del poder sexual en poder espiritual, capaz de recrear la naturaleza humana, es esencialmente realizado por el alma, que, a través de la liberación del pensamiento y la purificación correspondiente, se une con el Logos, o con la fuerza esencial del Yo Tal unión despierta el poder andrógino original en el alma.

En realidad, lo que opera gradualmente como la transformación de la corriente dual en la esfera sexual (ver "LA FUERZA DE EROS") se prepara en el centro medio corporal, según la virtud de la Cruz. Despertado por esta virtud, asciende desde los centros inferiores del Eros, para reconectarse con la fuente olvidada: el centro del corazón.

(*) **Pranayama:** *El término sánscrito prāṇāyāma , prañāyama o pranayama designa los ejercicios respiratorios del yoga que conducen a la concentración y control del prana (aire inspirado o energía vital)*

(**) **Shiva-Shakti:** *Shiva (principio masculino) es perceptividad y consciencia. Shakti (principio femenino, kundalini) es creación y cambio*

(***) **kundalini:** *es una energía o fuerza primordial que se encuentra adormecida en la base de nuestra columna vertebral, Cuando la kundalini se despierta, la consciencia del mundo emerge.*

(****) **Shabda-Brahman:** *significa sonido trascendental o vibración sonora*

LA FUERZA DEL EROS

La fuerza del Eros es el poder primordial del espíritu, desprovisto de su virtud unificadora, o virtud de síntesis de las corrientes cósmicas solar-lunares, de las cuales es arquetípicamente el origen, según la simbología de la Androginia o del matrimonio Shiva-Shakti (Logos y Poder creativo del Sonido).

La esencia de la fuerza está dentro del corazón. Pero hay un centro etérico del corazón, y más internamente un centro astral y, aún más esencialmente, un centro espiritual, gracias al cual el Yo Superior — uno con el Yo cósmico - está presente en el corazón. Dentro del corazón, llevamos reunidas unívocamente las fuerzas del universo y, en el centro de estas (fuerzas), el Principio que las gobierna. Pero, como Yo ordinario, estamos fuera de ese mundo de poderes. Ignoramos el secreto de nuestra propia interioridad.

No hay concentración en el corazón por medio de la cual podamos acercarnos mínimamente al mundo del poder del corazón. Ya es un logro excepcional para nosotros llegar a la percepción del corazón etérico, en la medida en que logramos, mediante el pensamiento vivo, movernos dentro de la corriente etérica que, liberándose de la función cerebral, reúne la cabeza con el corazón.

En la cabeza, el hombre normalmente está aislado de esta corriente etérica, debido al pensamiento que se une al órgano cerebral. Para volverse consciente y dialéctico, el pensamiento se separa de su propia corriente etérica y actualiza una conciencia sustentada por sensaciones corporales más que por el cuerpo etérico. Una concentración de tal conciencia en el corazón también puede despertar sensaciones extranormales o extrasensoriales en la medida en que sean subsensoriales, pero sigue siendo una operación ajena al control etérico del corazón.

La percepción predialéctica del pensamiento, lograda a través del fortalecimiento de dicho pensamiento, gracias a la disciplina de la concentración y de la meditación, nos da una forma de experimentar la corriente etérica que asciende del corazón a la cabeza como un poder primordial de la Vida de la Luz. Tal corriente se mueve según una

dirección continuamente opuesta inconscientemente por la corriente del pensamiento dialéctico. Cada tipo de concentración yóguica, en la medida en que desconoce la liberación etérica del pensamiento en la cabeza, se opone a la corriente etérica que asciende desde el corazón, como dirección del yo cósmico o del Logos, que porta el mayor poder espiritual del ser humano.

Si tal corriente se percibe y se deja ascendiendo, recibimos de ella el principio inspirador que exige una acción suprasensorial específica, cuyo símbolo es el Grial. El practicante tiene el contacto inicial con la corriente astral-etérica del corazón. Pero solo podemos recoger las claves de tal poder liberando la esfera mental del sistema cerebral, que para nosotros es escapar del dominio de la zona de la que Eros se mueve, es decir, del centro profundo del sexo. A través del órgano cerebral, Eros gobierna el cuerpo astral y, por tanto, mantiene la acción del Yo real alejada de la conciencia individual.

Como practicantes, podemos trabajar con total autonomía en el centro del sexo, dentro del vehículo de la corriente imaginativa-volitiva que se despierta en virtud de un acuerdo con la corriente etérica del corazón. Una corriente tan imaginativa-volitiva que se armoniza con el corazón, aunque todavía sea incapaz de identificarse con su centro trascendente, adquiere el poder de descender a las profundidades. En efecto, se mueve desde el centro del interior de la frente, recorriendo una línea recta hacia el cuello, que desciende por el eje de la columna dorsal, uniéndose con otra dirección de su fuerza, a la altura del plexo solar. Su acción tiende a esa resolución del centro de Eros, que luego nos dará un medio para unirnos con la esencia espiritual del corazón.

En el punto de la columna dorsal que corresponde al plexo solar, encontramos una especie de respiración extracorpórea, el vehículo temporal del movimiento imaginativo-volitivo, en la medida en que esta respiración se independiza del pensamiento. La corriente, inicialmente transmitida por esta respiración, es la síntesis dinámica de las dos fuerzas liberadas del pensar y del querer, que nada tienen que ver con las corrientes *ida y pingala** de la fisiología oculta tántrica, cuya dinámica pertenece a un tipo humano constitucionalmente diferente del ser humano moderno. *Shabda-Brahman* ciertamente toma la forma de *Kundalini*, pero su

manifestación a través de la forma física, *sthula***, está condicionada por la forma sutil (o etérica), *sukma****, que el ser humano experimenta por medio del pensamiento libre.

La *pietra cintamani***** es simultáneamente el obstáculo y el paso hacia el poder solar mágico: simboliza el órgano cerebral, es decir, el centro en el que podemos experimentar el contenido real del Grial, en la medida en que reconocemos en él el centro oculto donde se encuentran el amor divino y las fuerzas de la muerte. Dentro de este centro, el trabajo de resucitar la vida de la luz de la mineralidad que se lleva a cabo continuamente por medio de las fuerzas radicales del alma consciente. Esto es posible gracias a la ofrenda sacrificial realizada en el Gólgota y la victoria del Logos sobre las tinieblas. La resurrección, sin embargo, es potencial para el alma humana, en la medida en que se correlaciona con el acto de su libertad, es decir, con el uso que puede hacer de las fuerzas de la autoconciencia en el momento presente.

Este Amor Divino, vencedor de la Muerte, puede surgir como amor humano, o Amor Sagrado, si la Obra del Grial se realiza por medio de las fuerzas reales del alma consciente, normalmente alienadas en el proceso dialéctico. Gracias a una forma trascendente y, por tanto, absolutamente impersonal de esta *obra*, dirigida por los Poderes incorpóreos de la sabiduría espiritual-corporal, la esencia mineral pura de nuestra alimentación cotidiana se une a la sustancia pura de los contenidos sensoriales, en una zona regia del cerebro órgano que quedó intacto desde el colapso de la "caída". No conocemos esta zona; ni jamás los grandes Yoguis de la India lo supieron. Hoy, sin embargo, se puede conocer gracias a la presencia del Logos en la Autoconciencia. Una corriente etérica regeneradora lleva a cabo la síntesis de las esencias puras del mundo mineral, inusualmente resurgiendo como el mundo mineral reintegrado por el espíritu. Es un poder que, desde la esfera mineral, deja de aprehender el alma humana por medio del deseo. Ya no opera como el poder de la muerte sobre el alma, en la medida en que se encarna corporalmente. Un poder de muerte, de hecho, que normalmente abre de par en par el pasaje al amor sagrado y crea un camino de traición al espíritu a partir de cada amor humano.

La corriente de la Vida de Luz que opera en la zona real secreta del órgano cerebral está conectada a la liberación noética de la respiración. Gracias a tal liberación, la lanza deja de herir a Amfortas. En el centro de la cabeza, la práctica espiritual del pensamiento crea, a partir de la Lanza Sagrada, el arma mágica de Parsifal que devuelve la virtud del Grial a Amfortas. El camino del amor sagrado pasa por la liberación del pensamiento. Gracias a tal liberación, la corriente de luz de la respiración se vuelve independiente del centro medio de la respiración. Además, deja intacto, en un estado de inmovilidad metafísica, el aparato psicofísico normalmente interesado en la respiración.

El practicante aprende a asimilar la falta de respiración: teniendo como soporte la corriente de la "*respiración negativa*", seguimos el camino que conduce a la realización de la "*Piedra Filosofal*". Se nos "*da*" un nuevo tipo de respiración. Los Maestros de la Rosa Cruz se encargan de que el secreto de esta respiración siga siendo desconocido para la persona que, a pesar del desarrollo de las facultades ocultas, solo es capaz de hacer un uso irregular de ellas.

Podemos intentar durante años superar el límite de la respiración egoica e insistir en conectar la respiración negativa a la esfera de la voluntad mágica, sin rozar en lo más mínimo el secreto de la Piedra Filosofal. Es un conocimiento que no depende de la sabiduría humana sino, más bien, de la dignidad que los Maestros logran verificar en el alumno.

Sin embargo, en un momento dado, la activación de la corriente etérica es decisiva, moviéndose desde un punto en la mitad de la columna dorsal hasta el nivel del plexo solar. Descendiendo, pasa por el centro sexual, para volver a ascender por el abdomen, fluyendo nuevamente desde el plexo solar hasta la columna vertebral. En relación con esta corriente etérica, el alumno permite que la corriente de la voluntad, que recorre los miembros, actúe de acuerdo con una "*pura autonomía*", una autonomía que despierta la análoga corriente mágico-volitiva del sexo, normalmente regida por el deseo primigenio.

La voluntad que recorre las piernas hasta las plantas de los pies, en su incorporeidad, puede ser conocida imaginativamente como portadora de una autonomía pura, capaz de actuar, por inducción

etérica, sobre la corriente del querer que en el sexo normalmente se convierte en el más profundo deseo. Si la analogía de la autonomía liberadora con respecto a esta corriente puede realizarse inductivamente, vuelve a convertirse en el flujo dinámico-luminoso de la liberación del sexo, el vehículo de una unión, en la que el poder de la reintegración llega al punto en que normalmente nos perdemos en un delirio voluptuoso. Es posible la liberación de las corrientes esenciales de la corporeidad, a través de las cuales las más altas Jerarquías del Orden Solar de la Tierra operan dentro del ser humano, una Orden mediada por la Hermandad de los Rosacruces.

La operación es posible para nosotros, en la medida en que hemos sido capaces de actualizar, dentro de esa corriente, la síntesis de dos tipos de fuerzas, la representación mental y el querer, ordinariamente separados en la conciencia, en tanto que es una conciencia dialéctica. Uno expresa el principio femenino, el otro el principio masculino. Su separación, que corresponde a una disonancia constitucional en el ser humano moderno entre el sistema nervioso y el sistema circulatorio, destinado paulatinamente a manifestarse como neurosis universal, es lo que normalmente paraliza la virtud andrógina del alma.

La práctica espiritual del pensamiento conduce a la armonía original de las fuerzas de la representación mental y el querer según una conexión secreta entre la Luz con la Vida de la Luz, cuyo sentido último es que el alto Misterio de la *"Androginia"* despierte de su sueño milenario. Tal despertar es identificable con la experiencia del Grial, o del Amor Sagrado, que lleva la fuerza del Logos, gracias al cual la resurrección puede realizarse como el acto inicial de nuestra voluntad consciente.

Esta corriente-síntesis de los dos principios, masculino y femenino, es la fuerza primordial humana cuyo germen puede reconstituirse en la práctica espiritual del pensar, cuando el pensar, liberándose de su presunción dialéctica, se vuelve uno con la corriente de la voluntad. Aquello que ha estado separado durante largos períodos, se reúne en virtud de un acto interno, que armoniza el sistema de la cabeza con el sistema metabólico. Tal acto es la "materia prima" del trabajo que debemos preparar. No podemos resucitar el elemento andrógino que duerme en las profundidades del *Eros*, si no preparamos el germen de

la síntesis (que, en el plano mental sólo depende de nosotros) como encuentro de las fuerzas pensantes con las de la voluntad. Es una posibilidad propia del ser humano moderno, capaz de pensar independientemente de la psique.

La virtud andrógina, reconstituída como núcleo del pensamiento vivo, gracias a las corrientes del binomio polar de la conciencia, opera de manera resucitadora, en la olvidada y primordial corriente andrógina. Si esto se vuelve a despertar, su poder, verdaderamente armonizado por el Mundo Espiritual, se convierte en el secreto de las fuerzas cósmico-mágicas del corazón. La preparación de tal posibilidad ya es en sí misma una introducción liberadora, que permite vislumbrar el significado último de la obra, "*inconcebible*" para la conciencia dialéctica.

La corriente del deseo está llamada a estallar con su tendencia dominante. En el punto en que estalla, la corriente consciente andrógina lo encuentra y no le permite ascender, más bien toma su fuerza y la continua, haciendo uso de su movilidad para llegar al centro del Eros. Debemos preparar imaginativamente este esquema con mucha anticipación, hasta el estadio en que le sea posible la frialdad absoluta contra el calor ascendente de la lujuria erótica, continuamente excitada por impresiones sensuales y las imaginaciones correlativas. Una parte inferior está conscientemente abierta a tales impresiones, mientras que una parte superior es absolutamente independiente de ellas y, por lo tanto, puede ir a su encuentro.

Hasta que no hayamos adquirido un dominio absoluto sobre las impresiones e imaginaciones eróticas, extendido particularmente al subconsciente, no podremos tener la experiencia solar real del pensamiento, ni podremos ir más allá de la forma preliminar de la conciencia imaginativa. El trabajo más largo y laborioso es la transformación de la imaginación mediante el cual *Eros* controla la esfera mental del ser humano, a través de los canales sutiles del órgano cerebral. Como luz del movimiento de la vida, el pensar es, en sí mismo, independiente de tal órgano, pero, como pensamiento racional normal, queda condicionado por los procesos cerebrales rítmico-metabólicos mediante los cuales un *Eros* ansioso asciende a la esfera mental.

Con respecto al dominio de la psique, debemos conocer la función a-psíquica del pensamiento puramente lógico-racional, como una función que es cósmica en sí misma, y como tal, realizarla, deseando intensamente tal pensamiento mediante la técnica de determinación interna, típica del indagador moderno. De esta forma, podemos tener, con el cerebro, una relación independiente de sus procesos vitales.

El pensamiento puro, como movimiento inicial de la síntesis original, implementa la independencia de los impulsos imaginativos del *Eros*. Puede, en este punto, dar lugar al movimiento imaginativo real, inverso al que asciende desde el *Eros*. Es esta imagen intencionada la que puede operar en las profundidades, como el poder inicial de la reintegración andrógina, capaz de encontrar la corriente del deseo donde reside. Mientras tal corriente sea capaz de invadir la esfera mental, el opus de la libertad imaginativa es imposible. Continuamente se puede intentar e incluso iniciar, pero continuamente es aniquilado por las erosivas corrientes de *Eros*. El poder humano más elevado, invertido, se aniquila continuamente. Expresa solo un momento de autonomía, aunque desviado hacia la animalidad, en el cumplimiento del acto necesario para generar otro ser. Pero en ese momento de autonomía, estamos obligatoriamente excluidos, teniendo por fuerza sólo la relación dual del deseo: la relación animal.

La síntesis andrógina, que comienza como la vida del pensamiento solar, es conducida al encuentro del "imaginar" que expresa la síntesis inversa, es decir, la síntesis opuesta al Yo —la oposición *Shiva-Shakti* del Tantrismo— que se vuelve operacional obstruyendo poderes que hacen uso de un poder degradado del Yo. Tal poder, en estado puro, es la vida inicial del Yo, capaz de superar la oposición que es en verdad desconocida para la conciencia ordinaria del Yo.

En la preparación del "imaginar" andrógino, no se trata de no sentir impresiones eróticas, sino de encontrar lo que realmente son fuera de la ansiosa identificación con ellas. El practicante espiritual los encuentra por medio de la corriente imaginativa independiente, en el centro en el que se forman según el poder de la síntesis opuesta. Como seres humanos comunes, nunca los encontramos, porque no tenemos el uso de la percepción independiente (o pura) con respecto a ellos. Los sufrimos, es decir, los sentimos, siempre que ya estamos

envueltos en ellos. No podemos encontrarnos con tales impresiones, porque nos identificamos con ellas.

Los experimentadores rosacruces, que conocen el arte de la percepción pura, llevan esta percepción hacia ellos. Los encuentran con la corriente imaginativa que, en sí misma, ha resuelto la diáda, es decir, ha realizado el "matrimonio sagrado", la conexión Sol-Luna, Shiva-Shakti. Ha superado, en sí mismo, la dualidad de la cual el deseo se nutre. Con tal poder andrógino, se encuentran con el poder más profundo de la dualidad que requiere el nivel máximo del poder andrógino original. Aquí, la concordancia Shiva-Shakti, realizada en el alma consciente, es la síntesis decisiva de la oposición más poderosa, porque extrae de ella el poder radical de la irresistibilidad del Eros.

El experimentador que sabe llevar a las profundidades las fuerzas de la redención de *Eros* es asumido por la Hermandad Rosacruz como uno de los candidatos de la *Aurea Operatio Lunae*, que es la experiencia del Grial. El experimentador resucita en la imaginación de la fuerza andrógina primordial, la corriente que continuamente nos quita la Vida y nos esclaviza a las corrientes del deseo y de la muerte.

Los caminos de *Eros* son los caminos de la traición del espíritu, las barreras más poderosas a la corriente de la "luz de la vida", es decir, a la corriente real del amor, independientemente de su forma, desde lo sensual hasta lo apasionado y afectivo o sentimental, sin embargo movido por el deseo de la apariencia animal de otro, y no por el encuentro con el secreto solar del alma. Amar según el secreto del Logos solar del alma es el arte de revivir el Arquetipo edénico, que hemos querido llamar Amor Sagrado.

Los caminos de la caída y de la "traición" pueden convertirse en caminos de ascenso y reintegración, gracias a la *Aurea Operatio Lunae*. El Arquetipo Humano se expresa a sí mismo en una serie infinita de formas de vida del alma, de dualizarse a través de los sexos, hasta llegar a la forma individual que lleva físicamente la huella de la diferenciación. Sin embargo, el componente de la pareja iniciática, remontando el camino de diferenciación y olvido de la forma original, logra la "fidelidad" porque descubre en el otro la síntesis de todas las formas, hasta llegar a la visión del Arquetipo que las emana perennemente.

(*) **Ida y Pingala** : son, según el ayúrveda y el yoga, dos canales energéticos por los que circula el prana (energía universal que entra en nosotros a través de la respiración)

(**) **Sthula**: es un término y adjetivo sánscrito que se utiliza en los escritos yóguicos y la filosofía para denotar lo que es fijo y manifiesto

(***) **Sukshma**: es una palabra sánscrita que significa «sutil» o «latente».

(****) **Cintamani**: es una piedra mítica con capacidad para conceder deseos a quien la porta

AMOR SAGRADO

Es la relación anhelada y continuamente destruida por la pareja humana: la relación que opera en los raros momentos de recíproca donación de uno mismo desde lo más profundo del alma, como virtud reconstituyente de una armonía originaria; que no se supone perdida y que se está a punto de redescubrir.

Cada pareja, movida por un impulso afectivo inmediato, lleva oscuramente la llamada de tal restauración y, sin embargo, la traiciona continuamente por una insuficiente apertura de la conciencia al elemento original desde donde se mueve esa llamada. Este elemento tiende a resurgir como un impulso de su entrega incondicional, cuyo poder eterno cada uno de los dos advierte sólo de manera oscura. Continualmente, la insuficiente vida del alma crea una parodia de la autodonación: lo lleva a la pérdida del supuesto reino suprasensorial, que en ese punto requiere la práctica espiritual de un ritual de perpetuidad y de consagración consciente. Tal ritual no puede provenir de disciplinas tradicionales, sino solo de la práctica espiritual de los nuevos tiempos, o "Práctica Espiritual Solar", que el alumno también puede identificar como el camino del Grial. Como hemos mostrado, las disciplinas tradicionales ignoran la relación entre el Yo y el pensamiento y entre el pensamiento y el órgano cerebral, que caracteriza la constitución interna del ser humano moderno. En consecuencia, ignoran el tipo de experiencia de sentimiento que puede surgir de la liberación del pensamiento.

En la experiencia actual del amor, la pareja humana tiene la posibilidad momentánea de resucitar conscientemente lo Sagrado, pero rara vez es consciente. En la medida en que esta pareja no conoce la sujeción irregular del sentimiento al sistema nervioso y del pensamiento a la función cerebral, ignora dónde se percibe lo que se le ha iluminado, aunque éste sea su verdadero ideal. Deja que el fuego despierto se apague, porque ignora la técnica de su sacralidad esencial. El contenido de esto, sin embargo, es la herencia de un acuerdo derivado de vidas anteriores, que tiende a continuar. Los dos lo utilizan sin darse cuenta de su trascendencia. No saben que exige ser continuado por medio de las fuerzas actuales de la conciencia,

presentes detrás de la conciencia dialéctica. Poco a poco pierden la bienaventuranza que los llevó a declararse el amor eterno el uno por el otro, cerca de la zona de la memoria y de la visión. A través del tiempo, del deseo al deseo, del engaño al engaño, buscan en vano en otras experiencias el sustituto del conocimiento original intuido fugazmente.

La pareja que conoce el amor sagrado es verdaderamente "mordida por el Dragón", porque se da cuenta de la antigua dolencia del alma y del límite del alma sensible. Se dice, además, que "la mordedura del Dragón no se cura". La herida de Amfortas no se puede curar, pero la Lanza reconsagrada por Parsifal la curará. Hay que comprender esta simbología. La mordedura del Dragón es antigua, porque procede de la época de la Autoconciencia. De hecho, esta época nacerá como resultado de la mordedura del Dragón. La mordedura del Dragón nace verdaderamente como un profundo dolor inconsciente, que la repentina aparición del amor puede volver a curar, porque en él fluye el don del Redentor. Sin embargo, como seres humanos dialécticos modernos, no podemos conocer este Misterio; mejor dicho, nos oponemos. Podemos tomar conciencia de ello, sólo si superamos en nosotros mismos el límite dialéctico que es racionalista y tradicionalista. El camino de la práctica espiritual solar puede llevarnos al Umbral del mundo espiritual, donde nos espera la prueba decisiva, esotéricamente llamada "Prueba de los tres monstruos".

La pareja iniciática conoce, como un proceso íntimo del alma, lo que la literatura esotérica llama "la mordedura del Dragón". Esta pareja lo descubre en la medida en que sigue sintónicamente el camino solar y comienza a comprender el poder de curación de la antigua herida. La idea del Amor Sagrado se enfrenta entonces decisivamente a la prueba del elemento "*electrizante*" del Eros, sobre el cual puede afirmar el elemento "*centelleante*" de la Luz. También se enfrenta a la prueba de lo mundano y de lo "*excesivamente humano*". Conoce la experiencia del Eros como un camino de degradación, pero al mismo tiempo de la fuerza que triunfa sobre la esclavitud del deseo.

"La mordedura del Dragón no se cura". Para la pareja iniciática, no puede haber sentido de la existencia sin la restauración consciente de la fidelidad a la proposición del Amor Sagrado. Incluso cuando es

llamado a tal proposición, el alma puede perder la "vida de la luz" inicial y proceder inconscientemente, de nuevo, según el apresamiento de lo efímero. Es un encarcelamiento que parece exterior, pero del que, en realidad, no hay más que liberación interior: el resurgimiento consciente del Fuego metafísico, la reconquista del Misterio del poder supremo capaz de descender como virtud curativa en lo terrenal.

El elevado Misterio de la Luz de la Vida es la virtud del Amor original que la voluntad despierta, más allá del aprisionamiento de la conciencia ordinaria: aprisionamiento que se proyecta en una legítima dependencia de la propia esfera de la vida, en los lazos del karma, en la compulsión de las correlaciones humanas. Es el juicio que aparece como la legitimidad de lo "convencional", frente a la proposición metafísica del Amor Sagrado.

El Amor Sagrado es la victoria sobre la correlación efímera, que sostiene la mayor parte de la fuerza del Eros y, por tanto, nos controla tanto arriba como abajo, haciéndonos idealizar el deseo que, en realidad, asciende de la naturaleza animal. Sin embargo, tal naturaleza animal está pervertida por el control que ejerce el deseo sobre la esfera mental. El impulso del amor sagrado no es el Eros, sino el poder del Logos, que en el alma hace de Eros su vehículo, hasta que consigue articularse dentro de la naturaleza animal para transmutarla. Aquellos que verdaderamente conquistan el Eros ponen en práctica la voluntad primordial del Yo o la voluntad solar. Inevitablemente se encuentran con el Amor Sagrado. Pero este Amor Sagrado, si se recibe antes de tal victoria, alimentado con práctica espiritual y entrega, conduce a la victoria sobre Eros, es decir, a su transmutación.

El practicante espiritual que vence al Eros es inicialmente un "héroe solar": no puede conquistarlo si no es por un amor superior y más libre que el que todavía está ligado a la apariencia animal de la forma humana. La fuerza vivificante de tal amor es la "Luz de la Vida" surgida del sacrificio del Redentor. Las etapas de este sacrificio deben ser conocidas como visiones conmovedoras del amor que libera al Logos dentro del alma. La mordedura del Dragón que no sana es fatal, a menos que despertemos dentro de nosotros la fuerza capaz de vencer al Eros, es decir, el Eros que normalmente mata el amor

humano, incluso cuando se levanta según una sintonía redentora. Debemos conocer el sentido último del Eros, antes de percibir su poder. Debemos conocer el secreto de la resurrección fundada en la Tierra por el Redentor.

No hay amor que no necesite ser experimentado dentro del alma como una resurrección de la muerte para volverse sagrado y verdadero. De esta manera, puede restaurar en la Tierra el acuerdo de curación, que lleva como un anhelo radical dentro de sí mismo, y que normalmente traiciona continuamente. Este anhelo es el anhelo de la resurrección. Sin embargo, para que se realice debe convertirse, dentro del alma, en el amor que vence a la muerte, para que pueda vencer al *Eros* y recuperar de él la "vida de la luz", mediante cuya fuerza alterada esclaviza al ser humano. Es el anhelo lo que permite al practicante espiritual conquistar al Dragón sacando el ímpetu del combate y de la victoria del sufrimiento de su mordedura. En cada ser que conoce la vocación de la eternidad y lo sagrado de la correlación, este anhelo se enciende de antemano, según la espontaneidad, pero para que se convierta en fuerza de vida mediante el acto radical de la voluntad, debe pasar por la experiencia de la Muerte y de la Resurrección, a cuyo curso el ritual del Hijo del Hombre ha abierto el paso.

Lo que el practicante espiritual logra como vencedor de la muerte en las profundidades del alma es el secreto del poder más elevado que se puede obtener como restitución de la correlación edénica y del poder de sanar el pecado original. La práctica espiritual solar conduce a tal posibilidad, es decir, el conocimiento se convierte en la percepción del amor transfigurador, según la proposición original de la correlación, que se dirige al otro ser, considerado "infinitamente amado", pero normalmente no conocido como portador del secreto del infinito. Sólo este conocimiento puede hacer realidad la afirmación de la entrega de uno mismo.

KARMA

Este término sánscrito se utiliza para designar, entre otras cosas, la ley trascendente mediante la cual todo lo que se manifiesta en la vida presente como “destino” puede explicarse por causas sembradas en una vida anterior. Por tanto, se presupone la doctrina de la reencarnación, doctrina que no necesitamos considerar en este manual, cuya proposición es la práctica de disciplinas que conducen a la experiencia directa de las verdades a las que se alude en las doctrinas del Espíritu. Más bien, estamos interesados en caracterizar el sentido de la presencia del *karma* en nuestra vida diaria.

Todo lo que ocurre a diario, hasta el punto de presentarse como un hecho físico, es decir, como hechos capaces de ocurrir en el escenario sensorial, revela un origen kármico: no es causal, improvisado o inesperado, aunque aparente esas maneras, no lo es.

De acuerdo con la doctrina del karma, el evento que ocurre hasta ser físicamente perceptible ya ha sido preparado, a veces desde hace siglos. Dicho evento proviene de procesos en el pasado y por lo tanto, en sí mismo, ya está realizado. Dentro de él, incluso los elementos recientes convergen naturalmente. Sin embargo, se elabora con la implicación de diferentes componentes espirituales, según un impulso previo, absolutamente riguroso en su lógica. Lo que ya ha ocurrido, el “hecho”, como resultado último de tales elementos, es siempre la necesidad: el *karma*.

Con respecto a la forma en como ocurre el “hecho”, las fuerzas espirituales presentes, es decir, las fuerzas de la libertad interior, o de la independencia del *karma*, son decisivas. La forma puede sufrir modificaciones en sentido positivo o incluso transformador, o incluso peyorativo, dependiendo de la presencia o falta de autonomía del Yo. Pero su contenido esencial, sin embargo, pertenece a una realidad ya creada, que espera al individuo responsable.

Como clave de los acontecimientos cotidianos, esta visión llevada a un nivel meditativo puede desvelar su contenido de sabiduría. El evento no está ahí para provocar placer o disgusto personal, exaltación o execración, preocupación u optimismo, todo esto es verdaderamente

maya. La reacción sintiente siempre expresa la ignorancia de un contenido latente, que en cambio exige del alma la actividad de una percepción superior, prevista en su desarrollo: a la que puede llegar, ejercitándose para asumir el hecho según un movimiento interior, que no es placer ni disgusto. El placer y el disgusto deben transformarse en órganos de percepción. Debemos comprender lo que realmente demanda el "*destino*" a través de eventos dados, particularmente aquellos a los que uno es más sensible.

El evento, como un símbolo, tiende a hablarnos o a enseñarnos algo. Es el mundo de la "*necesidad*" el que apela a la "*libertad*", es decir, al acto interior libre, al pensamiento capaz de identificarse esencialmente con el objeto. El evento es lo que inicialmente parece ineludible como un hecho, en la medida en que carece de acción o contenido interno. Este contenido interior debe surgir de la relación contemplativa del evento: la fuerza que lo hace evolucionar. No existe ningún acontecimiento cuyo significado último no sea la exigencia de un acto consciente, es decir, su lectura. Se está ante la simbología de un lenguaje que no nos pide reacciones sentimentales o instintivas sino, más bien, "*conocimiento*".

El desarrollo de tal aptitud no extingue la capacidad de sentir, o de amar, o de comprender por medio de la compasión, al contrario, lo eleva a su forma más elevada: el poder de la acción como expresión de la abnegación, en la medida en que la acción no brota de una reacción egoica, sino del contenido objetivo del hecho.

Si se descubre lo que el evento desagradable le pide al alma, este evento comenzará a desaparecer. El *karma* es un libro cuyo lenguaje revela al experimentador el secreto de la forma personal de la existencia. Estar libre del karma es poseer la enseñanza que personalmente se adquiere por medio de las circunstancias y eventos cotidianos, especialmente los desagradables. Estos pueden interpretarse de las más diversas formas desde un punto de vista subjetivo, hasta su codificación racional y psicológica. Pero tal punto de vista no recoge nada de la realidad y nos reduce a un hazmerreír continuo de acontecimientos, con los que la única relación es la del pensamiento reflexivo y las reacciones sintientes: la relación más obtusa.

Ser independiente del *karma* significa ir más allá del mundo de la antigua Ley, hacia la esfera de la Libertad. Pero esto implica penetrar en el trasfondo del *karma*. Ser libre significa actuar no a partir de la fuerza de los impulsos del pasado, sino, más bien, en virtud de la superación de la férrea concatenación de causa y efecto, que es actuar por amor, interrumpiendo la interminable espiral de la necesidad y, por tanto, del odio humano. Por ejemplo: una persona que hoy mata a otra que lo había matado en una vida anterior, evidentemente no ha desarrollado las fuerzas suficientes de libertad y amor que le permitan escapar de la ley de causalidad metafísica que exige vengarse. En la próxima existencia él, a su vez, será asesinado por el otro, sí, mientras tanto, el Yo libre dentro de esta otra persona no ha surgido, es decir, el Yo libre capaz de superar la necesidad kármica y de darle, por tanto, un camino para expiar, a través del alma, su propia culpa, de modo que él mismo sea conducido a su vez a encontrar el ser libre dentro de sí mismo. Las luchas y guerras del mundo no cesarán, mientras la ley del *karma* controle totalmente a la persona incapaz de afirmarse con el principio interno de libertad y, por lo tanto, incapaz de superar el férreo mecanismo del "ojo por ojo, diente por diente".

Nada escapa a la férrea ley del *karma*. Los golpes del destino, los hechos lúgubres, las enfermedades, los sufrimientos colectivos, las catástrofes que golpean a poblaciones enteras, no tienen nada de azar. Son eventos estructurados según una correlación interna, de absoluta "precisión matemática".

En efecto, cada uno de nosotros, todos los días, paga la deuda contraída en existencias anteriores. El sentido concreto de la vida es extinguir la propia deuda para realizar la libertad. El problema es que no nos damos cuenta y acusamos a los demás de situaciones que nos afectan únicamente a nosotros. El problema también es que el no reconocimiento se utiliza como instrumento de una lucha que presume de curar las situaciones de ciertas comunidades, del daño de otras. Si ignoramos la ley del *karma* y el principio interno que la supera, es imposible evitar que la responsabilidad de nuestras propias dificultades recaiga sobre nuestros semejantes. Solo los seres dotados de una moralidad excepcional son capaces de acusarse a sí mismos y no a los demás. Una serie de abusos que culminan en tiranía —con todas las características de la sociabilidad y dialéctica de la redención de un

pueblo— es, naturalmente, una deuda kármica que están pagando los sometidos. Pero, además, el desconocimiento de la ley del *karma* hace posible la tiranía, haciendo inextinguible la deuda, por el hecho de que esta deuda es reconfirmada por la acusación dirigida a los presuntos responsables. El injusto saca fuerza de la ignorancia del justo. El conocimiento de la ley del *karma* en el mundo moderno ha sido obstruido no solo por el materialismo, sino también por falsas corrientes espirituales. El antiguo mundo jurídico-sacro se vuelve hoy político-sacro. El antiguo "sistema" fundado en la Ley y no en la Libertad, domina ilegítimamente el mundo de hoy, asumiendo las apariencias de una evolución social que, en realidad, tiene la tarea de obstaculizar, principalmente, impidiendo el conocimiento del *karma* detrás del escenario social.

Si el conocimiento liberador no otorga una forma de extinguir la deuda mediante los cambios radicales del alma y el nacimiento de impulsos de verdadera fraternidad, el *karma* se afirma con rigor matemático. No es un castigo, sino la profunda voluntad del ser Yo de darse cuenta de su naturaleza superior, resolviendo las deudas contraídas por la naturaleza inferior. Así, el malestar que sufre una comunidad como resultado de medidas políticas abstractas es, efectivamente, la eliminación de una deuda, pero a la vez la preparación de la deuda de quien sea responsable de tal malestar. De manera análoga, las dificultades provocadas por una huelga económicamente injustificada y que daña a las clases sociales que ya soportan, con dificultad, sus propias penurias, tendrán que ser resueltas por quien haya contribuido mínimamente (aunque no persuadido) a la huelga y, por tanto, a los sufrimientos que resultan de ello, incluso si tales dificultades y sufrimientos son en sí mismos una deuda kármica normal. Por lo tanto, no hay dinero extraído ilegítimamente de la comunidad humana que no tenga que ser restituido. No hay lucro ilícito, malversación, especulación, etc., por lo que uno no tenga que responder, ni opresión, abuso de poder, linchamiento moral o físico, juicio falso, mentira o denigración. Todo está inscrito en el libro de la Ley que corresponde a una Justicia de la que nadie escapa, a menos que se conozca el nuevo camino de la Libertad y del Amor, que lleva a desear la eliminación de la propia deuda y a cooperar en la eliminación de algunas de los demás.

Diariamente, el escenario de la vida nos permite presenciar la manifestación del *karma*, es decir, la autoafirmación de una ley, que hoy, tras una pausa milenaria, debe encontrar en el ser humano un conoedor libre, es decir, el responsable según la independencia de la antigua necesidad, es decir, según el Amor. Cada día vemos seres que, movidos inconscientemente por el antiguo espíritu jurídico, presumen de cambiar el destino de los demás mediante ideologías y medidas externas, mientras que sería fundamental que, ante todo, se conozcan a sí mismos y, por tanto, a su propia deuda kármica, para poder ayudar a los demás a tomar conciencia de la suya y de su responsabilidad cotidiana en su contenido. Tal responsabilidad no cambia porque uno no tenga autoconciencia. Así, por ejemplo, el autor de un libro que denigra y destruye moralmente a alguien, o que falsifica un contenido histórico, no es el único responsable. También son responsables quienes contribuyen a su edición, hasta sus distribuidores. Asimismo, un libro pornográfico crea una deuda incluso en quienes cooperan inocentemente en su elaboración. La deformación regular de los hechos por motivos polémicos, la propaganda calumniosa, las instigaciones que conducen a enfrentamientos de facciones y a la violencia, procesos creados por razones ideológicas, incriminaciones desprovistas de motivos reales de culpa pero necesarias para estrategias específicas, y cualquier atentado a la autonomía del organismo jurídico, como al cultural o al económico, pesa kármicamente sobre quienes son moralmente responsables más que sobre quienes, en cuanto ejecutores, los llevan a cabo. Aquellos que por medio de un espíritu nihilista destruyan cosas u objetos que son fruto del sacrificio y el trabajo humanos, regresarán con un destino que les obligará a reconstruir pieza a pieza lo que destruyeron, aunque los tiempos hayan cambiado y el pago de la deuda tenga que tomar otra forma. Del resto, la vasta población de discapacitados físicos y psicológicos, de paráliticos, de enfermos de encefalitis, de esquizofrénicos, etc., se presenta ante nosotros como una cuestión dirigida a algo más trascendental que las explicaciones tautológicas de la ciencia o la obvia compasión humana.

Ninguna medida humana se puede librar de las consecuencias del *karma* a quien lleva sus impulsos dentro de las fuerzas que sostienen nuestro organismo psicofísico. Todo está escrito en la estructura del Orden universal, que soporta las fuerzas de una justicia de la que

nadie, materialista o espiritualista, escapa hasta el día en que el Yo dentro de nosotros despierta como un ser libre, capaz de decidir más allá del *karma*, más allá de la necesidad natural, es decir, por amor, y en virtud del autosacrificio, que es el mensaje de Cristo. Cuando quienes tienen el tema de la fraternidad y de la sociabilidad cerca de su corazón, lo aman hasta el punto de dedicar su vida a ello, no podrán evitar descubrir que la cuestión social es inseparable de la cuestión del karma, y que el conocimiento de la ley del karma es la fuerza transformadora de una sociedad futura.

FRATERNAL Y SOCIAL

Aunque en la época actual el tema de lo fraternal y lo social parezcan coincidir, no escapan, en su identidad, a la ley del pensamiento reflejo, que hace de todo contenido interior, lo inverso en el plano dialéctico.

Hemos visto cómo el pensamiento humano moderno, al volverse dialéctico, en cuanto reflejo en el órgano cerebral, se convierte en mediador de la psique ligada a la corporeidad, sin realizar la conversión de sí mismo a través de la práctica espiritual típica, de acuerdo con las disciplinas resumidas en el presente manual. En la dialéctica refleja, desprovista del elemento interior original, el espíritu de oposición del reflejo a la luz se expresa inevitablemente, a través de la identidad contingente del reflejo con el soporte cerebral, en el que operan los impulsos de la psique inferior.

Típicamente, la fraternidad es el signo de la presencia del Espíritu en nosotros, pero, por eso, su dialéctica puede expresar sustancialmente oposición a su contenido original. Hoy, en todo el mundo, la relación fraterna de una serie de seres no se decide por una conciencia autónoma, sino por un poder trascendente, que posee su indispensable sistema de información y regulación: se decide por el espíritu de grupo que los une, es decir, por la regulación de la iglesia, partido o raza que los unifica. En esencia, los límites de un impulso fraterno están establecidos por la ideología. Sin embargo, tal impulso, solo podría realmente operar en el mundo más allá de esos límites.

La fraternidad de tales seres incorporados, persuadidos o catequizados se decide en base a la información política sobre aquellos a quienes pretenden dirigirla e incluye, dentro del círculo de la fraternidad, aquellos respecto de quienes la información es la prescrita, excluyendo a los demás como adversarios. Es una fraternidad verdaderamente condicionada la que explica el odio y la guerra inagotable del mundo. A ninguno de los informados se le ha pasado por la cabeza comprobar la información...

En efecto, la fraternidad que cree establecerse a través de la correlación grupal y sus prescripciones solo comienza cuando se superan estas prescripciones, es decir, donde uno sea capaz de un acto libre, para lo cual otra persona sea reconocida como espiritualmente idéntica más allá de las indicaciones normativas de divergencia. La fraternidad, como relación limitada al círculo grupal, no es verdadera, es inevitablemente ficción, pura inconsciencia. Empieza a ser verdad sólo cuando puede superar el círculo del alma grupal, para revelarse a los seres que aparecen fuera de dicho círculo. Sólo fuera de este círculo comienza a ser verdadera la fraternidad. No hay mérito en amar a aquellos con los que se está de acuerdo. Tampoco puede ser auténtico este acuerdo, si surge en función de la aversión

Aquellos de nosotros que creemos tanto en la sociedad como en una verdadera relación más allá de las distinciones de raza, de cultura, de partido o de iglesia, establecemos una relación fraterna basándonos en la fuerza del movimiento de la "*propia*" consciencia. Uno se basa en la propia responsabilidad interior, más que en las regulaciones de la consciencia del que dirige o del organismo del grupo. La profunda solidaridad del "grupo" no puede ejercerse en función de la aversión. La fraternidad comienza a tomar forma, cuando opera independientemente del veredicto del dictado normativo de las ideas políticas, para uso del grupo.

Una comunidad, o un grupo, cuya fraternidad está detenida dentro del límite de su ideología correspondiente, fuera de la cual ve seres con los que el entendimiento es imposible, aún no conoce el Nuevo Testamento. Sin saberlo, tal comunidad, a pesar de las apariencias de una vocación social, todavía vive dentro del dominio de antiguos impulsos antisociales, porque vive dentro del imperio de la Ley o del Rebaño, solo más allá del cual es posible la experiencia de la fraternidad.

La palabra "social" se puede otorgar legítimamente a un concepto que incluya a todos, y que no excluye a un pueblo, ni a una corriente, ni a una clase social, ni a una raza. Más bien, considera a cada persona como necesaria e insustituible. Este discurso se derrumba, o se vuelve ingenuo, en el ámbito de la política y sus estrategias, que exigen en cualquier momento, el paso del acuerdo al desacuerdo y

viceversa. La política presume que “lo social” domina a la política, pero paradójicamente, hoy ocurre en todo el mundo lo contrario: la política asume solo como pretexto la sociabilidad: que es la retórica de quienes pretenden proveer a las necesidades humanas, ignorando la estructura suprasensible del ser humano.

Aquellos de nosotros que no sabemos cómo encontrarnos con el otro en cuanto individualidad humana y no reconocemos, dentro de esa persona, un ser con el que nos es posible una relación sin condición de raza, iglesia o partido, no nos podemos llamar libres. Estas personas necesitan un director de conciencia, político o religioso, al igual que los animales de una manada necesitan un pastor. Tales individuos, a pesar de su apariencia moderna, todavía pertenecen a la antigua alma grupal. Son inconscientemente racistas, porque un espíritu idéntico los une como grupo a los demás, según la psique que está ligada a la naturaleza corporal.

En el mundo precristiano, lo fraterno, como lo social, sólo era posible en la medida en que se ajustaba a la ley, no a la Libertad. De la normalización trascendente podían surgir la Verdad y la Justicia, no la Libertad y el Amor. En el mundo moderno, la subsistencia del espíritu precristiano en la actual pauta del alma grupal, ideológica y política, es la supervivencia en todas las regiones de la Tierra con impulsos espirituales muertos, que son realmente antisociales, a pesar de estar revestidos de pacifismo y sociabilidad. Los impulsos radicalmente antisociales de los actuales partidarios de lo social están verdaderamente en la fuente de injusticias sociales incurables, luchas de clases y la incapacidad de extinguir las guerras.

El pensamiento social aún no es capaz de estar vivo, más allá de la dialéctica abstracta de sus probables escenarios comunes. Lo que comienza a ser verdaderamente social es el pensamiento que transforma al ser humano, es decir, la meditación. Sólo la liberación de la idea doctrinal de la ideología puede permitir al hombre implementar en su conciencia la liberación del alma grupal. (ver “La Libertad”) y, en consecuencia, la fraternidad como expresión del espíritu libre.

La falta de fraternidad por parte de los convencidos de una sociabilidad más culta que pensada, depende de la inclinación a

moverse en el plano de las ideologías más que en el plano de las ideas. Es raro que los teóricos actuales de lo social sepan cómo distinguir "*idea de ideología*". No creen en la realidad de la idea que, como germen vivo, es principio de fraternidad y de sociabilidad. Más bien, aceptan su producto dialéctico, la ideología, porque esto ya les da una interpretación del mundo, ahorrándoles el esfuerzo de pensar. No saben que nada puede salir de la ideología, de hecho, es lo opuesto a la idea, pues es su reflejo desprovisto de vida, dotado del poder de la plausibilidad formal de sus argumentos que necesita el ego, que teme tener que enfrentarse a sí mismo y penetrar los argumentos con ideas.

Cuando uno no sabe identificar el error en el plano de las ideas, se ve llevado a combatir el error en las personas físicas, a las que se asigna una categoría, de forma similar de lo que se asignaría a una raza. Se combate una categoría prefigurada; sin embargo se es, en efecto, inconsciente de practicar un sutil racismo.

En el sistema de la fraternidad planificada, se considera un adversario aquel en el que se reconoce el mayor de los peligros, un adversario y por tanto constituyente de la clase más odiada, en la que se pueden rastrear las causas de todos los males. Incluso se le aplica un nombre que suena mágicamente como un *tabú*, según el poder infernal que se le atribuya. Sin embargo, a menudo, en el plano práctico, sucede que no se convierten en adversarios porque realmente pertenezcan a esa clase, más bien, se muestran como pertenecientes a esa categoría, de modo que pueden ser golpeados como adversarios.

La falta de sociabilidad impide que los teóricos de la fraternidad reconozcan que, como hemos podido mencionar en otras páginas, el verdadero Adversario realmente nace dentro de cada uno de nosotros como un doble ahrimánico. Pero es precisamente este "doble", con el que inconscientemente nos identificamos, el que continuamente nos induce a ver, fuera de nosotros mismos, al adversario sobre el que legítimamente descargamos continuamente nuestras responsabilidades.

El espíritu de la Inquisición, que en un tiempo estableció lo que estaba dentro y fuera de la verdad infalible de la Iglesia, se reencarna hoy en el dogmatismo de una sociabilidad ideológica, que realmente carece del movimiento vivo del pensamiento o de la idea, es decir, lo

que directamente tiene el poder dentro del alma humana para separar lo social de lo antisocial.

En efecto, la acusación que normalmente se dirige contra el "sistema", la "sociedad", la "clase", etc., sólo sería válida si se dirigiera contra ese pensamiento antisocial, dogmáticamente social y, a pesar de su progresismo, retrógrado, como toda intuición dialéctica, en el que el Espíritu es impotente para reconocerse a sí mismo. Este reconocimiento del ser del Espíritu en todas las formas de su inmediatez, por un deber de honestidad así como de pureza de intuición, es precisamente el sentido de la *"práctica espiritual"* indicada.

LA PRÁCTICA ESPIRITUAL

En términos sencillos, si se quisiera expresar el significado de la serie de operaciones preparatorias internas de la Iniciación, se podría decir, sin temor a equivocarse, que es el logro de una "moralidad" elevada. Es el contenido esencial de la disciplina meditativa contemplada en estas páginas. Podemos aventurarnos a decir que, hacia tal ideal y ante todo, la moral debe elevarse al nivel de la "santidad". Naturalmente, no se trata de la moral a la que uno se ajusta, como a la serie de normas pactadas en buena conciencia, sino, más bien, a la moral que produce el acto interior libre, como un *quid* * que el Espíritu crea, casi siempre en la forma imprevista por las normas establecidas.

El sentido de santidad para el candidato a la Iniciación no es un fin, sino un medio necesario para la autoconciencia y la libertad, es decir, para la purificación del cuerpo sensible, *kama rupa* o cuerpo astral. Al mismo tiempo, la autoconciencia indica el nivel de santidad y de su sabiduría para no parecer como tal, no ser una actitud.

Es fácil ser bueno siendo débil. Es fácil ser fuerte siendo malvado. Es difícil y heroico ser libre, ser bueno con exceso de fuerza. Pero este exceso surge como posesión y dominio de la capacidad de ser malvado. De hecho, la libertad humana se basa en experimentar y tomar conciencia de la naturaleza maligna. Hay espiritualistas que, en función de su bondad, cometen los peores actos de crueldad. La incapacidad de ser fuerte con respecto a su maldad los vuelve "buenos".

La expresión de la fuerza es esencialmente amor al prójimo; el logro más difícil, ya que, antes del autoconocimiento y la purificación del cuerpo astral, el amor al prójimo es casi siempre una simulación, incluso cuando ese amor se expresa en actos de incuestionable alabanza. Es una farsa detrás de la cual se esconde el anhelo de la espiritualidad que realmente no se posee. En este sentido, las técnicas que desprecian el moralismo y que contemplan una situación más allá de las reglas tienen, dentro de unos límites, una razón de ser. Es un camino de libertad instantánea.

Pero la libertad instantánea será en sí misma un engaño, si surge de los impulsos del cuerpo astral (llamado "cuerpo del deseo" en la literatura oculta), no completamente conocido, que toma el lugar del Yo. Es una de las mayores trampas de la fase preiniciática, que es inevitable como prueba de la verdadera iniciativa del Yo. Toda elección que no sea la elección del Yo no es libre, pues pertenece al astral, al que son posibles todas las actitudes místicas e iniciáticas, desde la gnóstica hasta la yóguica. La cuestión de la práctica espiritual es verdaderamente una cuestión de búsqueda del Yo.

El espíritu se encuentra dentro del Yo que es independiente del cuerpo astral. Pero el Yo puede operar dentro del ser humano siempre que se sumerja en el cuerpo astral, siempre que se identifique con las facultades del cuerpo astral, es decir, pensar, sentir y querer. Tal identificación es el inevitable debilitamiento del Yo, antes de que conozca la identidad consigo mismo en ese nivel. Es su sujeción a las funciones que el cuerpo astral, por medio del pensar, sentir y querer, asume en relación con la corporeidad física-etérica, es decir, en relación con la naturaleza animal, funciones que, desde la esfera mental humana, conducen a degeneraciones imposibles a nivel animal. De ahí, son conducidos al estado constitucionalmente contradictorio y ambiguo del Yo, que opera a través del cuerpo astral de acuerdo con una identificación con él, un cuerpo astral que actúa en su lugar, y en el que el Yo se apoya como un vehículo determinante, convirtiéndose en una identidad inconsciente con la naturaleza corporal. Por eso, el Yo que es el centro, no está en el centro. No expresa el espíritu desde el que se mueve, sino que se convierte en expresión de la naturaleza, de la raza, del temperamento, del alma sensible y racional, es decir, del cuerpo astral, gobernado por Entidades adversas a la humanidad, que tienden a poseernos. Pero, de hecho, realizarse a sí mismo como el Yo, en ese nivel, exige, de él, el desarrollo de fuerzas, que de otro modo nunca dejaría brotar de sí mismo.

Sólo la liberación de la identidad ilícita con el cuerpo astral, puede dar al Yo una forma de identificarse con su propio ser y realizar, rectificando, la naturaleza superior del astral: es decir, pensar antes de ser reflejo del astral, del sentir y del querer, antes de ser la expresión del astral envuelto en la vida de los sentidos. Es decir: pensar, sentir y

querer, como corrientes de fuerza en sí mismas originales y, como tales, cósmicas.

La práctica espiritual es una asunción del Yo, no del cuerpo astral. El mundo de los instintos y de las pasiones que nos dominan y paralizan el elemento de la inmortalidad dentro de nosotros es el cuerpo astral que sustituye al Yo, operando con la autoridad del Yo. Es la continua inversión de esa jerarquía original gracias a la cual el Espíritu gobierna sustancialmente la Materia, más allá de toda apariencia de caos. Esta inversión aparece como libertad y es, en cambio, la parálisis del principio de perpetuidad del Yo, que es el único que puede despertar la esencia secretamente perenne del cuerpo astral, el verdadero significado de la práctica espiritual.

El poder del cuerpo astral, retirado del Yo, opera contra el Yo disfrazado de corriente instintiva. El engaño de todas las rebeliones falsas, de todas las redenciones ambiguas, de todas las venganzas aparentes, de todas las luchas simples contra la autoridad, puede reconocerse como una rebelión del "cuerpo de deseo", o cuerpo astral, contra el Yo.

La revuelta, que puede dar lugar al su propio sistema, no es un acto humano. Está controlado de forma oculta por Entidades adversas al ser humano. Cuando el astral no resuena según el Yo, y sin embargo actúa con la autoridad del Yo, al reclamar para sí una libertad que pertenece al Yo, entonces es el destructor de la vida. La existencia se organiza entonces según relaciones abstractas, desprovistas de alma, pero rebosantes de dialéctica. Fuerzas extraordinarias de inteligencia y de voluntad, que proporcionan las Entidades extrahumanas antes mencionadas, apoyan tal proceso. Tienden a poseer al ser humano, para expresarse en un nivel cósmicamente prohibido para ellos, pero en el que pueden afirmarse mediante el poder de la libertad humana, usado negativamente por nosotros y robado por ellos.

()Quid: Esencia, punto más importante o porqué de una cosa*

PEDAGOGÍA

La exaltación general del astral adversa al yo, que también puede asumir formas espirituales, es el mayor obstáculo para nuestra evolución actual. Es el principio de la llamada Contrainiciación. Hoy, en un plano humano ordinario, esto se prepara sobre todo por medio de una pedagogía que suscita impulsos de libertad en el cuerpo astral de los niños pequeños antes de la edad en que, según el ritmo de una ley cósmica oculta, surge en ellos el principio del Yo, sólo con el cual puede existir la asunción de libertad. Según el significado de tal ley, podemos entender la cuestión de la "*libertad*" del Yo, en contraste con la necesidad del cuerpo astral.

La Ciencia Espiritual, de la cual brota una pedagogía dirigida a las generaciones de los "nuevos tiempos", enseña que, en los primeros siete años, el niño, según el ritmo de la mencionada ley trascendente, inmanente al Yo, se organiza como un ser puramente físico; en los segundos siete años, como un ser etérico; y en los terceros siete, como un ser astral. Hacia el vigésimo primer año, el Yo que, desde el principio, ha operado como principio metafísico desde fuera del cuerpo durante los tres períodos de desarrollo, se inserta en el organismo físico-etérico-astral. A partir de ese momento, podemos experimentar según la libertad del Yo. Esta libertad radica en la posibilidad del Yo-Ser de expresarse, sin estar condicionado por la triple estructura astral-etérica-física de la que está revestido, sino teniendo a ésta como instrumento obediente.

Si durante los tres primeros períodos de siete años se han insertado en el alma del adolescente los impulsos de una autonomía que pertenece sólo al yo, estos impulsos actúan inevitablemente desde el cuerpo astral contra el yo, llevándolo a identificarse con ellos prematuramente, en la medida en que son impulsos instintivos ilícitos. Al final del tercer séptimo año, con la súbita aparición del Yo, estos impulsos se opondrán fundamentalmente a él, despertando el sentimiento de opresión y constricción con respecto a cualquier autoridad movida por el Yo. Mientras tanto, sólo del Yo pueden surgir la autoridad y la responsabilidad reales.

Un joven que carece de la disciplina de obediencia y de devoción, necesaria para el cuerpo astral, carece de la posibilidad de obedecer a su propio ser central, el Yo, portador de la responsabilidad y la libertad. El camino de la neurosis, o más probablemente, el de la criminalidad se abre a tal joven, en la medida en que el cuerpo astral, excitado anómalamente por los impulsos de libertad durante los tres períodos de siete años, choca con su Yo y tiende a sustituirlo.

La formación interior de los niños y, por tanto, su capacidad para crecer fuertes y luminosos, depende del clima moral que les establezca su entorno familiar. En los primeros años, el niño, cuyo Yo todavía se mueve en el mundo espiritual, en realidad vive como en un templo, inmerso en un ambiente sagrado, del que se nutre y del que no querría ser privado. Los padres pueden aprender el significado de lo sagrado al contemplar sabiamente el ser natural del niño. En cambio, son precisamente ellos quienes lo contradicen y lo destruyen, con su frivolidad, aunque su intención este llena de afecto. La mayoría de las veces, el llanto del niño expresa el dolor de sentir que el mundo angelical, en el que está naturalmente inmerso, es alejado por la fatuidad de los adultos. La pobreza interior de quien se acerca a los niños actúa inmediatamente sobre ellos de manera negativa.

El verdadero nivel espiritual del niño corresponde al meditativo. Los padres, que realmente aman a sus hijos, deben construirles una cuna interior hecha de armonía y, si no de un pensamiento meditativo preciso, al menos de un sentido de religiosidad consciente. El elemento sagrado del niño es lo que más tarde se actualizará dentro de él como el poder de la voluntad. En la época presente, este elemento original se vuelve literalmente caótico e inoperante precisamente por quienes presumen de amar y educar al niño.

Una pedagogía correcta, partiendo del conocimiento de la oculta actividad interna de la formación del niño, se encarga de que el niño crezca de tal manera que las fuerzas físicas del alma se preparen paulatinamente para acoger el Yo, es decir, para ser verdaderamente libre: que es una disciplina de obediencia, de devoción y de admiración, dirigida a todo lo que en el escenario de lo creado lleva la impronta de lo sublime, de lo abnegado, de lo heroico. De esta forma

se cultiva la "*espontaneidad*" del niño, como forma de su potencial libertad.

Podemos captar la actividad interna y oculta de la cuestión pedagógica, y de lo erróneo del culto a los impulsos de la libertad en el alma del niño, antes de que esta misma alma esté formada y lista para recibir el Yo, ya que debemos tener en cuenta que las Entidades antes mencionadas, adversas al ser humano, pueden actuar por medio del cuerpo astral, pero no pueden hacer nada sobre el Yo. La aceptación del Yo al final del tercer septenio, es preparada por una disposición suprasensible, activa como espontaneidad en el niño. En el primer período de siete años, se induce a los niños a "*repetir*" mecánicamente todo lo que recibe de su entorno. En el segundo período de siete años, la repetición evoluciona en los niños y se transforma en "*imitación*". En el tercer período de siete años, la imitación se convierte en la tendencia a "*moldearse*" de acuerdo con un ideal humano superior. Como vemos, el desarrollo del niño hasta los veintidós años, pide ser una sabia preparación para la aceptación del Yo. Tal preparación está comprometida por pedagogías a través de las cuales actúan las Entidades que temen el nacimiento del yo espiritual del ser humano. Saben que, a través de tal nacimiento, termina el sometimiento mediante el cual esclavizan al ser humano. Impiden el nacimiento del Yo operando prematuramente sobre el cuerpo astral y despertando los movimientos que luego el ser humano confundirá con sus propios impulsos libres. Disciplina, devoción y admiración por modelos superiores de vida, son las mismas fuerzas que dirigen el ser físico-anímico del adolescente a recibir el Principio de las fuerzas que es el Yo, en el que el espíritu se manifiesta y por tanto es la verdadera fuerza humana, es decir, la fuente del coraje, la lealtad, la imaginación creadora, la audacia, la voluntad inagotable y el equilibrio.

Este aporte del Yo se ve comprometido por la pedagogía que cultiva la autonomía en los niños antes del momento oportuno, otorgándoles la expresión indiscriminada de impulsos, por tanto, incluso de aquellos que, ascendiendo de la naturaleza animal, inmediatamente se imponen sobre los demás. Es a la torpe pedagogía de la época actual, a la que debemos el aumento de las neurosis y de la criminalidad en el mundo, y de la vasta fauna de los espiritualmente mal adaptados, que sólo están dotados de energía para realizar las cosas que en ellos se

presentan como instinto. Esta pedagogía hace de un joven un ser infeliz e inestable que busca evitar la vida, es decir, un ser llevado a compensar la falta de orden interno mediante cualquier remedio, desde las drogas hasta convertirse pasivamente en el peón de las estrategias profanas del poder.

EL CAMINO DE LA INICIACIÓN

Sólo el espíritu, como principio distinto del alma, puede expresarse en nosotros como libertad sin contradecir las leyes del Universo. A la objeción que puede provenir de ciertos sistemas esotéricos que afirman la superioridad del Iniciado sobre las leyes del universo, respondemos que somos capaces de vencer tales leyes no rompiéndolas, por nuestra incapacidad para conformarnos a ellas, sino, ante todo, al conocerlas. Sólo conociéndolas podemos realizar su Principio dentro de nosotros, elevándonos a este Principio desde la conciencia de nuestra propia estructura interna. La transgresión es siempre la afirmación histórica de la libertad, que el karma corrige firmemente, si no interviene la adecuada disciplina de la conciencia.

Cuando el espíritu es dominado por los impulsos del cuerpo astral, y el Yo pasa por tanto a la forma de ego, cada expresión de libertad es la no-conciencia la que nos gobierna, encontrando, a través de nosotros, las coartadas ideológicas y jurídicas necesarias para su propia expresión. Por esta razón, la falsa libertad individual de una persona no puede sino chocar con la falsa libertad de otra. Esta es hoy la situación normal de los seres humanos que permite oprimir desde el poder menos espiritualmente evolucionado, mediante su status de derechos preestablecidos.

Sólo cuando la libertad es expresión del espíritu que domina el astral y, por tanto, no necesita quebrantar sus leyes (en la medida en que las posee, moviéndose desde su propia "esencia"; es decir, desde su propia ley), la acción libre coincide con la acción moral, pero no en la medida en que el espíritu se ajusta a la moral, ya que tal moral es precisamente el producto de su libertad y no de reglas. Las reglas son necesarias allí, donde la acción directa del espíritu aún no es posible.

La iniciación es la restitución de la condición original del espíritu, a pesar de su encarnación humana: normalmente pierde esta condición, identificándose con el alma, asumiéndola como vehículo de la correlación con la corporeidad. Esta corporeidad imprime el alma y el alma imprime al Yo. Hay una fase preparatoria, que tiene lugar como restauración de la relación original del espíritu con el alma o con el cuerpo astral, relación que siempre ha sido el problema de los caminos

ascéticos y de las sabidurías esotéricas, en la medida en que las Deidades opuestas a nuestra libertad operan en el interior de nuestra alma, como seres individuales, por ello, en la antigüedad el procedimiento de Iniciación exigía al discípulo el absoluto desprendimiento del Yo del elemento individual. El Yo y el astral superior fueron separados de la corporeidad y el astral inferior, y sumergidos en el Mundo Espiritual, para que allí pudieran adquirir el poder de impartir el elemento solar dorado en el cuerpo físico-etérico.

En el mundo moderno, la Iniciación, como superación de la condición humana ordinaria, es posible en la medida en que la práctica espiritual se realiza no por caminos que conducen al éxtasis o al *Samadhí**, sino por medio del estado de vigilia realizado al nivel del Yo, que es superior al del astral ordinario, una conquista equivalente a la realización de la conciencia que se enciende en la percepción sensorial. Es el estado de vigilia intensificado de tal manera que realiza la presencia del Yo dentro del alma, condición desprovista de sentido para el antiguo practicante espiritual. En el ser humano moderno, de hecho, no es la estructura corporal la que ata al alma, sino el alma, a través del deseo, se ata a sí misma, debido a la escasa conciencia de su propia naturaleza espiritual en ese nivel, un nivel al que, al que ahora sólo puede llegar, como elemento espiritual, sólo en la medida de ser conciencia individual.

El estado de vigilia que se lleva a la plenitud es aquel al que hemos llegado por medio de la autoconciencia racional, al experimentar el Yo individual en el nivel físico, como no le fue posible a la humanidad antigua. Normalmente, el pensamiento alcanza su máxima intensidad al expresarse en la percepción sensorial. Fuera de esta, carece de intensidad. Fuera del soporte perceptivo, se vuelve débil, abstracto. La tarea de la práctica espiritual es implementar el pensamiento consciente con la misma intensidad que cuando se inserta en el soporte sensorial.

La corporalidad en sí misma tiene una estructura pura, que la hace capaz de una relación directa con el espíritu, del cual nosotros, inmersos en el astral, no somos conscientes. Esta pureza se puede apreciar en la percepción sensorial; y es posible como un proceso absolutamente objetivo, en la medida en que es la relación directa del

espíritu con la corporalidad en los órganos de los sentidos. Los instintos y pasiones que normalmente influyen en el juicio humano, alterando su objetividad, no tienen poder sobre la función objetiva de los órganos de los sentidos.

El hecho de que a través de los órganos de los sentidos el hombre sólo perciba lo sensible, estando privado de lo Suprasensible, depende de la estructura de estos órganos, que han ido cambiando con el tiempo para transmitir cada vez menos el inseparable elemento suprasensible de la forma sensible, hasta que el ser humano empezó a identificar el contenido con esta forma (sensible). Pero precisamente en la medida en que pudo asumir la "apariciencia" como una "realidad", pudo lograr la posibilidad de la "libertad". De hecho, sólo una realidad puede obligar al pensamiento, no una apariciencia. El pensamiento, que sólo tiene la apariciencia numérica y lógica de la realidad, es potencialmente libre: está condicionado por la mensurabilidad de la realidad, y a través de ella tiene la ilusión de dominarla totalmente.

Sin embargo, a pesar de su devenir en una forma de lo sensible, el movimiento de percibir debe ser reconocido como suprasensorial en sí mismo. Como tal, sin embargo, no es percibido, porque por el momento la conciencia se enciende en el nivel de la apariciencia. Los órganos de los sentidos están constituidos de tal manera que el elemento suprasensorial no perturbe nuestra visión física, una visión necesaria, en su exclusivismo, para el período de nuestra experiencia autónoma Yo-individual, pues, dentro de ésta, podríamos descubrir posteriormente lo suprasensorial por sus medios internos.

Como investigadores modernos del mundo Suprasensorial, debemos ser capaces de explicarnos exactamente cómo la experiencia sensorial conduce a lo que estamos buscando. La percepción, en su pura objetividad, independiente de las influencias psíquicas, es la relación directa del espíritu con la corporeidad, una relación que, como tal, tiene lugar sin embargo en un nivel de conciencia que corresponde al sueño profundo. Una de las técnicas fundamentales de la práctica espiritual solar, como hemos visto (ver "Percepción pura"), es elevar a la conciencia, por medio de la contemplación, la relación extraconsciente del Yo con el reino sensorial en la percepción. La experiencia contemplativa del proceso sensorial, mediante la

percepción de determinadas entidades de naturaleza física, es una de las operaciones dirigidas precisamente hacia la purificación del cuerpo astral, es decir, hacia la relación del cuerpo astral con el Yo, una relación preparatoria de Iniciación, y que se ha señalado como la conquista de la moralidad esencial, a saber, una terapéutica del alma y del cuerpo.

La percepción pura es una experiencia interior posible sólo para los seres humanos modernos. Era desconocido para el antiguo, o tradicional practicante espiritual, cuya percepción sensorial tenía constitucionalmente su propio contenido interno. El contenido interno era connatural a la percepción sensorial. El practicante espiritual moderno debe adquirirlo por medio de la voluntad. *Pratyahara***, como técnica de Yoga, era una disciplina destinada a liberar la actividad correlativa interna de los órganos de los sentidos, a fin de utilizarla para la experiencia suprasensorial. Mientras tanto la percepción pura, posible para el practicante espiritual de hoy, es una "captación" de la correlación en la percepción misma, con el objetivo de experimentar directamente las fuerzas metafísicas que el Yo expresa, por medio de los órganos de los sentidos, en la realidad física.

La corrupción de los datos sensibles no pertenece a la percepción sensorial, sino al uso que el cuerpo astral hace de ellos como "cuerpo del deseo". En la medida en que el pensamiento es inherente al contenido sensitivo, este contenido se altera: el experimentador tampoco puede captar la relación directa del Yo con lo sensitivo. El contenido perceptible siempre es alterado por el alma sensible y el pensamiento que en ella es inherente. Por lo tanto, en el pensamiento con el que piensa ordinariamente, creyéndose autónomo, el hombre está esencialmente dominado por impulsos de naturaleza física y, por tanto, guiado pasivamente por el karma. De esta manera él, al no ser libre, sufre su propio karma: no puede conocerlo como una fuerza que tiene el poder de operar hasta lo físico.

La práctica espiritual consiste en liberar el pensamiento del contenido de los sentidos. El pensar, así liberado, revela un contenido que le es propio como una "esencia" normalmente ignorada, porque nunca se manifiesta. Esa esencia superior se experimenta como la corriente primordial del astral incorrupto y, por tanto, como la fuente

de la purificación del mismo cuerpo astral. Yendo más allá en la práctica espiritual, es posible un evento trascendente: en esa corriente primordial, el practicante espiritual puede encontrar la presencia del Logos. El practicante espiritual de hoy puede encontrarse con la presencia del Logos que las antiguas prácticas espirituales buscaban a través de los caminos del éxtasis y del *samadhi*, del Yoga y la técnica específica de *pranayama*, dentro de la vida íntima del pensamiento, vida íntima, que en su "*forma pura*" se manifiesta como el poder de autonomía absoluta con respecto a los aspectos inferiores del astral o de la psique ordinaria. Aún no es el Logos, sino su Umbral: nos corresponde a nosotros cruzar ese Umbral.

El tipo de pensamiento al que es potenciadora la experiencia del Logos, es el racional propio del ser humano moderno pero como actividad ajena a la psique, es decir, pensamiento abstracto formado en la experiencia unilateral, cuantitativa, lógico-matemática de lo sensorial. Es el pensamiento de la "caída", el pensamiento de la ciencia, que, ligándose a los sentidos, debe (como hemos dicho) ignorar el contenido suprasensorial del mundo, para liberarse de la antigua autoridad espiritual, conociendo el mundo como cantidad. Sin embargo, liberado de los sentidos, gracias al automovimiento que le es posible en ese nivel, tal pensamiento puede descubrir en sí mismo, como esencia autónoma, el reino suprasensorial primordial perdido.

La impureza del cuerpo astral, normalmente portador de la corrupción, es decir, de la alteración de la fuerza original, se cura con la presencia de esa fuerza original en la *linfa**** más íntima del pensamiento. La fuerza se expresa como la capacidad de formar conceptos racionales, que es la capacidad de la humanidad moderna, no de los seres humanos antiguos, que percibían esos conceptos como "*universales*", como entidades vivientes fuera de sí mismos. Hoy, sin embargo, usamos conceptos sin conocer la fuerza que continuamente se pone en uso para su formación: la práctica espiritual persigue que experimentemos esa fuerza. Como podemos ver, tiene que ver con las fuerzas del conocimiento. Sobre este conocimiento se dijo que se convierte en una fuerza de la moralidad, en tanto que es portador de la pureza originaria del cuerpo astral.

La experiencia sensorial puede convertirse en la experiencia directa del Espíritu, en la medida en que el pensamiento libre eleva el cuerpo astral a su nivel real. De la mano de la liberación del pensamiento, el discípulo, mediante una técnica específica, tiene un medio para experimentar gradualmente, en la percepción sensorial, la *"relación directa"* del Yo con el mundo físico. Esta relación es, en sí misma, un acto de absoluta trascendencia dentro de la inmanencia, que nosotros, como perceptores, experimentamos y del que, sin embargo, somos inconscientes. Es el acto por medio del cual el Yo encuentra en el nivel físico *"la vida suprasensorial de la materia"*, o del principio que rige la materia: la vida suprasensorial nunca percibida como tal en la percepción sensorial. En esta percepción, tenemos la posibilidad de encontrar el Umbral del Mundo Espiritual. Tenemos la llave de las fuerzas que fluyen desde el reino suprasensorial hacia la naturaleza creadora, simultáneamente, más allá de su vida física sustentadora, siendo forzadas a desviarse, por los procesos del alma, hacia la esfera sensible: convirtiéndose en potencias instintivas.

En la percepción pura, como en el pensamiento puro, tenemos la clave para la práctica espiritual de sentir y querer, que pueden experimentarse como Fuerzas originales del alma. Tal práctica espiritual se llama solar, porque la fuerza interior del pensar, del sentir y del querer, fluye del Logos Solar, o del principio espiritual del Sol, que es la esencia del Yo, y al mismo tiempo, la Esencia suprasensorial de la Tierra. La estructura interna del Universo tiene en su centro al Logos Solar, y este está presente como esencia dentro del Yo.

La iniciación de la era actual presupone la práctica espiritual del pensamiento, porque en el pensamiento se enciende la conciencia del Yo y de su correlación con el ámbito sensorial. Como hemos visto, la fuerza del Yo, en su estado puro y por tanto no consciente, está presente en la percepción sensorial, como identidad inicial del espíritu con el mundo físico. Las disciplinas deben dar paso a experimentar dentro de la percepción sensorial la misma fuerza mediante la cual el racionalista moderno forma conceptos, esforzándose oscuramente a reconstruir el núcleo solar del pensamiento en el plano mental.

El contenido de la Iniciación es inmutable, pero su forma exige una preparación meditativa que se corresponda con las condiciones

actuales de la conciencia del alumno. Para la época actual, la preparación, como hemos podido observar, es esencialmente la práctica espiritual del pensamiento puro, es decir, de la función misma para la cual el pensamiento está llamado a operar en el ejercicio de la concentración y la meditación. Tal pensamiento, en su forma pura, es el "requisito" previo de las disciplinas.

(*) **Samadhí:** *Es el estado de conciencia que se alcanza cuando, durante la meditación, la persona siente que se está fundiendo con el universo.*

(**) **Pratyahara:** *palabra sánscrita traducida como "aislamiento sensorial"*

(***) **Linfa:** *Parte del plasma sanguíneo, que atraviesa las paredes de los vasos capilares, se difunde por los intersticios de los tejidos y, después de cargarse de sustancias producidas por la actividad de las células, entra en los vasos linfáticos, por los cuales circula hasta incorporarse a la sangre venosa.*

SANACIÓN ESPIRITUAL

La sanación espiritual es un servicio que nosotros, como practicantes espirituales, podemos, si se nos permite, prestar a nuestros semejantes, mediando ciertas condiciones de su karma, gracias a una conexión intuitiva con las fuerzas que se expresan en él. Por lo tanto, la curación de la enfermedad solo es posible si se solicita para otros, no para uno mismo: la salud personal debe ser el resultado de una correcta práctica espiritual.

La práctica espiritual solar sana cotidianamente al practicante espiritual de sus enfermedades. Por tanto, no se lo subordina a fines terapéuticos personales. Las dolencias no deben curarse con tal subordinación. Por otro lado, existen dolencias que, en ocasiones, los practicantes espirituales traen consigo como ayudas, que, en un determinado nivel, les permiten no experimentar una tregua con el deseo animal por la vida; o como ayudas para la curación de enfermedades de otra persona.

Como alumnos, podemos ser terapeutas no porque nos lo propongamos, sino porque cultivamos la práctica espiritual solar y, por tanto, a veces nos convertimos en mediadores del *karma* ajeno: mediamos las variaciones transmutadoras, en función de lo que está libre de *karma* y, por tanto, porta la fuerza metafísica del Logos.

Nos convertimos en sanadores espirituales en la medida en que ninguno de nosotros presuma de ello. Más bien, ocultamos cuidadosamente la facultad mediadora, atribuyendo siempre el mérito de una cura a los demás. En realidad, no existe tal mérito, los practicantes espirituales pueden propiciar la cura, en la medida en que operen como mendicantes de la intervención trascendente que gobierna el *karma*. Podemos ser sanadores, en la medida en que el mundo no lo sepa. Cualquier papel de sanador que se nos pueda atribuir paraliza nuestras fuerzas. Cualquier *cliché* de sanador con el que nos identifiquemos, obstaculiza nuestra lúcida relación kármica, la función mediadora.

El sanador que no es un practicante espiritual capaz de conectarse con el Poder que gobierna el karma, y cuya lógica escapa a toda lógica

terrenal, no es un verdadero sanador sino un portador corporal de fuerzas que son capaces de expresarse etéricamente y de actuar mecánicamente sobre los pacientes, aliviando momentáneamente sus males. Estos curanderos son útiles hasta cierto límite y en la medida en que se ajustan a una ética rigurosa y a un estilo de impersonalidad absoluta (casos ciertamente raros). Sin embargo, su intervención es útil temporalmente. Ellos mismos se ven confinados a una serie de tensiones, si no fingidas, de su fuerza, cuando esta fuerza, en la medida en que está ligada a la corporeidad física, no funciona o se vuelve inexistente a medida que el cuerpo envejece. Mientras tanto, los verdaderos practicantes espirituales tienen la oportunidad de liberar más profundamente las fuerzas mediadoras.

Los practicantes espirituales pueden ser terapeutas en la medida en que no presuman serlo, y se aseguran de no aparecer como tales. Su método consiste, ante todo, en llevar a los pacientes a examinar moralmente su vida, para que comprendan lo que dentro de ellos debe cambiar radicalmente, y así asumir un compromiso con ellos mismos. Llevan a los pacientes a apelar a las fuerzas necesarias del Yo, para despertar y nutrir tales fuerzas, de modo que estos pacientes puedan comenzar a ser autocuradores.

Cuando se trata de enfermedades verdaderas y propias, es decir, enfermedades orgánicas, la cura sólo puede ocurrir si hay un cambio decisivo en el *karma*, un cambio que es otorgado por el Mundo Espiritual, siempre que el cambio extraordinario se produzca en el astral del paciente, como eliminación de causas internas. Pero, también, en ese caso, el requisito esencial es la apelación del ser Yo a la Fuerza original más interna, es decir, a la Fuerza que no puede ser la del Yo ordinario. El hecho de que el principio de conversión, de restauración, o de renovación, sea íntimo del Yo puede ser un gran obstáculo para ello, ya que el Yo se identifica tan estrechamente con sus propios límites humanos que no puede concebir una Fuerza íntima más allá de estos límites. El secreto del Logos y, en consecuencia, de todos y cada uno de los tipos de curación, está precisamente en ser el Principio que opera absolutamente más allá de tales límites.

El practicante de sanación puede cooperar en el cambio que requiere el cuerpo astral de los pacientes principalmente ayudándoles a tomar

conciencia de lo que deben cambiar dentro de sí mismos y, simultáneamente, mediante la oración profunda, que tiene la respuesta del principio espiritual, en la medida en que es una petición no para ellos mismos, sino para los demás. El poder de la oración deriva del hecho de que surge del alma del practicante espiritual, como la culminación de la mayor impersonalidad, conectada a su consagración. Tiene que ver con la dimensión infinita de la oración, que de hecho resulta de la práctica espiritual solar, pero en la medida en que ella misma está esencialmente concedida por el Principio Espiritual.

Una persona enferma a veces puede curarse de manera prodigiosa, pero en la medida en que el sistema de fuerzas suprasensoriales lo permita, gracias al hecho de que un mediador humano, un practicante espiritual consciente (no un médium, sino lo contrario de un médium) opera como intermediario de tales fuerzas. Sin embargo, es fundamental tener en cuenta que no es la virtud de los curanderos o su capacidad de utilizar fuerzas extranormales lo que puede realizar una cura, cuando ésta no reingresa a la amplia esfera de las variaciones del karma.

La intervención de una fuerza de Gracia, como se ha mencionado, es posible en relación a lo que el paciente supo dejar madurar, aunque solo sea como un sentimiento intuitivo de su estado humano-supersensorial. Este sentimiento genuino, que en realidad es una percepción interior derivada del sufrimiento, puede ser, en efecto, el paso abierto hacia la Gracia. Pero desde el momento en que esto entra en acción y se realiza la curación, es necesario, para que su don se conserve intacto a través del tiempo, que el encendido de ese sentimiento se convierta en un ritual cotidiano, ya sea un recuerdo vivo, que el alma puede rememorar continuamente, como un elemento de la vida: necesario para ella no diferente del oxígeno para la respiración física. El olvido del don y el cese de la gratitud son un paso decisivamente reabierto a las fuerzas destructivas que las fuerzas reintegradoras controlan, de manera excepcional, en el momento de peligro.

LA FUNCIÓN DEL SUFRIMIENTO

La función del sufrimiento es apartar el alma continuamente del deseo. El deseo aparece como dolor para volver a convertirse en la corriente del Yo, que el Yo necesita para operar en las profundidades del alma, hasta lo etérico y lo físico. El dolor se forma a partir de cualquier evento que parezca provocarlo. En esencia, el dolor, exigido desde las profundidades espirituales del alma, hace uso de ese evento. No debemos dejarnos engañar por el pensamiento de que, si no hubiera ese evento dado, no aparecería el dolor.

El dolor es lo que se demanda desde lo hondo, cuando somos incapaces de un movimiento profundo según la conciencia, o cuando la práctica espiritual se debilita y se convierte en forma, rutina o hábito desprovisto de vida interior.

Cuando cesa el sufrimiento, el alma normalmente no tiene ninguna otra relación con el mundo, excepto el deseo. Este deseo prepara más dolor, a menos que se persiga la práctica espiritual capaz de transformar el poder del deseo en el poder del Yo. Para los practicantes espirituales, no obstante, el sufrimiento continúa junto con el aumento de conocimiento, de acuerdo a una relación modificada con su función. Aquellos que agotan su deuda individual merecen aceptar la de los demás.

La permanencia obsesiva del sufrimiento es esencialmente un poder del Yo desviado: el practicante espiritual puede asumirlo, sin cambiar la mediación, remitiendo el contenido al Yo, hasta su expresión.

Cuando el deseo, que normalmente nos controla hasta lo físico, se aleja sólo del astral y, en consecuencia, permanece como impulso en lo etérico-físico, se establecen las condiciones previas para la enfermedad, es decir, para la enfermedad neuropsíquica, con su serie de gradaciones y, si el impulso en tal forma no se agota, se establecen las condiciones previas para la verdadera enfermedad.

En ese sentido, la enfermedad es la forma de eliminación del deseo en las profundidades orgánicas, ya que el Yo es incapaz de hacerlo mediante la práctica espiritual o la catarsis. Es la exigencia radical del

cuerpo astral, a la que corresponde sólo parcialmente la corriente del Yo, que opera como vida de la conciencia. Por esta razón, el Yo se ve inducido a operar directamente de acuerdo con su relación original con lo etérico-físico, dentro de la esfera del *karma*. El Yo puede traspasar los límites de esta esfera cuando, bajo el impulso de la enfermedad, sus fuerzas son capaces de una específica acción metafísica. Esta acción específica se puede realizar de forma consciente. Gracias a la práctica espiritual, puede establecer una comunión con las Entidades de las Jerarquías que apoyan los eventos del organismo etérico-físico por medio del *karma*.

No obstante, las Jerarquías median en la acción del Yo sobre el cuerpo físico. En realidad, no tenemos otro poder directo que el del pensamiento. Este poder del pensamiento es lo que las Jerarquías pueden recibir y transformar en destino humano.

El sufrimiento es una cooperación inconsciente continua del pensamiento con la acción de las Jerarquías. La cura para el sufrimiento es la elevación consciente del pensamiento al nivel en el que coopera autónomamente con las Jerarquías. Cuando, por medio de las disciplinas, el pensamiento realiza su propio movimiento imaginativo puro, realiza también las posibilidades propias de ese nivel.

CRISIS INTERIOR

El discípulo, en el trabajo gradual de purificación, disolución y recombinación de las fuerzas del alma, puede pasar por momentos de tensión, de lucha o de abatimiento, que son realmente indicativos de lucha interior o pruebas internas: son momentos esperados de la experiencia.

Si no recordamos el sentido de esos momentos y no nos basamos en el principio central del Yo, cuya *enucleación** exige precisión en una confrontación radical con las formas de lo "humano", la situación puede volverse severa y, si no se controla adecuadamente, patológica. Superados por tal situación, nosotros, como discípulos, tenemos en esto una advertencia de que hay algo en nuestro método que está mal. Debemos dar marcha atrás y empezar de nuevo desde el principio. Nuestra sabiduría es precisamente la humildad de empezar de nuevo desde el principio; con esto, sacamos nuevamente la verdadera fuerza, quizás con una inmediatez y pureza, antes desconocidas para nosotros.

En el momento de la crisis, sin embargo, podemos estar activos hasta el punto de controlar el fenómeno y obtener más conocimiento sobre nosotros mismos, lo que puede aportar el suplemento de fuerza que realmente necesitamos. Los momentos de dificultad son, para nosotros, un antiguo límite que vuelve a aparecer, un límite idéntico que nos pide que lo superemos, ya que efectivamente hemos decidido superarlo en nuestro interior.

En el momento de la crisis, el arte es, sin embargo, no resistir. Gracias a un mínimo acto de conciencia, hay que dejar libre el movimiento a las corrientes descompuestas del alma, para llegar a contemplar la crisis con perspectiva. Es lo que llamamos judo (lucha) interior. En esta iniciativa, que aparece como una renuncia a la lucha, pero que es solo la búsqueda de un movimiento inicial de autonomía, el Yo conoce el momento que atraviesa y, mediante ese saber, comienza a tomar las riendas del proceso. El minúsculo caos del alma es posible gracias al uso ilegítimo, por parte de las Entidades obstructivas, de fuerzas que pertenecen al alma y que el Yo tiene la tarea de recuperar. Al no resistir, al no oponerse, al querer contemplar, el alma comienza a reunir sus propias fuerzas.

Las fuerzas del alma reciben el camino puro de la presencia del Yo. El Yo comienza a estar presente, allí donde comienza a operar de manera autónoma. Inicialmente, esto es "contemplar". En la contemplación, el Yo comienza a ser independiente y, en la independencia, reúne a su alrededor las fuerzas del alma, es decir, el pensar, sentir y querer involucrados en la crisis caótica. El Yo debe comenzar a operar dentro del alma. Pero con esto, se da cuenta de su propia inmovilidad cognitiva con respecto a la movilidad caótica del alma, que no es el alma.

Todavía no conocemos el alma, porque el Yo aún tiene que penetrarla en el estado de vigilia. Hay un área profunda del alma, desconocida para el Yo, porque está ocupada por Entidades obstaculizadoras, cuya actividad dentro del alma, el Yo confunde con su propia actividad. El movimiento inicial de liberación del alma es el sufrimiento, pero las Entidades obstructoras se apoderan incluso de él, insertando en él aversión y miedo.

En efecto, el primer movimiento positivo del Yo dentro del alma es la experiencia de su propia impotencia. Esto le da una forma de darse cuenta del "cero" que necesita para moverse por sí mismo, como "*ex-uno mismo*". El abandono, la no resistencia, el conocer el estado de impotencia, lleva al Yo a ese fundamento de sí mismo desde el que puede moverse, o afirmar el poder de su propia inmovilidad metafísica con respecto a los movimientos caóticos del alma.

El movimiento del Yo es el de sentirse fuera de los movimientos caóticos del alma: mirarlos como algo externo. En este "contemplar" fluye la fuerza del Yo dentro del alma. Esta fuerza se retira de las corrientes caóticas. La fuerza del Yo, como poder de su centralidad invulnerable y por tanto invencible, opera en la medida en que somos capaces de evocarlo. Recordar intensamente que, dentro del Yo, existe el poder que absolutamente no puede ser depuesto, es ya un afloramiento de la presencia del Yo. La crisis suele prevalecer a través de la falta de memoria del Yo.

La memoria del Yo actualiza la presencia de un poder trascendente, que, aunque no se vea, es el amo absoluto de las fuerzas del alma. Debe recordar que es realmente el experimentador el Sujeto de los

movimientos, no lo experimentado, con respecto a los movimientos del alma. En ese momento, el alma vuelve a vivir.

Técnicamente, la tarea es aislarse como Yo del estado del alma, para tener esta alma objetiva ante sí. La no resistencia y dejar ir las corrientes caóticas, es esencialmente el primer movimiento del Yo. Además, el Yo se sumerge, o se hunde en el *caos* del alma, pero su movimiento no es precisamente el de "perderse" sino, más bien, un descenso con su fuerza decisiva a la esfera de la Voluntad, donde, en realidad, una lucha tiene lugar. La entrega, la entrega volitiva, la zambullida en el estado interior, es en esencia una entrada del yo en las profundidades del alma con su fuerza reorganizadora. Sin embargo, está claro que tal descenso del Yo debe prepararse mediante una práctica espiritual específica de la imaginación y de la voluntad.

El arte no es combatir, para permitir que el Yo combata. Este es el secreto de la victoria en cada prueba del alma. No combatir, sin duda similar a la no-acción taoísta, es esencialmente el arte de no permitir que el alma involucrada actúe; es prohibirse reaccionar con la tensión y la debilidad del alma. Se trata de trabajar para conectar el problema con el Yo, es decir, los movimientos caóticos con el Yo, las debilidades con el Yo, el alma con el Yo. Es decir, descargar todo en el Yo, o lo que es lo mismo, en el principio que realmente puede sustentarlo todo. Cuanto más peso soporta, más fuerte se vuelve, dentro del alma.

Aquí se puede comprender el significado real de las pruebas dolorosas. Siempre son una demanda de la presencia del Yo, es decir, el estímulo mediante el cual podemos observar llevando dentro de nosotros la fuerza que puede hacer cualquier cosa. En cambio, nos vemos inducidos obtusamente, como en la antigüedad, a apoyarnos en el alma, por medio de la cual en un momento estuvimos legítimamente conectados con Atman, o con el Tao, o con el Buda.

El practicante espiritual de hoy debe alcanzar la sagacidad para recorrer el camino del Yo. Los métodos tradicionales no nos conducen al Yo, sino al alma y al cuerpo. Nos atan cada vez más a nuestra naturaleza psicosomática, es decir, a nuestra debilidad.

Sólo el Yo puede descender al alma y al cuerpo y conocer las intrincadas fuerzas del alma, y experimentarlas sin ser tocado por

ellas, rectificándolas. Este descenso es esencialmente un ascenso, una percepción de las fuerzas originales. La esencia del Yo es el Principio de invulnerabilidad y de la identidad absoluta con las Entidades creativas del mundo, el Principio que no conoce contrastes, sino sólo ambigüedad. La presencia del Logos en el Yo, como su esencia más íntima, no es solo la posibilidad de curar cualquier tipo de carencia de las fuerzas del alma, así el camino hacia la reconciliación con las cosas, con nuestros semejantes, con el mundo, pero, sobre todo, es el principio de la "resurrección" de lo original y cósmico dentro de la estructura del alma, por medio de pruebas, que en realidad son breves momentos de "muerte".

(*) Enucleación: *En el campo de la medicina, la extirpación de un órgano o tumor de manera que salga entero, como una nuez de la cáscara*

LA ANGUSTIA

La angustia es el resonar psíquico de una condición física alterada, casi siempre una depresión neurótica, que no llega a convertirse en una verdadera y propia enfermedad. En ese sentido, debe tratarse terapéuticamente en el plano físico. Internamente, debemos eliminar las causas, pero antes hay que identificarlas. Desde un punto de vista oculto, uno está en presencia de una fuerza de tipo "vampírico" que pudo llegar al organismo físico, desde donde ejerce su poder sobre el etérico y sobre el astral.

Para el templo interior, una imagen-clave: la angustia como un estanque en el que hay que dejar entrar la corriente más fuerte, que la mueve y la hace fluir. Es necesario utilizar la angustia como vehículo para que se abra un flujo más potente. La superación de la angustia es siempre el principio de un equilibrio más firme del alma.

Una técnica: descubrir en nosotros mismos la contracción psicofísica que pretende ser válida como defensa contra la angustia, y disolverla; no resistirse a la angustia, sino dejarla estar hasta que alcance su máxima expresión; para lograr una sensación de serena impotencia con respecto a ella; hacer uso de ella como soporte, al que abandonarse, hasta darnos cuenta de la sensación de inutilidad de todo esfuerzo de oposición, que en realidad, forma parte de ella. La sensación de impotencia e inutilidad debe llevarse al extremo, hasta que le demos todo nuestro ser, permitiendo que toda las fuerzas incidan en ella; abandonarnos a un estado de aniquilación, el "cero", el principio de la calma, pero a la vez el estado necesario para que el Yo Superior pueda asumir la iniciativa y operar con su autoridad.

El cero es la aniquilación voluntaria del deseo (lujuria) de vida. La ansiedad, de hecho, no es más que el signo del deseo de vida, decepcionado, cuya decepción se vuelve penetrante, hasta lo físico. Debemos tender hacia el cero como si se tratara de una nada pura, una ataraxia funcional, en la que podemos hundirnos, como en un abismo, dejándonos caer como si estuviéramos muertos. Debemos morir a lo que se quiere ser en esos momentos, a pesar de nosotros mismos, es decir, al estado de angustia, que tiende a aniquilarnos. Debemos utilizar su fuerza de aniquilación, hasta que se convierta en

una aniquilación voluntaria. Debemos llevar este proceso a la máxima profundidad, hasta el agotamiento de las veleidades. Tal agotamiento de esta apetencia necia, si observamos, cuenta como una ofrenda de nosotros mismos al Principio espiritual. En este punto, de hecho, el Yo tiene el camino libre. Puede encargarse de eliminar la oscuridad del alma y de establecer su fuerza y seguridad.

La transformación de la angustia, al convertirse en meditación, conduce a los umbrales del Yo. En realidad, la angustia es una exigencia del Yo. Exige oscura y tensamente el despertar del Yo. Aparece con la fijeza insistente de una fuerza de la naturaleza, a la que hay que oponer un poder igual de insistencia consciente, a saber, el de la concentración profunda, que hace posible la acción de la fuerza liberadora. Tal concentración puede usar directamente el poder de la inercia basal (ver "**Crisis interior**"), que es la *facies* corpórea (apariencia) de la voluntad más profunda.

EL CANSANCIO

El cansancio es casi siempre ilusorio, independientemente de su forma. El reposo que lo elimina es siempre un proceso interno, independiente de la corporeidad y, en ese sentido, capaz de operar radicalmente sobre ella.

En la fatiga del sistema muscular, el discípulo tiene la oportunidad de esa entrega positiva del organismo físico a sí mismo, que promueve la actividad del pensamiento libre de corporeidad, y sin embargo simultáneamente el máximo descanso de la corporeidad. Puede utilizar la condición de agotamiento físico como vehículo para la calma corporal, que es esencialmente calma interior, porque en tal condición el cuerpo etérico tiende espontáneamente a liberarse de la conciencia ligada al organismo físico. En esencia, el discípulo tiene el estado de relajación física necesario para la concentración y la meditación.

El único obstáculo posible para la utilización interior del cansancio es la pronta intervención del sueño, según un impulso al que nos entregamos espontáneamente, recuperado precisamente en virtud de la actitud interior. Depende de nosotros resistir esta intervención del sueño, o incluso hacer uso de él para liberarnos del cansancio. Debemos observar, sin embargo, que fuera de ese abandono deliberado al descanso, el sueño es un obstáculo para la meditación. Es el medio que utiliza la naturaleza inferior para reafirmarse, aniquilando el cambio producido por la concentración y la meditación. Tal caso, naturalmente, no tiene nada que ver con la demanda del descanso nocturno normal.

El cansancio solo afecta al sistema nervioso. El fenómeno debe observarse a la luz del siguiente principio: sólo el cerebro físico realmente se cansa, no la corriente etérica que por medio del cerebro se manifiesta como pensamiento, ni, por tanto, el cuerpo etérico. La corriente etérica, de la que surge el pensamiento más allá del umbral dialéctico de la conciencia, es por naturaleza inagotable. En realidad, cuanto más se fortalece, más se le induce a ofrecer su actividad.

El pensar, independientemente del órgano cerebral, podría pensar sin cesar, fortaleciéndose cada vez más. Se cansa el instrumento físico

del pensamiento, el cerebro, no el pensamiento. Precisamente porque el pensar está ligado a su propio instrumento físico y, por tanto, a las impresiones de los sentidos de los sentimientos y de los impulsos correlativos, su instrumento físico se cansa; se deteriora; se convierte en el centro de los fracasos de la vida psíquica, en el origen de las enfermedades nerviosas, de las depresiones, las ansiedades y de la correlativa serie de enfermedades.

El verdadero sanador del cansancio, al igual que de todo fallo del sistema nervioso, es el pensamiento que se da cuenta de su autonomía del sistema nervioso y, por tanto, une, en la esfera etérica, el alma con el Yo. El pensamiento puede darle al cuerpo etérico una forma de operar en lo físico, como lo hace durante el sueño. En realidad, durante la concentración, el pensamiento que se concentra en un solo punto, produce en la conciencia en reposo, una condición por la cual el Yo y el cuerpo astral se liberan del etérico-físico, situación análoga a lo que ocurre durante el sueño. Es una condición de sueño cercano al estado máximo de vigilia, en el que es posible la acción edificante del Yo.

Normalmente, el pensamiento debe unirse con la vida de los sentidos para estar despierto y consciente. Porque todavía no es capaz de un estado de vigilia y autoconciencia sobre la base de su propio principio extracorpóreo, es decir, sin apoyo sensorial, o lo que es lo mismo, sin la mediación del sistema cerebral. Tal mediación une la vida del alma al sistema nervioso más de lo necesario. Está, por tanto, no sólo en el origen del cansancio y de las diversas formas de inicio de la vida emocional-instintiva, sino de todas las enfermedades físicas.

La superación del cansancio, como el de toda enfermedad física y psíquica, siempre proviene de una circulación restablecida de la Luz de la Vida, es decir, de la *dynamis* del cuerpo etérico. En ese sentido, podemos comprender cuál es, por tanto, la técnica requerida, si tenemos en cuenta que la esfera dinámica del pensamiento en su momento formativo, o predialéctico, es precisamente el cuerpo etérico. La fuerza formativa del pensamiento es la fuerza etérica. La concentración y la meditación, cuando corresponden al canon propio del ser humano actual, canon considerado "solar", en cuanto corresponde a la relación del alma con el Logos solar, convocan la

corriente etérica cuya corriente metafísica es el Sol, pero cuyo centro esencial es el corazón humano, aunque ciertamente no el corazón físico. Quien posee concentración y meditación puede, mediante el canon solar, dirigir las corrientes del cuerpo etérico, para que, así, reúnan al propio ser "humano" con el principio que lleva lo Divino en lo humano (ver "**Reglas de Iniciación**, Etc.).

LA ALEGRÍA DE LA EXISTENCIA

La alegría de existir es siempre un engaño del alma que desea la vida corporal más que la propia. Verdadera es la "alegría de ser": lo que el alma conoce cuando experimenta sensaciones como un contenido incorpóreo dentro de lo corpóreo. Tal contenido no tiene nada que ver con el instrumento corpóreo mediante el cual se manifiesta, ya que es, en realidad, la experiencia del alma del Yo normalmente ignorada.

Las sensaciones no son engañosas, sino el desvanecimiento del alma en ellas. La alegría de este desvanecimiento es el placer de evadirse, o de dormir, o de evitar la lucha, de huir de la responsabilidad, de eludir la disciplina interior. La alegría de desmayarse se asume comúnmente como la alegría de existir. Esta alegría prepara regularmente la tristeza, es engañosa, porque ignora su propio contenido real independiente de los sentidos, es decir, un contenido cuya verdadera función es nutrir el alma, no su dependencia de los sentidos.

Rara vez la alegría es pura. No obstante, puede purificarse si su resonancia dentro del alma se identifica como un proceso no sensorial en sí mismo. Entonces, se convierte en el alimento del alma y de la vida. Incluso la alegría considerada interior está ligada a los sentidos, porque el ser humano moderno tiene una vida mental fundada en el sistema nervioso y, por lo tanto, inconsciente del elemento metafísico del pensamiento, un elemento que se expresa dialécticamente por medio de procesos del sistema nervioso cerebral, aunque es, en sí mismo, independiente de ellos.

Al depender normalmente de los sentidos, la alegría es siempre el requisito previo del dolor. No es un error como sensación, sino como sensación que esclaviza el alma. Inevitablemente prepara el dolor, en la medida en que abre el alma a vibraciones que no están en armonía con su naturaleza esencial, es más, le son adversas. Los acontecimientos que parecen dolorosos como exteriores, son siempre suscitados por el dolor que el alma necesita como del correctivo a la condición efímera de la alegría sensual: en la que la alegría genuina,

como acontecimiento del alma, está excluida. En realidad, el Yo está excluido.

La alegría de ser y la alegría de servir a lo Divino, o de expresar lo Divino que es íntimo al alma, coinciden. Cuando el gozo no es idéntico al gozo de servir a lo Divino se prepara el dolor. La alegría de existir, por la contradicción que lleva en sí misma, prepara continuamente la tristeza, que el alma necesita para descubrir el contenido suprasensible del que continuamente se ve privada en el ámbito sensorial.

La alegría física, siempre buscada, nunca se posee verdaderamente, poseerla metafísicamente es su sentido último. El anhelo de ella nunca se satisface, porque el alma busca su propio contenido en una sensación que la elimina continuamente. Por tanto, la busca en una sensación ulterior, en la que vuelve a perderla. Se le induce así a captarla en sensaciones siempre nuevas, por medio de un deseo que se fortalece gradualmente.

Como practicantes espirituales, experimentamos el gozo puro, porque entrenamos al alma para sentir cada placer, no como su propio deleite, sino como su propio contenido, separable de la forma sensorial. En otra área del alma, sentimos surgir la bendición que antes nos parecía surgir de los sentidos. En realidad, esta bendición surge "*por medio*" de los sentidos, pero pertenece al alma más elevada, ya que está unida a la actividad de elevadas entidades cósmicas. Porque es un movimiento de amor, cuyo sentido último, o sentido real, es únicamente el de ser ofrecido al mundo espiritual. No hay alegría del mundo físico cuyo objetivo sustancial no sea este ofrecimiento. Cada alegría que escapa a esta consagración es un robo perpetrado contra el mundo suprasensorial, por lo tanto, es una preparación encubierta para el dolor.

En realidad, el delirio del alma en la alegría sensual excluye el área del alma en la que está presente el Yo, es decir, el elemento del alma que es, en sí mismo, divino. Todo esto nada tiene que ver con prohibirse la alegría normal de los sentidos y la inmersión espontánea en ella, sino con referirla continuamente (y esto es posible en algunos casos incluso más tarde) al verdadero experimentador, al yo: a través de la contemplación y penetración de lo anímico, haciendo surgir el Yo. Dentro del Yo está lo Divino.

El goce, que normalmente es el camino de la animalización del ser humano, puede convertirse en el vehículo del espíritu, un vehículo mágico. Como practicantes espirituales, nos entrenamos, con sensaciones de alegría dadas, para extraer de ellas el movimiento puro del alma, la *dynamis* de la Luz de la Vida, de acuerdo con la real espartería. Aprendemos el arte de separar el contenido de luz de las sensaciones del delirio sensual, que es la destrucción continua de dicho contenido. Para obtener una técnica similar, consulte la entrada "Percepción pura".

LA DIETA

La dieta no es un factor decisivo para el progreso espiritual. Sin embargo, en una determinada fase del desarrollo, tiene su importancia la nutrición acorde con el conocimiento de los efectos de las sustancias en los cuerpos sutiles.

Una dieta a base de carne, debido al tipo de constitución de este alimento, deja inactivas en el discípulo ciertas fuerzas asimiladoras profundas, astral-etéricas, que en cambio son llamadas a actuar cuando se encuentran frente al elemento vegetal, ya que tienen que elevar la sustancia de este elemento al nivel orgánico del animal. Las fuerzas volitivas, aún más profundas, están llamadas a actuar frente al elemento mineral, lo que ahora es esencialmente el caso de las sustancias medicinales. Y así, el *té* bloquea la concentración, mientras que el café la apacigua. Las legumbres tienen un elemento de pesadez "tamásica", porque carecen del elemento solar capaz de despertar la actividad del elemento etérico solar del organismo. Mientras tanto, los cereales nutren sin causar pesadez. Los tubérculos, en general, y las patatas en particular, exigen una digestión que depende de una actividad específica del sistema nervioso central, en detrimento de las facultades internas que se pueden despertar gracias a la independencia de dicho sistema.

El verdadero oponente físico del espíritu en el organismo (humano) es el alcohol. Según Rudolf Steiner: "Nuestra relación con el alcohol sufre una transformación, cuando nos impregnamos, incluso etéricamente, de conocimiento suprasensorial. El alcohol, de hecho, sigue siendo algo absolutamente único en los reinos de la naturaleza. Dentro del organismo humano, se revela no sólo como causa de una carga, sino sobre todo, directamente como una fuerza antagónica al impulso interior del Yo. Si observamos la planta en general, vemos cómo dentro de su organización normalmente desarrolla una fuerza hasta un punto determinado. Una excepción es la vid que lo lleva más allá de ese punto. Lo que otras plantas reservan de manera única y absoluta para el nuevo germen, toda la fuerza vegetativa que de otro modo está reservada solo para la semilla y que no se desborda en el resto de la planta, esta fuerza, en el racimo de uvas, se vierte de una

manera determinada y, por su puesto, en la pulpa del fruto, de modo que, mediante la llamada fermentación, mediante la transformación de lo que se forma en la uva y, dentro de ella, llevado a la mayor tensión, se crea algo que efectivamente tiene una fuerza, comparable sólo a lo que nuestro Yo tiene en la sangre. Lo que, por tanto, se desarrolla como alcohol a partir del jugo de la uva, es algo que se crea en otra esfera de la Naturaleza, ya que es similar a lo que debemos crear cuando, desde nuestro Yo, ejercemos una acción sobre la sangre”.

Rudolf Steiner continúa: “Conocemos la relación interna que el Yo tiene con la sangre. Se puede caracterizar externamente solo por el hecho de que cuando el Yo siente vergüenza, el rubor asciende a nuestro rostro. Mientras tanto, cuando se siente miedo o espanto en el Yo, nos ponemos pálidos. Esta acción del Yo sobre la sangre, no importa cuán presente esté en ella, es, en un sentido oculto, totalmente análogo a lo que ocurre cuando el proceso de la planta es inducido a desdoblarse hacia atrás, de tal manera que lo que existe, por ejemplo, en la pulpa de la uva, o que generalmente proviene de la vegetalidad, se transforma en alcohol. El Yo, como hemos dicho, debe crear normalmente en la sangre un proceso, oculto, pero no químicamente hablando, totalmente análogo a lo que se provoca cuando, por así decirlo, se impulsa, hacia atrás, el proceso organizativo de la pulpa de la uva, extrayendo de él un producto químico: el alcohol. De ello se deduce que, por medio del alcohol, se introduce en el organismo algo que actúa sobre él, como el Yo actúa sobre la sangre. Se recibe, por tanto, por medio del alcohol, un Yo antagónico, en oposición directa a la acción del Yo espiritual. En realidad, se desata una guerra interna o, en última instancia, se condena a la impotencia todo lo que emana del yo, cuando el alcohol se opone a él como antagonista. Ésta es la condición oculta de las cosas. Quien no beba alcohol tiene asegurada la plena posibilidad de actuar sobre la sangre mediante el Yo. Quien bebe alcohol, actúa exactamente como quien quisiera derribar una pared y, mientras empuja desde un lado, al mismo tiempo coloca a otra persona para empujar desde el otro. De esta forma precisa, con el consumo de alcohol, se elimina la actividad del Yo en la sangre. Por tanto, quien nutre la vida con la Ciencia Espiritual, siente la acción del alcohol sobre la sangre como una lucha dirigida contra el yo, y sabe que la verdadera evolución espiritual

encuentra un grave impedimento, si crea por sí mismo esta oposición " (Del ciclo de conferencias : "Los Efectos del Desarrollo Espiritual").

Además, con respecto al mismo tema, Steiner expresa lo siguiente: "El alcohol debe evitarse por completo. La dieta vegetariana no es indispensable, pero sí favorable. (De "Indicaciones para una disciplina esotérica") Naturalmente, cuando uno quiere desarrollar el cuerpo astral, las operaciones más importantes son la meditación y la concentración. Evitar el alcohol en todas sus formas es particularmente importante; incluso los dulces llenos de alcohol tienen un efecto dañino. El alcohol y los ejercicios espirituales conducen a un terreno peligroso...". (Los Temperamentos, 1904)

De nuevo: un día se le preguntó a Rudolf Steiner qué influencia podía tener el alcohol en un alumno que seguía un camino oculto específico. Él respondió: "A esta pregunta no hay respuesta: de hecho, si uno es un alumno de lo oculto, no puede beber alcohol" (De L. Kleeberg, *Wege und Worte*).

Un miembro de la Sociedad Antroposófica le preguntó una vez a Rudolf Steiner qué consecuencias internas debería esperar un miembro de la "Primera Clase" que bebe alcohol. La respuesta fue: "En ese caso, él o ella no es miembro de la Primera Clase" (De W. Simonis, "German Bulletin", n. 67).

"Quien quiera comprender la doctrina de la reencarnación y ser elevado por encima de la personalidad transitoria de uno mismo, debe abstenerse de beber alcohol. Quien bebe vino, jamás alcanzará la visión de lo impersonal del ser humano "(17 de marzo de 1905).

Hubo épocas en la historia de la humanidad en las que se desconocía el vino. En la época de los Vedas, era prácticamente desconocido. En las épocas en que no se bebía alcohol, la idea de existencias anteriores y de las muchas vidas era universal; nadie dudaba de su verdad. Sin embargo, tan pronto como los seres humanos comenzaron a beber vino, el conocimiento de la reencarnación se desvaneció rápidamente y finalmente desapareció por completo de la conciencia humana, existía solo entre los iniciados que no tomaban alcohol. El alcohol tiene un efecto peculiarmente potente sobre el organismo humano, especialmente sobre el cuerpo

etéreo, el asiento de la memoria. El alcohol oscurece las profundidades íntimas de la memoria. “El vino induce al olvido”, como dice el refrán. El olvido no es sólo superficial o momentáneo, sino también profundo y permanente, y hay un debilitamiento del poder de la memoria en el cuerpo etéreo. Por eso, poco a poco, las personas perdieron el conocimiento instintivo de la reencarnación cuando empezaron a beber vino. (De Una Cosmología Esoterica, págs. 33-34) (De “Esoterismo Cristiano” de E. Schuré: reelaboración de las conferencias impartidas por R. Steiner en París en mayo de 1906, traducción del Italiano de Bruno Roselli).

REGLAS DE INICIACIÓN

En este capítulo se exponen las reglas de iniciación impartidas por Rudolf Steiner a los alumnos de la Escuela Esotérica, en el año 1912 (traducción italiana editada por el autor).

Aquí, se describirán a continuación las condiciones subyacentes de la preparación iniciática en la actualidad. Es imposible avanzar en esta dirección, por medio de disposiciones relativas a la vida exterior o interior, sin el cumplimiento de tales condiciones. Todas las meditaciones, concentraciones y otros ejercicios se vuelven desprovistos de valor, e incluso peligrosos en ciertos aspectos, si la vida no se ordena de acuerdo con las condiciones mencionadas. No se trata de darnos fuerzas, solo podemos desarrollar aquellas que ya existen dentro de nosotros. No se desarrollan por sí solas, porque los impedimentos externos e internos las obstruyen. Los impedimentos externos se eliminan mediante las siguientes reglas de vida. Los internos se eliminan mediante indicaciones particulares que se refieren a la meditación y la concentración.

I - La primera condición consiste en lograr un "*pensamiento*" perfectamente claro. Para ello, debemos, aunque sea por un breve período cada día, al menos cinco minutos (cuanto más, mejor), liberarnos del desordenado y fatuo devenir de los pensamientos. Debemos convertirnos en dueños de nuestro propio mundo del pensamiento. No somos dueños de nosotros mismos, si las situaciones externas (cualquier profesión o tradición, relaciones sociales, pertenencia a un determinado pueblo, o las exigencias de momentos particulares del día, la necesidad de desvincularse de una determinada tarea, etc.) implican la necesidad de un tipo de pensamiento y su forma de llevarlo a cabo. En ese breve período de tiempo, debemos, por tanto, mediante el libre albedrío, vaciar completamente el alma de la corriente cotidiana de pensamientos y, por iniciativa propia, colocar un solo pensamiento en su centro. No debemos creer que este tiene que ser un pensamiento elevado e interesante. Lo que debemos lograr en un sentido interno se obtiene aún mejor si, desde el principio, nos obligamos a elegir el tema menos

interesante posible. De esa forma, se estimula al máximo la fuerza autónoma del pensamiento, y esto es lo que importa. Mientras tanto, un tema interesante es, en sí mismo, lo que arrastra al pensamiento con él. Es mejor que esta tarea de controlar el pensamiento se realice con el tema del "alfiler" que con el de "Napoleón el Grande".

Cada uno de nosotros nos decimos: "Me aparto de este pensamiento y, por medio de la iniciativa interior pura, asocio con él todo lo que se pueda conectar apropiadamente con él". Al final del ejercicio, el pensamiento debe permanecer ante el alma tan brillante y vivo como al principio. Se practica este ejercicio día tras día, al menos durante un mes. Cada día, podemos proponernos un nuevo pensamiento. Sin embargo, podemos mantener el mismo pensamiento incluso durante varios días. Al final del ejercicio (fase II), intentamos traer a la plena conciencia el sentimiento de firmeza y seguridad interior, que, con una atención más sutil, rápidamente notaremos dentro de nuestra propia alma. Lo concentramos en un punto justo dentro de la frente, entre las cejas. Concluimos (fase III) imaginando una línea que se mueve directamente desde este punto hacia el cuello y que desciende por el surco mediano de la espalda (desde el cerebro hasta la columna vertebral), como si quisiéramos revertir esa sensación en esa parte del cuerpo.

II - Cuando nos hemos ejercitado de esta forma durante un mes, añadimos un requisito adicional. Intentamos imponernos una acción que ciertamente no completaríamos durante el curso de nuestra vida habitual. Luego transformamos esta acción en una obligación diaria. Por lo tanto, sería bueno elegir una acción que se pueda realizar a diario durante un período de tiempo prolongado. Y mejor aún, si partimos de una acción insignificante, a la que, por así decirlo, debemos obligarnos. Por ejemplo, nos ponemos a regar, todos los días, a una hora determinada, una planta, que hemos adquirido para ese mismo propósito. Después de un tiempo, se debe agregar una segunda acción a la primera, luego una tercera acción y así sucesivamente, hasta que se pueda realizar sin entorpecer otros deberes cotidianos.

De manera similar, este ejercicio debe durar al menos un mes. Pero, en la medida de lo posible, incluso durante este segundo mes, debemos continuar con el primer ejercicio, aunque no lo tomemos como un deber exclusivo, como lo hicimos durante el primer mes. No debemos renunciar a ella; de lo contrario, pronto notaremos cómo se pierden los frutos del primer mes y cómo comienza de nuevo el flujo habitual de pensamientos descontrolados.

Debemos tener cuidado de que los resultados, una vez obtenidos, no se pierdan. Cuando poseemos suficientemente tal acción completa por nuestra propia iniciativa por medio del segundo ejercicio, con una atención sutil nos volvemos conscientes, dentro del alma, del impulso interior despierto (fase II). Por lo tanto, volvemos a verter ese sentimiento, por así decirlo, en nuestro propio cuerpo, para que pueda fluir de la cabeza al corazón (fase III).

III - Durante el tercer mes, el ejercicio de la "*ecuanimidad*" debe situarse en el centro de la vida; debemos entrenar al alma para que sea imparcial con respecto a las oscilaciones del placer y el sufrimiento, la alegría y el dolor: el "elevar los gritos de júbilo a los cielos y ser afligido hasta la muerte", debe ser sustituido conscientemente por una disposición estable del alma. Debemos cuidar que ninguna alegría se nos escape, que ningún dolor nos deprima, que ninguna experiencia nos mueva a la ira o a la preocupación ilimitada, que ninguna espera nos llene de ansiedad o miedo, y que ninguna situación altere nuestro equilibrio normal, etc.

No debemos temer que tal ejercicio nos vuelva áridos o apáticos. En cambio, notaremos que en lugar de lo que se pierde por medio de tal ejercicio, surgen cualidades luminosas del alma y, gracias a una atención sutil, podremos algún día notar una quietud interior dentro del cuerpo (fase II). Como en los dos casos anteriores, volvemos a verter este sentimiento de manera similar en el cuerpo, dejándolo irradiar desde el corazón a las manos, luego a los pies y finalmente a la cabeza (fase III). No debemos exigir tal operación después de cada ejercicio, ya que, en efecto, no tiene nada que ver con un solo ejercicio, sino con una atención continua dirigida a la vida del alma. Al menos una vez al día, debemos recordar esta quietud interior ante el alma y

luego emprender el ejercicio de permitir que fluya desde el corazón. Con los ejercicios del primer y segundo mes, nos comportamos como lo hicimos con el del primer mes durante el segundo.

IV - Durante el cuarto mes debemos retomar un nuevo ejercicio, el de la *"positividad"*. Consiste en buscar lo bueno, lo excelente, lo bello, etc. en todas las experiencias, seres y cosas. Esta cualidad del alma se caracteriza eficazmente por una leyenda persa de Jesucristo. Mientras viajaba por un camino con sus discípulos, vieron, tendido al borde del camino, un perro muerto pudriéndose. Con repugnancia, todos apartaron la vista. Solo Cristo se detuvo, consideró pensativamente al perro y dijo: "¡Qué dientes tan maravillosos tenía este perro!" Mientras que los demás sólo habían visto lo repugnante, lo desagradable, Él encontró lo hermoso. Por lo tanto, nosotros, como alumnos esotéricos, debemos aspirar a buscar lo positivo en todas y cada una de las manifestaciones y en todos y cada uno de los seres. Observaremos rápidamente que bajo el manto de lo repugnante, incluso bajo los rasgos de un delincuente, se esconde algo bueno; detrás de la apariencia de un loco, el alma divina se esconde.

Este ejercicio está de alguna manera relacionado con el llamado *"abstención de la crítica"*. No debe entenderse como decir que lo negro es blanco y lo blanco es negro. Hay, sin embargo, una diferencia entre un juicio que surge de la personalidad contingente y decide según simpatía o antipatía, y el punto de vista por el que uno se sitúa lleno de amor en la manifestación exterior o en otro ser, preguntándose en cada caso: "¿Cómo es que ha llegado a ser y a actuar así?". Una actitud así se propone inmediatamente ayudar a lo que es imperfecto, en lugar de limitarse a culparlo o criticarlo. Aquí no se puede objetar que las condiciones de vida de muchos seres humanos les obligan a culpar y juzgar, ya que estas condiciones les impiden una adecuada educación oculta. En efecto, hay condiciones de vida que en gran medida hacen imposible tal educación. En realidad, el discípulo no debe esperar impacientemente, a pesar de ello, realizar progresos que sólo pueden lograrse en determinadas condiciones. Si durante un mes seguido se orienta conscientemente en sus experiencias según una perspectiva positiva, observará gradualmente (II tiempo) que surge en

su interioridad un sentimiento, como si su piel se volviera permeable por todos lados y como si su alma se abriera ampliamente con respecto a todos los procesos sutiles y ocultos de su entorno, que antes escapaban por completo a su atención. Siendo este sentimiento precisamente para combatir la falta de atención que existe en todo ser humano con respecto a cosas tan sutiles.

Cuando hemos observado que el sentimiento descrito se manifiesta en el alma como una especie de bendición, intentamos (fase III) dirigir mentalmente este sentimiento hacia el corazón, para permitir que fluya desde allí hacia los ojos y desde los ojos al espacio que nos rodea. Notaremos que a través de este efecto, se logra una relación íntima con el espacio. Creemos, por así decirlo, fuera de nosotros mismos. Además, aprendemos a considerar una parte de nuestro propio entorno como algo que nos pertenece. Es necesario poner mucha concentración en este ejercicio y, sobre todo, reconocer que cada elemento tumultuoso, apasionado, saturado de emotividad, actúa destructivamente sobre la disposición citada del espíritu. A medida que repetimos los ejercicios de los primeros meses, seguimos manteniendo lo indicado durante los meses anteriores.

V - Durante el quinto mes, intentamos cultivar en nuestro interior el sentimiento de afrontar, sin prejuicios, cualquier experiencia nueva. Debemos deshacernos decididamente de esa actitud por la cual, y con respecto a algo que apenas se escucha o se ve, de ordinario nos decimos: "Nunca he oído esto; nunca lo he visto; no lo creo; es una ilusión". Debemos estar preparados en cada momento para encontrarnos ante una nueva experiencia. Lo que hasta ahora hemos reconocido como regular y ordinario, no debe ser una restricción para alcanzar una nueva verdad. Incluso si se expresa en forma radical, es absolutamente justo que si alguien se acerca a nosotros y dice, "ya sabes, la torre de la iglesia X está completamente inclinada esta noche", no obstante, deberíamos dejar la puerta abierta a tales noticias, es decir, a la posibilidad de creer que el conocimiento que hemos adquirido de las leyes naturales puede expandirse rápidamente gracias a un hecho aparentemente inaudito. Durante el quinto mes, quienes dirijan su atención a adquirir esta disposición notarán (fase II)

un sentimiento que aflora en el alma, como si en ese espacio del que hemos hablado respecto al ejercicio del cuarto mes, algo cobrara vida, como si algo dentro de él se despertara. Este sentimiento es extraordinariamente delicado y sutil. Debemos tratar de reunir atentamente (fase III) esta vibración sutil en el entorno y permitir que fluya, por así decirlo, a través de los cinco sentidos, es decir, a través de los ojos, los oídos y la piel, en la medida en que contenga el sentido de calidez.

En este nivel, no debemos dirigir nuestra atención interior a las impresiones que fluyen a través de los sentidos inferiores, como el gusto, el olfato y el tacto. Todavía no nos es posible discernir las numerosas influencias negativas mezcladas con las buenas que existen en ese nivel. Por lo tanto, es una ventaja para nosotros posponer la práctica espiritual de estos sentimientos al siguiente nivel.

Al concluir los cinco ejercicios, durante el sexto mes, debemos finalmente intentar reanudarlos sistemáticamente todos repitiéndolos con alternancia regular. A través del efecto de esto, se establece gradualmente un equilibrio armónico del alma. Es decir, notaremos cómo desaparece toda la amargura relativa al desacuerdo entre la apariencia del mundo y la realidad. Una disposición conciliadora hacia todas las experiencias se apodera del alma. Esto no es indiferencia; al contrario, lo hace capaz de trabajar por la mejora del mundo. Comienza una comprensión tranquila de las cosas que antes eran completamente indiferentes al alma. Incluso el caminar, los propios gestos, cambian bajo la influencia de tales ejercicios, y un día nosotros, como alumnos, incluso seremos capaces de observar que nuestra escritura ha adquirido otro carácter: entonces nos podremos considerar en el primer escalón de la ascensión espiritual.

Como hemos visto, la disciplina iniciática se compone de tres períodos. El primero es el ejercicio fundamental, que trabaja en la conexión del cuerpo etérico con el cuerpo físico. El segundo es la atención contemplativa dirigida a ciertos aspectos de la resolución de tal conexión. La tercera es la orientación de las corrientes etéricas así determinadas: I) de la cabeza a la espina dorsal; II) desde la cabeza, pasando por el corazón, hasta el cuerpo; III) del corazón a toda la persona; IV) desde el corazón, a través de los ojos, hacia el entorno

círculo; V) del ambiente animado, un movimiento de retorno hacia nuestro ser.

La 3ª fase del 3er ejercicio puede ser válida como síntesis, si, a través de sus movimientos, trazamos el pentagrama, utilizando una imagen de nosotros mismos con los brazos abiertos horizontalmente, es decir, mediante una línea que va del corazón al brazo derecho, hasta llegar a la mano, y vuelve, girando hacia abajo, al pie izquierdo. Luego vuelve a subir, a su vez, hasta el punto entre las cejas, antes de fluir nuevamente hacia abajo, con una línea recta similar, al pie derecho, y finalmente vuelve a ascender hacia el brazo izquierdo hasta la mano. A partir de ahí, vuelve al corazón, para repetir el movimiento.

Una vez más, se deben enfatizar dos recomendaciones. La primera es que los cinco ejercicios paralizan la influencia dañina provocada por otros ejercicios ocultos, de modo que solo queda lo beneficioso de ellos. La segunda es que, por sí solos, aseguran adecuadamente el resultado positivo del trabajo de meditación y concentración. Para el esoterista, ni siquiera la observancia pura y simple, aunque concienzuda, de la moral actual es suficiente, porque esta moralidad puede ser sutilmente egoísta, si nosotros, por ejemplo, actuamos con rectitud para parecer rectos, o considerarnos rectos. El esoterista no hace buenas obras para ser considerado bueno, ni para considerarse bueno, sino porque sabe que sólo lo bueno permite que la evolución avance de un nivel a otro; mientras que el mal, la estupidez y la fealdad son obstáculos en el camino de esa evolución.

BIBLIOGRAFÍA Y LECTURA ADICIONAL

Romero, Lisa.

* Desarrollo del yo: a través del camino interior del trabajo a la luz de la antroposofía.

Great Barrington, MA: SteinerBooks, 2015.

* El camino interior del trabajo: una base para la práctica meditativa a la luz de la antroposofía.

Great Barrington, MA: SteinerBooks, 2014.

Steiner, Rudolf.

* Pensamientos antroposóficos principales: la antroposofía como camino del conocimiento: el misterio de Michael.

Londres: Rudolf Steiner Press, 1973.

* Antroposofía en la vida cotidiana.

Hudson, NY: Anthroposophic Press, 1995 (incluye "Los cuatro temperamentos").

* Los efectos del desarrollo esotérico.

Hudson, NY: Anthroposophic Press, 1997.

* Una cosmología esotérica: evolución, Cristo y espiritualidad moderna.

Great Barrington, MA: SteinerBooks, 2008.

* Orientación en el entrenamiento esotérico: desde la escuela esotérica.

Londres: Rudolf Steiner Press, 2001.

* Cómo conocer mundos superiores: un camino moderno de iniciación.

Hudson, NY: Anthroposophic Press, 1994.

* El pensamiento intuitivo como camino espiritual: una filosofía de la libertad.

Hudson, NY: Anthroposophic Press, 1995.

* Ciencia Oculta, un bosquejo.

Hudson, NY: Anthroposophic Press, 1997.

* ¡Empezar ahora! Un libro de ejercicios espirituales y del alma.

Great Barrington, MA: SteinerBooks, 2002.